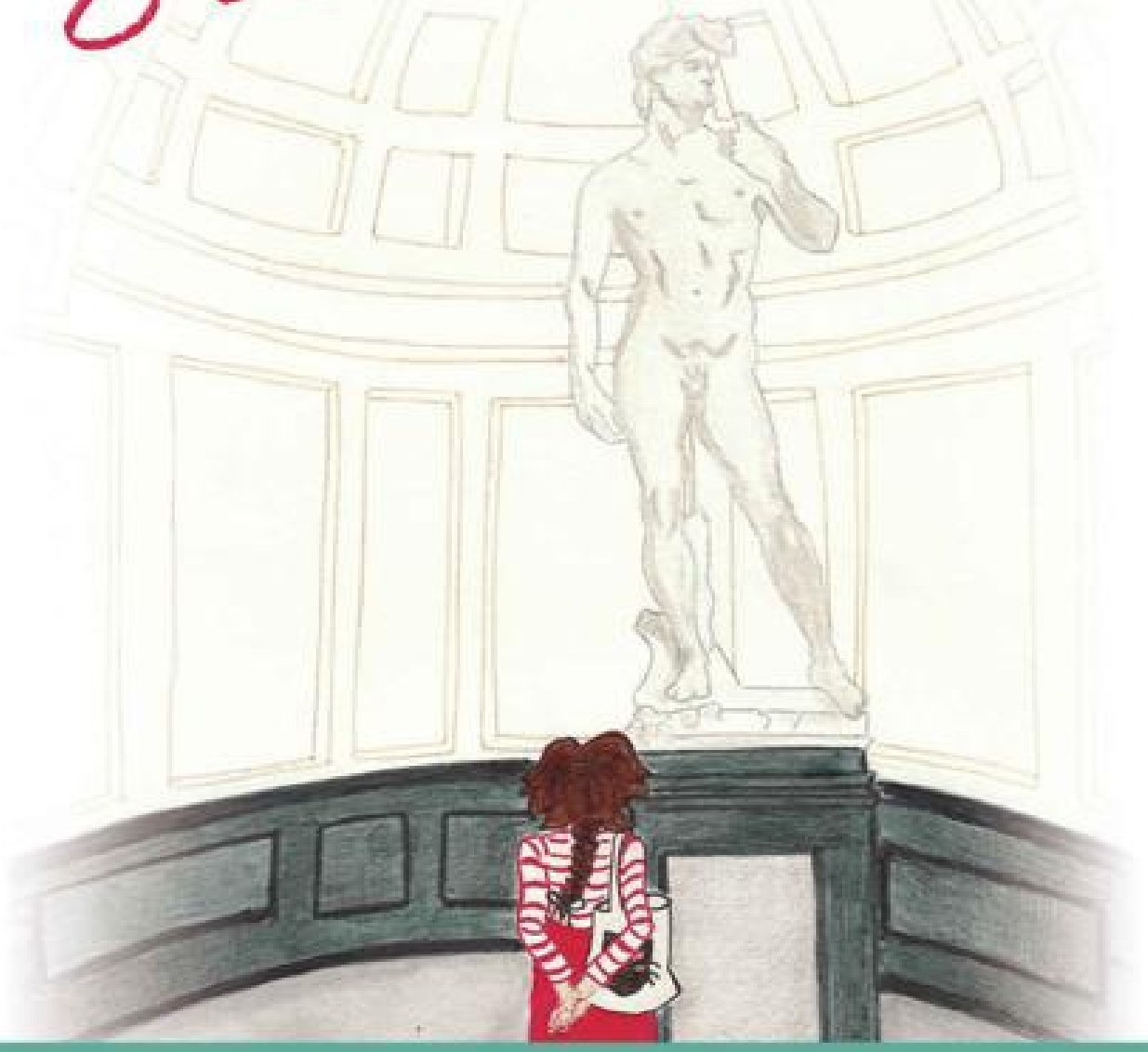
CLAUDIA VELASCO

El síndrome de Stendhal



Edición especial Kindle Unlimited

El Síndrome de Stendhal

Edición especial Kindle Unlimited

Claudia Velasco

COLECCIÓN milamores

El Síndrome de Stendhal
Edición especial Kindle Unlimited

ISBN ebook: 9788419941824

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Claudia Velasco
© de la ilustración: Marta Martín-Consuegra
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Stendhal, seudónimo del poeta francés Henri-Marie Beyle, visitó Florencia en el año 1817 y comento: «Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme».

En 1979, la psiquiatra italiana Graziella Magherini identificó su intensa experiencia como un trastorno psicosomático que desde entonces se conoce como el Síndrome de Stendhal. La reacción extraordinaria, con aumento del ritmo cardíaco, temblor, palpitaciones, vértigo y confusión, ante la acumulación de arte y belleza.

«Vi el ángel en el mármol y tallé hasta que lo puse en libertad»

Miguel Ángel refiriéndose a su David

—Cinzia Parnigoni fue la restauradora que limpió el David en el año 2003 y lo hizo con compresas de papel japonés empapadas en agua destilada. Las aplicaba durante quince minutos esperando que la mezcla de agua pura, pulpa de celulosa y sepiolita, removiera sin daños el polvo acumulado durante estos últimos años —le explicó Tiziana, su mejor amiga, que era una de las conservadoras de la Galería de la Academia de Florencia responsable de la limpieza del maravilloso *David* de Miguel Ángel, subiéndose a un andamio para eliminar, con un cepillo diminuto de cerdas sintéticas, las partículas de polvo que lo cubrían y que luego capturaba con una mini aspiradora diseñada especialmente para el mantenimiento de cuadros y obras de arte en los museos de todo el mundo.

—¿Qué es la sepiolita? —preguntó Chiara acercándose para observar mejor lo que estaba haciendo.

—Es un mineral arcilloso y de fuerte capacidad de absorción.

—Ah.

—En 1843, un restaurador florentino limpió la superficie de la escultura con una solución que contenía al 50 % ácido clorhídrico y devastó los colores originales.

—Sí, lo he leído. Terrible.

—La polémica que rodeó la limpieza de Cinzia Parnigoni fue horrorosa, aunque ya había hecho un trabajo extraordinario con *Los esclavos* de Miguel Ángel, pero ya sabes cómo es la gente. Afortunadamente, al final cerró muchas bocas porque el resultado de su trabajo fue impecable.

—Ya veo.

Chiara se desplazó hacia su derecha para mirar una vez más los ojos del *David*, que irradiaban una fuerza y una determinación tan real que daba escalofríos, y dio un paso atrás fijándose en que Tiziana, con su casco de protección puesto, se esmeraba especialmente en la cabellera del coloso. Ese pelo ensortijado y abundante, precioso, que daba ganas de acariciar, de abrazar contra el pecho y de besar con los ojos cerrados.

—Dependiendo de la estación del año, de la cantidad de visitantes y de la clase de ropa que usen, las fibras microscópicas que desprenden pueden quedar atrapadas en pequeñas telarañas entre los diminutos canales tallados que forman el cabello del *David* —explicó Tiziana como si le hubiese leído el pensamiento—. Aunque lo tenemos constantemente monitorizado —continuó —, antes de subirnos aquí, ya sabemos qué es lo que más atención va a necesitar.

—¿Y tardas unas ocho horas en limpiarlo entero?

—Más o menos, pero no lo hago yo sola, nos vamos turnando. Esta mañana ha empezado Elisabetta con él.

—¿Cada cuánto tiempo lo limpiáis?

—Normalmente, unas seis veces al año.

—Es increíble. —Respiró hondo observando la magnificencia de la obra y del escenario donde estaba—. Parece que de repente va a salir andando. Desde que he entrado aquí me da la sensación de que se va a mover y nos va a saludar. Es tan real…

—Lo es.

—Qué suerte tienes de trabajar aquí, Tiz, es maravilloso.

—Me siento una privilegiada, la verdad.

—Lo que más me impresiona es pensar que Miguel Ángel lo talló directamente y a partir de una sola pieza de mármol.

—Una pieza de mármol única. Los canteros de Fantiscritti, en Carrara, al ver el bloque de casi seis metros de altura y siete toneladas de peso, lo bautizaron como «el gigante» y los encargados de la catedral, al enterarse de su existencia, decidieron traérselo a Florencia.

—¿Cómo se lo trajeron?

—Por barco, primero lo sacaron al Mar de Liguria y luego remontaron el Arno hasta el centro de la ciudad. A partir de ese momento, fueron muchos los escultores que trataron de hacer algo con él, incluso uno, Simone da Fiesole, lo agujereó y a punto estuvo de partirlo. Además de él, Agostino di Duccio o Antonio Rossellino también lo intentaron sin éxito y, al final, lo abandonaron con varias fracturas y partes a medio trabajar en los jardines de la catedral de Santa María del Fiori. Allí permaneció veinticinco años hasta que, en el año 1501, el joven Miguel Ángel Buonarroti, que acaba de terminar su *Piedad* en Roma para el Vaticano, apareció por aquí y…

—¿Y? —preguntó un poco ansiosa, al cabo de un rato de silencio por parte de su amiga que estaba muy concentrada en su trabajo, y ella parpadeó y la miró rascándose la punta de la nariz.

—Pues que en ese momento los responsables de la Opera del Duomo, que era una institución laica encargada de la conservación y el mantenimiento de los lugares sagrados; la Oficina de Trabajos de la catedral de Florencia y varios miembros del influyente gremio de mercaderes de la lana de la ciudad —suspiró, moviéndose un poco hacia su izquierda para alcanzar otra porción de la cabellera del *David*—, que habían promovido la construcción de doce grandes esculturas de personajes del Antiguo Testamento para los contrafuertes externos al ábside de Santa María del Fiore, y que llevaban mucho tiempo buscando un artista capaz de terminar un David de grandes dimensiones, optaron por contratar a Miguel Ángel, que era joven, pero tenía talento y mucha experiencia. El 16 de agosto de 1501 se lo encargaron oficialmente y el gran Miguel Ángel, que según cuentan se pasó un mes entero observando la pieza sin abrir la boca, cogió sus herramientas y se puso a trabajar. Era el 13 de septiembre de 1501 y se dedicó a ella en cuerpo y alma, y sin pausa, durante tres años.

—Madre mía.

—Como puedes ver, es una escultura exenta o de bulto redondo, es decir, que se puede apreciar por todos sus ángulos, y permanece en perfecto *contrapposto*.

—¿*Contrapposto*?

—Se llama *contrapposto* a la posición de estar de pie, con una pierna soportando el peso total del cuerpo mientras que la otra está relajada. Esta postura clásica consigue que la cadera y los hombros descansen en ángulos opuestos y que el torso haga una pequeña curva en forma de S. El *contrapposto* del *David* ayuda a su equilibrio. La tensión de la pierna derecha y el brazo izquierdo forman una contrabalanza con los músculos relajados del otro brazo y de la pierna izquierda.

—Vaya… —asintió recorriendo con los ojos lo que le estaba señalando.

—El *David* se puede resumir como una acción en reposo. Los expertos dicen que representa a la perfección el conflicto emocional que existe entre el descanso y la acción intrínseca de estar alerta o preparado para entrar en acción.

—Para matar a Goliat.

—Exactamente.

—Me parece perfecto.

—A primera vista, parece una escultura de proporciones perfectas, pero, en realidad, la mano derecha y parte de la cabeza son más grandes de lo que deberían ser.

—Doy por hecho que lo hizo a propósito.

—Por supuesto. Miguel Ángel esculpió intencionalmente las desproporciones por dos razones: la primera, por el efecto visual al mirarlo desde abajo y, la segunda, para subrayar que la manera de ganar una gran batalla es gracias a la concentración y la inteligencia representadas por la cabeza, con ponderación a la acción representada por la mano derecha.

—He leído que la gran novedad de la obra residía también en el momento en que capta a David, antes de la batalla.

—Sí, él creó a su *David* en ese instante previo a la lucha, es decir, en su momento de mayor concentración, lo que implica que permanece en una «calma tensa». Verrocchio, Ghiberti y Donatello habían trabajado en el tema mostrando a un David ya triunfante tras vencer a Goliat, a nadie se le había ocurrido mostrar al héroe antes de enfrentarse a su enemigo.

—Y ya mayor, porque al menos yo siempre me había imaginado a un David más pequeño y debilucho.

—Bueno, muchos artistas lo han representado como un crío pequeño y algo enclenque para resaltar su hazaña contra el gigantesco Goliat, pero, al parecer, no era tan niño, no al menos para su época. Miguel Ángel consideraría eso y, al final, decidiría interpretarlo como a un hombre joven, un chico imberbe, pero fuerte, musculoso, valiente…

—¿Y qué opinaron sus contemporáneos cuando lo vieron representado así, tan poderoso?

—Les maravilló. Miguel Ángel había protegido su trabajo con varias medidas de seguridad, incluso había mandado levantar un muro a su alrededor para que nadie espiara la evolución de la escultura, y la sorpresa fue monumental, nunca mejor dicho. —Soltó una carcajada—. Se quedaron atónitos al ver al *David*, les gustó tanto y lo consideraron tan perfecto que sus clientes, los responsables de la Opera del Duomo y sus socios, decidieron no seguir adelante con la idea original de ponerlo en los contrafuertes externos de la catedral; además, era demasiado grande para conseguir elevarlo a esa altura, y crearon un comité de treinta miembros, incluyendo artistas tan importantes como Leonardo da Vinci o Sandro Botticelli, para decidir un emplazamiento realmente digno para él. Se votó y el resultado fue claro: colocarlo en el corazón político de Florencia, la plaza de la Señoría, para que todo el mundo disfrutara de su belleza. En resumen, fascinó a todo el mundo y, desde ese momento, se convirtió en símbolo del valor inquebrantable y el espíritu de lucha del pueblo florentino.

—Se quedó junto al palacio Vecchio hasta el siglo XIX, ¿no?

—Sí, hasta 1873, cuando decidieron traerlo aquí para protegerlo de la intemperie.

—¿Y lo que tiene apoyado en el hombro se supone que es un tirachinas?, porque no lo parece.

—Míralo por detrás. —Chiara obedeció y lo rodeó para espiar su bonita espalda—. Según los expertos italianos Risaliti y Vossilla, ese arnés que le cruza la espalda podría confirmar que se trata de una honda de fuste o fustíbalo. Un arma que se utilizó desde la época romana hasta el siglo XVIII y que permitía arrojar más piedras, más grandes y a mayor velocidad contra el enemigo. Tenía un alcance de unos ciento ochenta metros.

—Vaya…

—La *Biblia* cuenta que cuando David decidió enfrentarse a Goliat cogió su bastón de pastor, cinco piedras lisas y su honda, sin embargo, de todos esos objetos, Miguel Ángel solo esculpió la honda. Eso sí, se la puso en la mano izquierda, apoyándola sobre hombro izquierdo, tal como se cuenta en el libro de Samuel.

—Imagino que lo que tiene sujeto con tanta fuerza en la mano derecha son las piedras.

—Eso parece, pero no. En realidad, si te fijas bien, se trata de un objeto cilíndrico, un trozo de lo que podría haber sido el báculo de David, pero que nunca se llegó a esculpir o nunca se llegó a poner. Ese detalle reafirma la idea de que Miguel Ángel dotó a su héroe de una honda de fuste, en cuyo extremo había un trozo de cuero donde se guardaban las piedras. Por lo tanto, no está sujetando unas piedras, lo que estaría estrujando sería su bastón de pastor, que, a su vez, estaría unido a la honda de fuste, lo que, en teoría, multiplicaba bastante la efectividad del arma.

—Cuántas cosas sabes, Tiz.

—Mi tesis doctoral va sobre la precisión en los detalles que Miguel Ángel imprimió a su *David*, ¿recuerdas? Ahí sale todo esto, mucho más y mejor contado. Podrías leerla, amiga. —Le guiñó un ojo, se echó a reír y volvió a moverse para continuar con su trabajo.

—La leeré, sabes que no he tenido tiempo de calidad para dedicarle, pero, ahora, la leeré. Lo prometo.

Regresó al frontal de la escultura y recorrió con la mirada el varonil y potente rostro del *David*, pensando que parecía tener los ojos claros, o esa sensación le daba a ella desde el más absoluto desconocimiento.

—¿Has visto la réplica que hay en el Victoria&Albert Museum de Londres, Tiz? Yo la he visto varias veces y la verdad es que no se parecen en nada.

—Sí se parecen, pero esa está hecha de yeso, como la que nosotros tenemos en la Plaza de la Señoría, y no es lo mismo. Ven aquí y toca el mármol, acaricia a nuestro *David* auténtico.

—¿En serio?

—Claro, será tu regalo de cumpleaños. Coge el casco de Elisabetta y sube al andamio.

—Genial, muchas gracias.

Saltó y se subió al andamio móvil que parecía un poco inestable, pero no le importó nada, porque aquella era una posibilidad única en un millón y no pensaba perdérsela. Se olvidó del vértigo y escaló como un gato hasta la posición de Tiziana, que estaba a más de cinco metros de altura, levantó la cabeza y miró al guapísimo y maravilloso *David* de cerca.

—¡Madre mía! Esto es demasiado —masculló, viendo la inmensidad de los rasgos, de los rizos, de la nariz y del cuello, y se dio cuenta de que estaba temblando.

—Tócalo y nos vamos, ya es muy tarde.

—No me atrevo.

—Hija, por Dios.

Le cogió la mano, se la puso sobre el bíceps del coloso e, inmediatamente, sintió un espasmo, una sacudida como cuando alguien o algo tiene electricidad estática y te provoca un latigazo por todo el cuerpo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tiziana—. Estás electrizada.

—Eso parece. —Las dos apartaron la mano y Tiziana se alejó de ella para recoger sus artilugios de limpieza.

—¿Puedo tocarlo otra vez?

—Claro, todo lo que quieras hasta que me baje.

Chiara le sonrió y estiró nuevamente el brazo, abrió la mano y la puso sobre el hombro del *David*, que era anatómicamente perfecto. La vena yugular externa, un siglo antes de ser descubierta y documentada por la ciencia médica —recordó, de repente, que le había contado algún profesor suyo de la facultad— estaba claramente distendida y se hacía visible por encima de la clavícula, y en cuánto deslizó la palma de la mano por la superficie suave y fría del mármol, empezó a notar que se ablandaba o se templaba o…

—¿Qué?, ¿qué te parece? —preguntó su amiga interrumpiendo sus cavilaciones, y Chiara la miró y se encogió de hombros.

—Es esponjoso.

—¿Cómo esponjoso?, es mármol.

—Pero, tiene… no sé… como vida.

—Creo que estás sufriendo el síndrome de Stendhal. ¿Sabes lo que es el síndrome de Stendhal?, le pasó al pobre Stendhal en Florencia. No pudo con tanta belleza.

—Sé lo que es el síndrome de Stendhal, pero no es eso, es…

Continuó acariciando los músculos del brazo del *David* hasta llegar a su muñeca, para rozarla como si le estuviera tomando el pulso y, en ese mismo instante, se produjo un leve temblor de tierra y volvió a sufrir una especie de descarga eléctrica. Se sobresaltó, dejó de tocarlo y, al mirar sus gigantescos ojos de mármol, le pareció que estaban brillando. Retrocedió desconcertada, dando una zancada demasiado larga, y en seguida supo que estaba en el aire porque ya no había suelo, ni tabla, ni andamio, ni ningún punto de apoyo.

Giró la cabeza y lo último que vio fue a Tiziana gritando y estirando la mano para sujetarla.

1

—¡Dios bendito! —exclamó en español, abriendo los ojos y sintiendo un dolor punzante en el hombro izquierdo. Parpadeó intentando situarse, porque estaba tan oscuro que no veía nada, y, de pronto, se dio cuenta de que se encontraba en un rincón, de cara a una pared, tirada de mala manera sobre un suelo frío y desconocido.

Respiró hondo, se sujetó el brazo y se puso boca arriba notando de inmediato una luz tenue, o varias luces tenues, que iluminaban varios puntos de esa habitación tan rara. No sabía dónde estaba, pero sí se dio cuenta de que no se trataba de una casa ni de un hospital, ni siquiera de un hotel, era un sitio mucho más frío y ajeno, mucho más interesante, porque tenía varias vitrinas de diferentes tamaños y dentro de ellas había instrumentos musicales.

La Colección de Instrumentos Musicales de la Galería de la Academia de Florencia, el Quinteto de los Medici, Antonio Stradivari, concluyó, situándose al fin. Había dejado Roma sobre las diez de la mañana y había viajado a Florencia para pasar su cumpleaños con Tiziana, que esa tarde, además, iba a limpiar el *David* de Miguel Ángel.

Se sentó con dificultad, porque le dolía todo, y observó aquellos valiosísimos instrumentos del siglo XVII y XVIII recordando que ya los había visto con mucho detalle, entretanto las compañeras de Tiziana acababan con su parte de la limpieza de la inmensa escultura. Cerró los ojos para repasar lo que habían hecho después y sacudió la cabeza acordándose de todo: habían estado charlando muchísimo sobre Miguel Ángel mientras Tiz trabajaba y, al final, la había dejado subir a esa inestable estructura para que tocara al precioso *David* y… bum… se había caído.

Menuda caída de más de cinco metros, para haberme matado. «¿Me habré matado?», se preguntó de pronto muy asustada, porque si se había caído de tanta altura, lo normal es que la hubiesen llevado a un hospital, no que la dejaran tirada contra una pared al fondo de un museo; y, sin venir a cuento, se acordó de lo que le había dicho su madre para tranquilizarla cuando era pequeña —cuando se moría de miedo por las historias de terror que le contaban en el colegio—, aquello de que los fantasmas se quedaban penando en los sitios donde habían encontrado la muerte y que no iban a ir a su casa a molestarla.

Teniendo eso en cuenta, a lo mejor se había muerto en la Galería de la Academia de Florencia y su fantasma, o sea ella en su forma espectral, era la que acababa de despertarse allí para pasar el resto de la eternidad atrapada entre sus cuatro paredes.

Si eso era así, a sus madres les daría un ataque.

Pensar en ellas le encogió el corazón e hizo amago de coger su teléfono móvil para llamarlas, pero no pudo porque no lo encontró. Otro motivo más para pensar que estaba muerta, porque ella jamás, nunca, se separaba de su teléfono móvil.

—¡Hola! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Tiziana! ¡Tiz! ¿Hay alguien ahí? ¡Por favor!, ¡ayuda!

Nada, el silencio más absoluto.

Retrocedió como pudo hasta la pared, dando por hecho que era de noche y que el museo ya estaría cerrado, pegó la espalda y ayudándose con las piernas se puso de pie, doblada de dolor, pero se levantó y se palpó el brazo confirmando lo que ya sospechaba: se le había salido el hombro. Se trataba de una dislocación parcial, pero más le valía reducirla de inmediato si quería respirar y moverse con algo de normalidad.

Era médica y sabía colocar un hombro dislocado, de primero de urgencias, pensó con una sonrisa, pero una cosa era aplicar la maniobra de Kocher a un paciente y otra muy distinta era aplicársela a sí misma, sin embargo, un exnovio suyo, también médico y además motero, le había enseñado una vez el método que tenía él para autorreducirse una luxación de hombro y parece que había llegado el momento de probarlo.

Se pegó nuevamente a la pared, con las piernas separadas y firmes en el suelo, rotó el brazo afectado ochenta grados, se lo sujetó al hombro y aplicó una tracción firme y enérgica que la llevó a golpearse contra el muro. Chilló de dolor, pero, milagrosamente, la articulación volvió a su sitio en el omóplato y el alivio fue casi instantáneo. Se sacó el cinturón de los vaqueros y, con ayuda de los dientes, se hizo un cabestrillo insuficiente, pero al menos funcional, e inmovilizó el brazo decidida a salir de allí de inmediato.

Caminó hacia la puerta, mirando de reojo los valiosísimos instrumentos musicales que había allí, pero no se entretuvo porque estaba todo oscuro salvo por las luces de emergencia y tampoco tenía tiempo, llegó al pasillo que separaba esa zona del resto de la primera planta y entró en la enorme sala del Coloso, dedicada a la pintura del siglo XV y XVI, con sus grandes cuadros, brillantes y muy coloridos, que, de noche y sin luz, apenas se apreciaban. Pasó junto al espectacular *Rapto de las Sabinas*, la famosa escultura de Giambologna, y se le erizó la piel de todo el cuerpo; era enorme y tan hermosa, tanto, que incluso en la oscuridad emocionaba.

Por un momento, se quedó petrificada frente a los tres cuerpos de mármol de Giambologna, que se retorcían y forcejeaban en una lucha eterna y salvaje, y oyó el latido de su propio corazón. Giró observando a su alrededor, percibiendo el atronador silencio que la envolvía, y recordó que justo a su izquierda estaba la entrada de visitantes. Caminó hacia allí con paso firme y se asomó al vestíbulo donde había dos arcos de seguridad; unos arcos que cruzaban a diario docenas y docenas de turistas ávidos por ver, principalmente, al *David* de Miguel Ángel.

—¡Hola! —llamó, esperando que apareciera algún guardia, pero nadie respondió—. ¡Tiziana!

Nada, ni Tiz ni la madre que la parió, masculló empezando a indignarse, porque era insólito que su amiga la hubiese abandonado sola dentro de un museo y ni siquiera se hubiese molestado en proporcionarle asistencia sanitaria, aunque fuese bastante obvio que la necesitaba de forma urgente.

Yo jamás lo haría, Tiz, jamás, susurró, volviendo a mirar *El rapto de las Sabinas*, intentando recordar por dónde habían entrado ellas esa mañana, hasta que un pequeño y casi imperceptible revuelo la hizo girar la vista hacia la sala que llamaban La Tribuna, justo frente a ella.

Aquella era sin duda la zona más espectacular de la primera planta porque, en cuanto entrabas allí, aunque albergaba grandes obras de arte, tú solo podías ver una cosa: el *David* de Miguel Ángel al final del pasillo, enorme y majestuoso, reinando sobre su pedestal, desde sus más de cinco metros de altura y bajo una bóveda preciosa que durante el día le proporcionaba una luz natural perfecta y maravillosa.

Recordó que Tiziana le había contado que la Sala de la Tribuna de la Galería de la Academia de Florencia había sido creada especialmente para albergar al magnífico *David*, para protegerlo de la intemperie que había soportado durante más de tres siglos frente al palacio Vecchio, y volvió a sentir voces apagadas que provenían de allí, o eso le pareció, así que decidió seguir su instinto y caminó hacia la Sala de la Tribuna siguiendo las luces de emergencia que salpicaban el suelo.

Entró decidida y miró hacia el *David*, pero no lo vio, lo que achacó a un efecto óptico provocado por la oscuridad de la noche, y se fue acercando a él convencida de que lo acabaría viendo, pero siguió sin verlo. No estaba por ninguna parte y el corazón se le paralizó, literalmente, en el pecho.

—Madre mía, madre mía, ¡madre mía! —fue subiendo el tono a medida que avanzaba por el pasillo, hasta que llegó frente al pedestal vacío y se puso a chillar como una loca—. ¡Auxilio!, ¡socorro!, ¡AYUDA!, han robado el *David* de Miguel Ángel. ¡HAN ROBADO EL *DAVID*!

—Silencio, muchacha.

Oyó que decía alguien desde su izquierda, concretamente un hombre con un acento italiano muy raro, y se giró hacia él desesperada; se acercó a él y, olvidándose de su hombro magullado y del cabestrillo, lo agarró con las dos manos por la pechera para intentar zarandearlo.

—¡¿Lo has robado tú?!, ¡¿lo has robado?!

—¡¿Qué dices, niña?!

—Sobre mi cadáver. No sé quién eres o si sois muchos, pero te lo juro por Dios, me tendréis que matar si queréis sacarlo de aquí.

—Qué graciosa eres.

—¡¿Dónde lo habéis metido?!, ¡¿cómo se os ocurre robarlo?!

—Nadie ha robado nada ¿Quién puede robar una escultura de casi seis toneladas? ¡Esta muchacha está demente! —clamó indignado, mirando sobre su hombro, porque era muy alto.

Chiara se giró y se encontró de bruces con un señor mayor y con Tiziana que estaba observándola con ojos de desconcierto mientras se tapaba la boca con una mano.

—Tiz, ¡¿has visto?!, ¡se han llevado al *David*!

—No, cielo, no se lo han llevado.

—¿Ah no?, ¿dónde está?

—Soy yo —soltó convencido el tipo alto, y ella lo miró entornando los ojos, movió la cabeza y luego lo ignoró para centrarse en Tiziana.

—¿Qué habéis hecho con él?

—Nada que sea de tu incumbencia.

—¿No estarás metida en un lío?

—No, Chiara…

—Puedes decírmelo —la interrumpió y se acercó para acariciarle el brazo—. Sea lo que sea, podemos arreglarlo, yo te ayudaré, cariño. ¿Dónde lo habéis metido?

—Estoy aquí —insistió el del acento raro y se puso junto a Tiziana para observarla de frente con sus inmensos ojos claros.

—¿Qué dice este ahora?

—Chiara…

—¿No le estarás poniendo los cuernos a Matteo con este tío?

—No. Cálmate y respira, por favor. ¿Me quieres escuchar?

—¡No!, ¡no me digas que me calme!, ¡¿no sabes que esa frase no funciona nunca?!

—Necesito que te tranquilices.

—¿Cómo me voy a tranquilizar? ¡Alguien se han llevado al *David* de Miguel Ángel!, ¡joder! ¿Sabes lo que eso significa? Es un desastre nacional, no, ni siquiera nacional, es una catástrofe mundial.

—Chiara, mírame. —Respiró hondo intentando que ella hiciera lo mismo—. Te has caído de mucha altura, tienes una conmoción cerebral.

—Soy médica, no me vengas con esas, sé lo que es una conmoción cerebral y yo no tengo ninguna conmoción. Por cierto, gracias por llevarme al hospital.

—¿Una mocosa médica?, lo que hay que oír —intervino el tipo alto sin quitarle los ojos de encima.

—¿Y este de dónde sale? —volvió a preguntar a su amiga, pero ella no le respondió—. Es igual, si sabes dónde está la estatua dime dónde está ahora mismo o…

—No es una estatua, es una escultura, señorita médica —le dijo el alto en un tono de lo más condescendiente y ella lo miró con ganas de estrangularlo.

—No estoy hablando contigo, chaval. —Agarró a Tiziana por los brazos y la obligó a mirarla a los ojos—. Por tu madre te lo pido, Tiz, contesta a mi pregunta, por favor: ¿qué le ha pasado al *David*?

—Nada.

—¡Cómo que nada si no está! —Le señaló el pedestal vacío y Tiziana movió la cabeza—. ¿Habéis llamado a la policía?

—No hay que llamar a nadie, Chiara, no se lo han llevado, ni le ha pasado nada.

—Entonces, ¿dónde coño está?

—Aquí mismo —le dijo el señor mayor que hasta ese momento había permanecido en silencio, y ella le prestó atención.

—¿Dónde?

—Aquí. —El del acento raro abrió los brazos y luego le hizo una elegante reverencia—. Yo soy el *David* de Miguel Ángel.

2

—Chiara…

Tiziana la siguió por el pasillo intentando que se detuviera y la mirara, pero ella le hizo un gesto con la mano para que la dejara en paz y avanzó decidida de vuelta a la entrada de visitantes. Con algo de suerte, encontraría un recoveco o una ventana por donde pedir ayuda o, al menos, podría alejarse de ese trío de pirados que debían haberse tomado algo muy potente para hablar así y, encima, para intentar convencerla de sus locuras.

—Chiara, ¿te he mentido yo alguna vez? —Su amiga la sujetó por el brazo y ella la esquivó—. ¡Chiara!

—¿Qué le ha pasado al *David*, Tiziana? —Se detuvo y la miró a la cara—. Ya estás metida hasta el cuello en un lío monumental; al menos, sé sincera y dime qué ha pasado, a lo mejor puedo ayudarte.

—No le ha pasado nada, te lo juro por Dios. —Se limpió las lágrimas con la mano y ella se conmovió, la agarró por el cuello y la abrazó.

—Escucha, te conozco, seguro que no es culpa tuya, seguro que te convencieron para participar en esto —le habló en el oído—. Solo asiente y yo te sacaré de esto, podremos explicárselo a la policía y a todo el mundo… No tengas miedo, lo arreglaremos. ¿El guapete te convenció para…?

—¡No!, nadie me ha convencido de nada, yo…

—Entonces te han drogado. ¿Qué has tomado? —Estiró la mano y le separó los párpados para intentar examinarle las pupilas—. Apuesto por un psicotrópico. En cuanto consigamos salir de aquí, te llevaré al San Giovanni di Dio y pediremos un examen toxicológico exhaustivo.

—¡No, Chiara!, ¡joder! —La apartó, se puso las manos en las caderas, respiró hondo y luego la miró—. ¿Puedes dejar de intentar controlarlo todo y prestarme atención por una vez en tu vida?

—Solo estamos perdiendo tiempo, Tiz.

—¡Chiara!

—Vale, vale… —Se cruzó de brazos y miró de soslayo al alto y al señor mayor que seguían su charla sin perder ripio.

—Eres consciente de que es prácticamente imposible robar una escultura de más de cinco metros y cinco toneladas y media de peso, ¿no?

—Hoy por hoy, casi nada es imposible.

—¿Y qué harían con ella?, ¿venderla?

—Y yo qué sé, ¿a dónde quieres llegar?

—Quiero que recuperes el sentido común.

—*OK*, vale, a nadie se le ocurriría robar el *David*, aunque estarás conmigo en que sustraerlo podría constituir un acto terrorista descomunal o una llamada de atención mundial o,

simplemente, una forma de pedir un rescate multi multimillonario.

—Madre mía. —Sonrió—. Descarta todo eso.

—No puedo.

—¡Chiara!

—Está bien, está bien. —Se restregó la cara con las dos manos, dio un paso atrás y le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Desde que entré a trabajar aquí, empecé a oír rumores sobre la Sala de la Tribuna, todos hablaban de que pasaban cosas allí, no siempre, ni habitualmente, pero sí de tanto en tanto, de década en década, de siglo en siglo. Existen documentos y cartas de antiguos guardias o conservadores, incluso de algún director o alto cargo del museo, reconociendo estos «fenómenos» inexplicables y extraordinarios que se producen sistemáticamente entorno al *David* o con el mismo *David*.

—¿Qué clase de fenómenos?, ¿de cuando en cuando se vuelve invisible? —Soltó una risa y Tiziana se puso seria—. Lo siento, sigue, por favor.

—No sé si debería seguir, es obvio que no estás preparada para oír ciertas cosas, de hecho, no sé qué coño haces despierta si se supone que ibas a permanecer inconsciente hasta la salida del sol.

—¿Perdona?

—Un momento —el señor mayor se les acercó muy educado, las miró indistintamente y luego se dirigió solo a Tiziana—, permítame informarle, doctora Strozzi, que si la dama aquí presente, está aquí presente, es porque así tiene que ser. No es de mi agrado y ojalá hubiese podido evitarlo, pero es tarde para lamentaciones y si se ha despertado y ha visto a nuestro querido amigo, ya no hay nada que podamos hacer.

—¿Vais a tardar mucho con esto?, quisiera disfrutar de Florencia antes de que llegue el alba —intervino el alto con sus ojazos claros muy abiertos y el señor mayor le sonrió.

—No tardaremos nada, mi señor, dadme un momento. —Volvió su atención sobre Chiara, que cada vez que esa gente abría la boca desconfiaba un poco más, se le acercó con mucha educación y le ofreció la mano—: Doctor Giacomo Tornabuon. Exdirector de la Galería de la Academia de Florencia y actual valedor del bienestar y el cuidado del *David* de Miguel Ángel. Encantado.

—Encantada. Chiara Laso de la Vega.

—Lo sé, la doctora Strozzi nos ha contado que es española de origen, aunque ha vivido mucho tiempo en Italia.

—Siento parecer maleducada, doctor Tornabuon, si quiere, en otro momento, le cuento mi vida, pero, si no le importa, me podría explicar, por favor, ¿qué está pasando aquí y por qué se supone que iba a estar inconsciente hasta la salida del sol?

—Se cayó de mucha altura.

—Eso está claro, pero…

—Por algún motivo el episodio desencadenó el «despertar» del *David* y decidimos trasladarla lejos de la Tribuna para que no se viera involucrada en todo esto. —Hizo un gesto elocuente

hacia el tipo alto—. Mi señor bajó de su podio y eso suele provocar que solo un par de elegidos permanezcamos despiertos en su presencia, al menos, dentro de la Academia.

—¿Cómo dice?

—El sueño, habitualmente, se prolonga hasta la salida del sol, es lo que le expliqué a la doctora Strozzi, que, por cierto, no la pudo trasladar a un hospital porque le costó bastante recuperarse del suceso.

—Quise hacerlo, Chiara, pero fue imposible… —Tiziana movió la cabeza—, y ellos me juraron que estarías bien, que despertarías como nueva y sin acordarte de nada.

—¿En serio, Tiz?

—El suceso es lo que provoca: sueño y amnesia.

—¿De qué suceso está hablando?

—Del «despertar» del *David*, señora mía —le soltó ese hombre tan elegante abriendo los brazos con un entusiasmo insólito—. La escultura despierta, se mueve, baja del podio y, al tocar el suelo, se convierte en lo que fue: un hombre florentino joven y saludable, mi señor aquí presente, su excelencia Domenico dalle Carceri.

—Puedes llamarme David si quieres —le dijo el alto con una media sonrisa—. Llevan quinientos diecinueve años llamándome así.

Chiara Laso de la Vega, que se tenía por persona abierta y tolerante, comprensiva y respetuosa con las ideas, las pasiones y las chifladuras de los demás, fue incapaz de contenerse, miró a Tiziana y se echó a reír a carcajadas.

—¿Es una cámara oculta?, ¿es eso? ¿Es una broma por mi cumpleaños?

—No, Chiara.

—Será mejor que las dejemos a solas. Mi señor, salgamos de aquí, es hora de aprovechar la noche y disfrutar de Florencia —anunció Giacomo Tornabuon con gran ceremonia, les dio la espalda y caminó hacia la salida seguido por su amigo alto y de ojos claros que, a pesar de la penumbra, deslumbraba haciendo gala de una pinta realmente extraordinaria.

Chiara los siguió con los ojos, llorando de la risa, hasta que Tiziana se le puso al lado y carraspeó para llamar su atención. Ella trató de recomponerse y buscó un pañuelo en el bolsillo trasero de sus vaqueros dándose cuenta, de repente, de que ya no le dolía nada el hombro y que llevaba un rato moviendo el brazo sin ninguna dificultad.

—Qué poco considerada, Chía.

—¿Chía?, hace mucho que nadie me llamaba así.

—¿Cómo puedes reírte de algo tan serio? Yo sigo conmocionada. Dudo mucho que pueda recomponerme algún día de la impresión.

—Tiz. —Quiso tocarla, pero su amiga se apartó—. No sé qué está pasando, pero deberíamos salir a la calle, ir a una comisaría y denunciar…

—No hay nada que denunciar. ¡¿Sigues sin entenderlo?!

—¿Qué quieres que entienda? ¿Qué ese tío alto es el *David* de Miguel Ángel?

—Es él.

—¿Estás segura de que no te has fumado o bebido nada raro?

—Ya basta, Chiara. —Caminó con energía hacia el pedestal vacío de la escultura y se lo señaló con la mano—. ¿No ves que no está?

—¡Porque lo han robado!

—¡No lo han robado!

—Entonces… es un truco. Hace años, David Copperfield, el mago, hizo desaparecer la estatua de la Libertad delante de miles de personas. Una vez leí que lo había hecho con un juego de espejos.

—Ven y tócalo —le ordenó enfadada, y Chiara se acercó con resignación, se pegó al podio y se estiró para intentar tocar el pie del *David*, pero no había nada, solo aire, y se volvió hacia su amiga empezando a desesperarse otra vez.

—¡Madre mía!, si es que se lo han llevado y seguro que esos dos pirados tienen algo que ver. Tiziana, mírame. —La sujetó con fuerza—. Han robado la escultura más importante del mundo, aquí, en tu puesto de trabajo, y no sé si estás involucrada involuntariamente o de alguna manera que ya me explicarás, pero tenemos que llamar a la policía. No podemos seguir perdiendo el tiempo.

—Nadie se ha llevado nada.

—*O.K.*, está claro, estás en estado de shock. Tú tranquila, yo me ocupo, siéntate ahí y no te preocupes. Dame tu móvil o dime dónde puedo encontrar un teléfono porque he perdido el mío.

—Chiara —le apretó las dos manos buscando sus ojos—, ¿yo te he mentido alguna vez?

—No.

—¿Confías en mí?

—En circunstancias normales, sí, pero esto no es nada normal. Es obvio que tus facultades mentales se han ido de vacaciones.

—Vale, solo te pido un voto de confianza durante… —miró la hora en su reloj digital— unas siete horas. Si al alba el *David* no ha vuelto a su podio, yo misma llamaré a la policía.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la noche. «Despertó» sobre las seis y media, mucho más pronto de lo normal, dice el doctor Tornabuon, y creo que suele estar unas doce horas en activo, dependiendo de la época del año, con lo cual… ¿Chiara? —La zarandeó un poco para que reaccionara, porque a esas alturas ya no tenía energías ni para discutir ni para intentar explicarle que había perdido la chaveta y que acabarían las dos en la cárcel por no llamar a la policía de inmediato, y Tiziana la obligó a sentarse en el suelo—. Respira hondo, ¿quieres agua?, ¿algo de comer?

—No, solo quiero que vuelvas a ser tú, Tiz, me estás asustando.

—Escucha. —Se le sentó al lado y le cogió las manos, guardó unos segundos de silencio, mirando la preciosa bóveda sobre sus cabezas con los ojos llenos de lágrimas, y luego le sonrió —. Ojalá no te hubiese pillado aquí toda esta movida, pero, en el fondo, me alegro mucho de que seas tú la que comparta este prodigio conmigo. ¿Desde cuándo nos conocemos?

—Desde siempre.

—Bueno, tal vez desde los siete años, cuando Chiara y Natalia te trajeron a vivir a Florencia. Luego os marchasteis a Roma, a Boston, a Cambridge y de vuelta a Roma, y nunca hemos

dejado de ser amigas.

—Es verdad.

—Por eso deberías creerme cuando te digo que al *David* de Miguel Ángel no se lo ha llevado nadie, gracias a Dios. Solo ha despertado o lo que sea eso, me ha mirado, te ha mirado a ti, que estabas inconsciente en el suelo después de despeñarte del andamio, ha bajado del pedestal y, al pisar el suelo, se ha transformado en un ser humano, concretamente, en ese tío tan atractivo y alto de ojos claros. —Chiara parpadeó y le acarició la mano, porque ella no paraba de llorar, pero no de tristeza, sino como de felicidad y sorpresa, y no se atrevió a rebatirle nada.

«Se produjo un temblor de tierra justo antes de que se moviera, ¿sabes? Yo te estaba atendiendo arrodillada en el suelo y, al verlo, primero me horroricé, grité, chillé y no sé qué más porque en seguida me desmayé. Cuando volví en mí, el doctor Giacomo Tornabuon estaba aquí, hablando con ese hombre con una emoción, una ceremonia y una pompa que nunca le había visto antes.

—O sea, ¿que ya conocías a Giacomo Tornabuon?

—Por supuesto, es una celebridad, un erudito. Toda la profesión lo venera.

—¿Qué hizo cuando te vio consciente?

—Primero, se asustó un poco, pero luego me sonrió y me felicitó, me dijo que muy pocos seres humanos a lo largo de tres siglos habían tenido el privilegio de ver el «despertar» del *David* y que debía darme por muy afortunada. Según él, seguramente, gracias a mi estudio y conocimiento de la obra de Miguel Ángel he sido elegida para presenciar tal prodigio y yo, pues… solo me bastó con ver el pedestal vacío para aceptar que todo era real.

—¿Y por qué se supone que pasa esto?

—Al parecer es un misterio, pero tampoco me ha dado tiempo a ahondar en el tema porque de pronto apareciste tú aquí y… ya sabes, se ha desmadrado todo.

—¿Él te sugirió llevarme hasta la sala de la colección de instrumentos musicales?

—Sí, era un sitio apartado y silencioso. En teoría, ibas a dormir hasta que amaneciera y luego todo volvería a la normalidad sin ninguna consecuencia. El propio *David* te llevó en brazos hasta allí.

—Me desperté con el hombro dislocado, sin contar que puedo tener una conmoción cerebral y daños internos graves. Debería ir a Urgencias, Tiz.

—Yo te veo bien, pero, si quieres, podemos ir. Te dejo allí, espero a que te atiendan y me vuelvo enseguida porque necesito ver cómo el *David* regresa a su forma original. Lo siento muchísimo, cariño, pero eso no me lo puedo perder, igual pasan décadas hasta que vuelva a repetirse algo semejante.

—Madre del amor hermoso —masculló en español y le sonrió—. Está bien, mi instinto me dice que tan mal no estoy, sobreviviré. Puedo esperar a que se produzca el prodigio, el despertar o como se llame eso y después ir al hospital.

—Sigues sin creerme.

—Claro que te creo, a ti te creo, pero yo a ese par no los conozco de nada y me parecen rarísimos los dos. Necesito comprobar con mis propios ojos la historia y, si me lo permites,

confirmar que no te han drogado o te han engañado malamente para robar la escultura delante de tus narices.

—Vale. —Tiziana se movió y se abrazó las piernas—. Te quiero, amiga, pero a veces resultas exasperante, en serio.

—Lo siento, pero soy una mujer de ciencias, necesito pruebas empíricas.

—Perfecto, dentro de unas horas sabremos si miento, estoy drogada o me han engañado como a una mona. Mientras tanto, no pienso decir una palabra más.

La miró frunciendo el ceño, muy enfadada, y luego apoyó la cabeza sobre sus rodillas y dejó de mirarla. Chiara comprendió que había llegado el momento de cerrar la boca porque, total, como ella decía, todo era cuestión de tiempo y de esperar a la salida del sol e, involuntariamente, cerró los ojos porque estaba muy cansada.

Reflexionó unos segundos sobre el marrón en el que estaban metidas, porque todo aquello seguro que iba a desencadenar un montón de problemas, y pensó en Chiara y Natalia, sus madres, que a esas horas de la noche estarían descansando tranquilamente en Roma, sin imaginar la noticia con las que las iba a despertar a primera hora de la mañana siguiente, en cuanto pudiera conseguir un teléfono para llamarlas.

—Chiara —oyó como de lejos—. Chiara, ¡Chiara! —gritó Tiziana y ella abrió los ojos y se sentó de golpe, sin entender nada, salvo que ya era de día. Inmediatamente cayó en dónde estaban y qué estaban haciendo allí y se giró hacia los gritos de su amiga, que estaba de pie junto al pedestal del *David* de Miguel Ángel, mirándolo embelesada.

Chiara se movió e intentó levantarse del suelo, pero no pudo porque estaba cómo clavaba en las baldosas, pero sí pudo alzar la cabeza, seguir los ojos de Tiziana y ver cómo ese chico alto y de ojos claros, que estaba completamente desnudo, se subía de un salto al podio vacío del *David.*

Intentó ponerse de pie otra vez y le costó, pero lo consiguió, dio un paso al frente y se quedó quieta y silenciosa detrás de su amiga y del señor Tornabuon, que no perdían de vista al hombre desnudo mientras él se acercaba a ese tronco de mármol que completaba la escultura de Miguel Ángel y apoyaba su pierna derecha allí.

Notó claramente cómo se le empezaba a acelerar el pulso y cómo toda la Sala de la Tribuna se iluminaba con una luz dorada y brillante muy bonita, se adelantó para coger el brazo de Tiziana y, en ese preciso instante, el chico del pedestal la miró y le guiñó un ojo. Acto seguido, se puso en posición, exactamente la misma postura del *David*, apoyó la honda de fuste que llevaba en una mano sobre su hombro izquierdo y se cristalizó.

3

—¿Quedarte en Florencia?, ¿por qué?

—Porque me gustaría pasar una temporadita con Tiziana.

—¿Temporadita?, ¿eso qué quiere decir? —preguntó su madre a través de videollamada y ella se encogió de hombros evitando el contacto visual directo porque mentía fatal, mucho más a su familia, y no quería que la pillaran a la primera de cambio.

—¿Quieres buscar trabajo allí? —interrogó Natalia, su «otra madre», y ella se encogió de hombros.

—No lo sé…

—Creí que necesitabas descansar y pasar tiempo con nosotras, *zuccherina*.

—Y lo sigo necesitando, pero ahora que Tiz tiene piso propio me gustaría aprovecharlo y quedarme con ella unos días más.

—Está bien, como tú quieras.

—Está al lado de la plaza de la Anunciación, es el que le dejó su abuela Gina.

—Lo sabemos, era un piso estupendo.

—Lo es y, además, lo ha reformado y le ha quedado fenomenal, muy acogedor y está muy cerca de su trabajo.

—A propósito, ¿qué tal ayer con el *David*?

—¿El *David*? Pues… —Buscó algún adjetivo adecuado mirando hacia techo recién pintado de su amiga, pero no encontró ninguno más o menos preciso—. La verdad es que no tengo palabras, fue una experiencia… indescriptible.

—Nos lo imaginamos, visitarlo sin público deber ser una pasada.

—No os podéis hacer una idea… bueno… yo…

—Dile a Tiziana que a ver si un día de estos nos invita a nosotras a ver una de esas sesiones de limpieza.

—Se lo diré.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, ¿por qué?

—Parece que no has dormido mucho.

—No lo he hecho, nos acostamos a las ocho de la mañana.

—Vaya por Dios, qué buena noticia. Tú sigue desconectando y pasándolo bien.

—Eso haré. Entonces, ¿me podéis mandar mis cosas? Creo que todo lo que os pido cabe en la maleta que me llevé a Pakistán.

—Claro, ya tenemos la lista. —Natalia le enseñó su teléfono móvil—. Mañana mismo, a primera hora, te la mandamos por mensajería.

—Mil gracias, os quiero mucho a las dos.

—Y nosotras a ti, *zuccherina*.

—Os voy a dejar, hemos quedado a las siete y…

—Pasadlo bien, manda recuerdos a los padres de Tiz y un abrazo grande para ella. Cuídate mucho, cariño.

—Vosotras también. *Ciao*.

—*Ciao*, tesoro.

Les colgó forzando una sonrisa, sintiéndose fatal por ocultarles cosas, sobre todo, cosas tan inmensamente extraordinarias como el tema *David* de Miguel Ángel, y se puso de pie pensando en que acababa de cambiarle la vida para siempre y que era una lástima no poder compartirlo con las personas que más quería.

Chiara y Natalia lo eran todo para ella desde que sus padres biológicos, Carmen y Álvaro, habían fallecido en un accidente y la habían dejado huérfana cuando solo tenía cinco años. Chiara, que era la mejor amiga de su madre, además de ser su madrina —a ella le debía, obviamente, el nombre—, se había convertido entonces en su tutora legal y desde el minuto uno, al segundo de confirmar la pérdida de Carmen y Álvaro en Angola, la había protegido, la había querido y la había asumido como hija propia sin la más mínima duda. Tanto ella como su pareja, Natalia Bardi, la habían arropado y se habían volcado en su educación, en su desarrollo, en amarla y criarla, en darle todo lo que estaba en su mano y mucho más, y, las tres, que desde el principio se habían convertido en una verdadera familia, presumían siempre de ese amor y de esa confianza mutua que cimentaba su relación.

En resumen, formaban una familia muy unida, y, aunque no todo era constantemente perfecto en casa, siempre había considerado su hogar como un lugar seguro donde no se juzgaba a nadie, donde no había secretos ni mentiras y donde se compartían las alegrías y las penas; por eso le dolía tanto no poder contarles su experiencia sobrenatural en la Galería de la Academia de Florencia, no poder hablarles del increíble «despertar» del *David* de Miguel Ángel. Era muy triste y frustrante, pero había hecho una promesa sagrada de silencio y no podía romperla.

Con una mano sobre una Biblia —algo un poco anacrónico en su caso, pero importante para el doctor Tornabuon— había jurado solemnemente proteger el secreto del *David*. Se había comprometido a no revelar el prodigio de su «despertar» y a no difundirlo de ninguna manera, ni verbal ni por escrito, a ningún otro ser humano, aunque le fuera la vida en ello y, por supuesto, pensaba cumplirlo.

Afortunadamente para ella, no estaba sola en el ajo, o en la «tarea», como la llamaba el rimbombante señor Tornabuon, y contaba con Tiziana para desahogarse y comentar con ella todo lo que había pasado porque, de lo contrario, era para volverse completamente tarumba.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó Tiz al verla entrar en la cocina—. ¿No te habrás ido de la lengua?

—Por supuesto que no; pero te digo una cosa: aunque contáramos lo que hemos visto, nadie nos creería.

—Lo mismo pienso yo, pero un juramento es un juramento.

—Desde luego ¿Quieres que haga un poco de pasta?, deberíamos comer algo. Estamos en ayunas desde ayer a mediodía.

—No tengo hambre, gracias. ¿Les has contado lo de tu caída?

—No, para qué preocuparlas si estoy bien.

—Es increíble que no te partieras todos los huesos del cuerpo.

—Y que ya no me duela ni siquiera el hombro.

—¿Qué han opinado sobre lo de quedarte en Florencia?

—Les parece muy bien, he tenido unos meses tan malos que les alegra que quiera quedarme contigo de vacaciones.

—¿Les has dicho que te quedas de vacaciones?, porque tú nunca te tomas vacaciones.

—Solo les he dicho que me quedaba contigo una temporadita y que me mandaran más ropa. No han indagado mucho más, ya tengo treinta años, ¿sabes?

—Vale, es que se trata de actuar con normalidad.

—No te preocupes, se lo han tomado con mucha normalidad. Haré una tortilla de patatas, tenemos que comer.

—Tengo el estómago cerrado.

—Y yo, pero hay que alimentarse y a ti te encanta mi tortilla española. —Se fue a la despensa para buscar patatas y cebollas y luego se acercó a la vitrocerámica para poner aceite de oliva en una sartén—. Mientras me duchaba me he acordado de algo importante que aún no hemos comentado, Tiz.

—¿De qué se trata? —Su amiga se sentó en la mesa de la cocina y tomó un sorbo de su taza de café.

—Antes de caerme del andamio, cuando me dejaste tocar la escultura, las dos sentimos un chispazo extraño, ¿recuerdas?, como eléctrico, y después de eso percibí perfectamente como el mármol se esponjaba o cobraba vida.

—Es verdad.

—Fue extrañísimo, fue como si le chispearan los ojos o… no sé cómo explicarlo, pero algo pasó, por eso me asusté, retrocedí y me caí al suelo. Igual deberíamos comentárselo a Tornabuon.

—¿Insinúas que al tocarlo lo «despertaste»?

—Lo tocamos las dos, tú llevabas horas limpiándolo y a lo mejor… no sé… a lo mejor eso influyó en el «despertar» y creo que, si fue así, hemos encontrado la llave o al menos una de las llaves para volver a «despertarlo».

—¿Quieres volver a «despertar» al *David*?

—Por supuesto, tengo millones de preguntas para él. ¿Tú no?

—Ni me lo había planteado.

—Tiziana —se le acercó para mirarla a los ojos—, se supone que ese chaval, el tal Domenico dalle Carceri, tiene como quinientos años, me muero de ganas de hablar con él.

—No tengo nada claro, todo esto me desborda y hasta que no nos sentemos con Tornabuon y nos explique quién es ese chico realmente, qué pinta en todo esto y cómo es posible que viva

dentro de una escultura, o lo que sea eso, no pienso especular más sobre este tema.

Apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las dos manos, un poco desesperada. Chiara estiró el brazo y le acarició el pelo comprendiendo perfectamente cómo se sentía.

—Tienes toda la razón, a mí es que me pierde el entusiasmo, pero tienes razón, no le daremos más vueltas al tema hasta que este señor nos aclare lo que está pasando.

—Si es que lo hace.

—Eso, si es que lo hace.

Se apartó de ella y se dedicó a cocinar en silencio, agradeciendo tener algo útil que hacer, pero sin poder acallar las miles de preguntas que tenía y las cientos de imágenes desordenadas que se le agolpaban en la cabeza, como la del guiño que le había hecho ese chico antes de desvanecerse, o la de las dos delante de ese pedestal, observando atónitas como la escultura recuperaba su forma original, pasando de ser un hombre de carne y hueso a un coloso de mármol de más de cinco metros de altura en un abrir y cerrar de ojos.

Una auténtica locura.

Después del prodigio, como lo llamaba Tornabuon, la luz dorada y cálida que había iluminado la Sala de la Tribuna durante el corto proceso se había disipado y habían regresado a la realidad de golpe, porque, de repente, de la nada, habían vuelto los sonidos del museo, de la calle, de Florencia a primera hora de la mañana.

Y así, sin ninguna ceremonia y antes de poder reaccionar, moverse o hablar entre ellos, un vigilante de seguridad había aparecido por su espalda tranquilamente para darles los buenos días, y el doctor Tornabuon lo había saludado por su nombre y le había explicado que estaban allí desde muy temprano para realizar una visita privada con la doctora Strozzi y su amiga española.

No había hecho falta decir nada más. Ni una explicación, ni una pregunta, ni una sola mirada de duda. Tal como se había desvanecido Domenico dalle Carceri delante de sus ojos, se había desvanecido la curiosidad del vigilante y había continuado con su ronda sin mirar atrás.

Según su reloj, eran las siete de la mañana cuando habían salido de la Galería de la Academia de Florencia cogidas de la mano, aún conmocionadas, y las siete y cinco cuando habían entrado en el piso de Giacomo Tornabuon, que vivía muy cerca, concretamente, en el edificio que estaba justo frente a la puerta principal del museo, al otro lado de esa estrecha calle que todos los días se llenaba con miles de turistas, estudiantes, guías o guardias de seguridad.

El venerable caballero las había hecho subir a su casa sin aceptar un no por respuesta y, una vez allí, nada más traspasar la puerta, había sacado su Biblia y las había hecho jurar por lo más sagrado que no revelarían nunca, jamás, el tremendo secreto que acababan de presenciar.

—Yo juro lo que quiera —le había dicho ella ofreciéndose la primera para hacerlo—, pero comprenderá que antes me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Ya las hará cuando sea oportuno.

—No veo un momento más oportuno que este, señor Tornabuon.

—Tiempo al tiempo, señorita, todo esto requiere de un proceso, un…

—Disculpe, doctor. —Tiziana se le había puesto delante muy seria—. Con todo respeto, después de lo que ha pasado esta noche, no pienso aceptar sus procesos. Es verdad que me siento

muy afortunada de haber sido testigo de semejante milagro, pero tanto Chiara como yo necesitamos hacer preguntas, necesitamos que usted nos explique en este mismo instante qué ha pasado y por qué o removeremos Roma con Santiago hasta conseguir nuestras propias respuestas.

—No harán nada.

—Usted no nos conoce, doctor Tornabuon. Tiziana tiene razón, si usted no nos ilumina, ya encontraremos por nuestros propios medios a alguien que sí lo haga.

—Santa madre de Dios.

—Guardaremos silencio, no se lo contaremos a nadie, pero investigaremos a conciencia hasta que…

—Está bien, tampoco pretendo mantenerlas en la inopia, solo pretendo darles una temporada razonable para asimilar lo que han visto y, luego, tal vez, poder explicarles tranquilamente lo que sé, que tampoco es que sepa demasiado. Ténganlo en cuenta.

—¿Tal vez?

—Ya me entiende, querida niña.

—Doctora, doctora Laso de la Vega, también soy doctora, aunque en Medicina.

—¿Y usted no tiene que volverse a España o de donde venga, doctora? Según su amiga, solo estaba de paso por Florencia.

—Y lo estaba, pero, después de lo que hemos visto, no pienso moverme de aquí. Es algo demasiado importante como para coger mi mochila, largarme y dejarlo pasar. No soy una inconsciente.

—No se librará tan fácilmente de nosotras, doctor.

—Estupendo, tengo delante a dos mujeres instruidas, curiosas y con la mente abierta, y hablaremos de lo que ustedes quieran, pero, ahora, no. Si me lo permiten, necesito descansar.

Y se lo habían permitido, aunque a ella la condescendencia con la que las trataba le parecía un poco intolerable y no se sentía muy por la labor de facilitarle las cosas, había optado por apoyar a Tiz y respetar su decisión de despedirse de él y dejarlo tranquilo unas horas. Solo unas horas hasta esa misma noche, cuando en teoría las iba a recibir en su casa para charlar sobre el increíble «despertar» del famoso *David* de Miguel Ángel.

4

—No me lo puedo creer —bufó Tiziana tocando por enésima vez el timbre de la casa de Giacomo Tornabuon que, al parecer, acababa de darles el plantón de sus vidas.

Chiara retrocedió, se puso junto a la puerta cerrada de la Academia y miró hacia el primer piso del edificio comprobando que estaba completamente a oscuras. Se dio la vuelta y miró el poster del *David* que anunciaba los horarios y los precios de las entradas al museo, y se perdió en observar su cara, sus rasgos tan perfectos, hasta que Tiz le tocó el hombro.

—Tampoco contesta al móvil, este señor nos ha dejado colgadas.

—Igual está dentro de la Academia. ¿Podemos entrar?

—Sí, vamos por la entrada de empleados.

—¿Y si Domenico dalle Carceri ha vuelto y está con él?

—Lo veo poco probable, me explicó que tardaba bastante en repetirse el «despertar».

—¿Cuánto?, ¿días, meses, décadas?

—No lo sé, no lo concretó.

—Pues vaya… ¡Hola! —Se detuvo en seco al girar hacia la calle que daba a la entrada lateral de la Academia, porque, justo allí, delante de la puerta para el personal del museo, estaba Giacomo Tornabuon charlando tranquilamente con Domenico dalle Carceri, el prodigioso *David* de Miguel Ángel que, al reconocerlas, les sonrió con los brazos abiertos.

—*Salve, damigelle!* —Se inclinó en una aparatosa reverencia y luego se enderezó para mirarlas de arriba abajo—. Es un auténtico placer volver a saludarlas, señorita experta en arte y señorita médica.

—¡Madre mía, si eres tú! Hasta hace treinta segundos creía que no te volvería a ver —exclamó Chiara feliz, muy entusiasmada por la sorpresa y caminando hacia él para darle la mano, pero Tornabuon se interpuso entre los dos y le impidió tocarlo.

—Un poco de respeto, doctora Laso de la Vega, mantengamos las distancias y templemos el frenesí.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído, su excelencia no es uno de sus colegas. Les suplico a las dos, por favor, el respeto debido.

—Doctor Tornabuon. —Tiziana lo agarró por un brazo y lo obligó a cruzar la calle para hablar con él a solas y muy seria.

Chiara los siguió con los ojos y luego volvió toda su atención hacia el guapísimo y sonriente Domenico dalle Carceri, que era un tipo imponente, aunque iba vestido como un funcionario del siglo XIX, casi como el propio doctor Tornabuon, pañuelo al cuello incluido.

—O sea, ¿que has vuelto? —comentó cruzándose de brazos y él asintió.

—Tú también.

—Sí, pero yo vivo aquí, es decir… en fin… Que tú hayas vuelto tan pronto es una auténtica maravilla.

—¿Entonces ya crees en mí?, ¿en quién soy?

—Por supuesto, te he visto subir al podio y… bueno… solo pude rendirme ante la evidencia.

—¿Ver para creer?

—Lo siento, yo soy así de cuadriculada.

—¿Cuadriculada? —Se echó a reír.

—Poco flexible ante fenómenos como el tuyo, ya me entiendes, soy de las que necesita demostraciones empíricas.

—Me parece muy bien.

—Aprovecho de pedirte disculpas por mi comportamiento, quiero que sepas que me siento muy afortunada de poder conocerte y de volver a verte tan pronto.

—*Grazie mile.* —Se le acercó, le cogió la mano y se la besó—. ¿Cuándo nos vimos por última vez?

—Ayer.

—¿Ayer? Vaya… sí que es pronto. —Se puso las dos manos a la espalda y respiró hondo mirando el cielo estrellado.

—¿No es voluntario?

—¿El qué?

—Pues esto, que te materialices o cómo se llame el proceso.

—¿Materializarse? Creo que ellos lo llaman el «despertar».

—¿Ellos?, ¿quiénes?

—Mis custodios.

—¿Custodios?

—¡Doctora Laso de la Vega! —la interrumpió indignado Giacomo Tornabuon—. Ya es suficiente, nadie le ha dado autorización para interrogar a…

—Basta, Tornabuon —zanjó Domenico dalle Carceri con autoridad y alisándose la ropa—. Me place responder a sus preguntas.

—Pero, mi señor…

—¿Podemos irnos?, me gustaría disfrutar de Florencia sin prisas.

—Por supuesto, excelencia.

—Vamos, pues. —Dio un paso hacia la calle Ricasoli, se detuvo y se giró teatralmente para buscarlas con los ojos—. Señoritas, acompañadnos, por favor.

—Claro.

—¡No!, eso sí que no, no voy a permitir que…

—He dicho basta, Giacomo, nadie está pidiendo tu opinión. Vamos, amigas mías, caminemos hacia la plaza de la Santa Cruz. ¿Conocéis el *quartiere* de la Santa Cruz?

—Me crie muy cerca —respondió Tiziana apurando el paso para seguir su ritmo—. Me encanta el barrio, el hogar original de Miguel Ángel.

—¡Ja! —soltó él sin mirarla.

—Ah, ¿no?

—Sí, sí, vivió allí, en la *via dei Bentaccordi*, como yo.

—¿Erais vecinos? —se atrevió a preguntar Chiara colocándose a su vera para mirarlo a los ojos, y él se detuvo para observarla desde su altura y con el ceño fruncido.

—Sí, lo éramos, pero no voy a hablar de ese bastardo.

—Vale.

—De él no, pero de todo lo demás sí. *Andiamo!*

Hizo un gesto con la mano, les dio la espalda y continuó su paseo a toda velocidad. Tiz y Chiara se miraron sin abrir la boca y salieron detrás de él sintiendo los pasos de Tornabuon pegados a los suyos.

—¿De dónde sacas tu ropa? —Chiara lo miró de soslayo y él torció la boca y se detuvo otra vez para contemplar sus pantalones oscuros, su chaqueta negra y su chaleco de raya diplomática.

—El atavío me lo proporciona Tornabuon, como otros lo hicieron en otros tiempos. Me la dejan a mano para cuando la necesite. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que podríamos conseguirte algo mejor, al menos, ropa más adecuada para tu edad y para este tiempo.

—¡Chiara! —la regañó Tiziana, pero Dalle Carceri la hizo callar levantando un dedo.

—No me molesta esta indumentaria, ¿a ti te molesta, señorita médica?

—No, pero es como de señor mayor.

—¿Señor mayor? ¿Tú qué opinas, Giacomo?

—Creo que la discreción es la clave, mi señor. Hay que pasar inadvertido.

—Poco inadvertido puede pasar un chico con su facha y su estatura vestido como si fuera un funcionario del Vaticano.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Giacomo Tornabuon—. No estamos aquí para discutir sobre moda, doctora Laso de la Vega. Sigamos paseando y obviemos superficialidades como esa o me veré obligado a pedirles a usted y a su amiga que se marchen.

—Yo sí quiero hablar de moda, siempre me ha gustado la industria textil —comentó Domenico Dalle Carceri reanudando el paso—. Mi padre y mis tíos se hicieron tinteros para superar la decadencia económica de nuestra casa. Abrieron una tienda en la plaza de la Santa Cruz y yo aprendí a teñir telas desde muy joven, me encantaba. ¿Sabéis que el color negro era el más difícil de conseguir?, por eso era carísimo, por eso solo la gente rica se lo podía permitir. Ir de negro se convirtió, entonces, en símbolo de distinción y fortuna.

—Sigue siendo considerado un color muy elegante —masculló Chiara—. ¿Puedo preguntar qué edad tienes?

—No, no puede —Tornabuon volvió a interrumpir, pero esta vez con brusquedad, se acercó a su protegido y lo cogió del brazo para obligarlo a caminar más rápido.

—Nos esperan para cenar en casa Maggiore, mi señor, no podemos perder el tiempo. —Le indicó el camino y Domenico asintió y lo siguió con sus andares enérgicos.

Tiziana miró a Chiara y la sujetó del brazo para caminar detrás de ellos en completo silencio

hasta que divisaron la famosa plaza de la Santa Cruz y, entonces, su nuevo amigo detuvo el paso y se giró hacia ellas señalándoles su iglesia de estilo gótico italiano, que era una de las más visitadas de Florencia.

—¡Señoras mías!, la Basílica de la Santa Cruz.

—Sí, es preciosa.

—La que le provocó el síndrome al pobre Stendhal —comentó Tiz por lo bajo.

—Se empezó a construir el 3 de mayo de 1294, sobre las ruinas de la pequeña iglesia erigida por los hermanos franciscanos en vida de san Francisco de Asís, y mi familia contribuyó generosamente en el proyecto.

—Vaya, qué interesante.

—*Andiamo!* Vamos a cenar con mi amigo Guido, os encantará la comida y el local es… magnífico.

Les indicó una callejuela a la izquierda de la basílica, se dirigieron hacia allí y, en ese preciso instante, el tiempo pareció detenerse, o eso sintió Chiara, porque, de pronto, los florentinos y los innumerables turistas que llenaban la plaza se quedaron en silencio y dejaron de hacer lo que estaban haciendo para seguir con los ojos la imponente y atractiva figura de Domenico dalle Carceri, que se movía con elegancia y con una plasticidad casi hipnótica mientras regalaba sonrisas a ese gentío que parecía reconocerlo o, al menos, que parecía completamente subyugado ante su presencia.

—¡Buenas noches, amigos! —saludó él con desparpajo y con los brazos abiertos, y muchas personas le respondieron con una sonrisa en la cara, viendo cómo les regalaba una educada reverencia antes de continuar su camino hacia el restaurante, como si tal cosa, como si fuera tan normal que el mundo entero lo adorara y le prestara atención.

—¡Domenico!, ¡qué alegría verte! —su amigo Guido de casa Maggiore leyó Chiara llegando a la puerta del restaurante, salió a su encuentro acompañado por otras personas y lo agarró por los brazos para darle un fuerte abrazo—. Qué alegría verte tan pronto, hombre.

—¡Guido!, ¡señora Lucía! —Abrazó él a todo el mundo y luego se giró para presentarlas—: Hoy traigo a dos amigas mías, la señorita experta en arte y la señorita doctora, por lo tanto, que la mesa sea para cuatro, por favor.

—Buenas noches, me llamo Tiziana —saludó Tiz.

—Yo soy Chiara, encantada de conocerlos.

Estrechó la mano de los dueños y entró en ese enorme local, que no era nada elegante y que tenía las paredes recubiertas de recuerdos, fotografías, cuadros, cruces, santos y todo tipo de adornos, oyendo como alguien ponía música y se desataba la fiesta, porque, nada más verlo aparecer, los comensales se levantaron de sus mesas para darle la bienvenida con aplausos mientras él sonreía y repartía besos y abrazos como si fuera el presidente de los Estados Unidos.

—¿Lo de siempre, amigo mío? —le preguntó don Guido asignándoles la mejor mesa del restaurante, y Domenico asintió.

—Lo de siempre y un par de botellas de vino para compartir con mis amigas, ya sabes que Giacomo no bebe.

—Ahora mismo les traemos la comida. ¡Raffaelle, dos botellas de Brunello di Montalcino aquí, rápido!

—*Grazie mille, mio grande amico.*

—Siempre es un placer, Domenico.

—Parece que conoces a mucha gente —le comentó Chiara y él se le sentó al lado, apoyó el brazo en el respaldo de su silla y se le acercó para mirarla de cerca con sus ojazos claros brillantes, provocando que involuntariamente retrocediera.

—¡¿Quieres ponerme celosa, granujilla?! —exclamó una mujer apareciendo por su espalda, y él dejó de mirarla para levantarse y saludar a su amiga, que era una italiana de bandera, de esas de anuncio, y que, en cuanto lo tuvo a mano, le pellizcó el trasero y le dio un beso en los labios.

—Y yo que pensaba guardarte ausencia al menos durante un año, Dome. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto, mi vida?

—No lo sé, solo sé que estoy aquí y que necesito vino, comida y mucho amor, Luciana.

—De eso siempre, cariño mío. Bienvenidas. —La mujer, que debía rondar la cuarentena, las miró y les sonrió—. Disfrutad de la comida. Os presto a Domenico un ratito, pero el resto de la noche es mío, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijeron las dos al unísono, y ella les guiñó un ojo y desapareció a la par que un camarero llegaba con las botellas de vino y empezaba a llenarles las copas hasta el borde y sin preguntar.

—Brindemos por la vida, amigos míos. —Domenico dalle Carceri levantó su vaso hacia el resto de las mesas y todos brindaron con él, luego se sentó otra vez a su lado y chocó su copa con la suya—. Bebamos, señorita doctora.

—Chiara, me llamo Chiara.

—Chiara como Santa Chiara, patrona de Italia.

—Eso es.

—¿Y eres tan virtuosa como ella, Chiara?

—Me temo que no.

—Brindemos por eso. *Salute!*

—¡Salud! —le respondió estirando la mano para sujetarle el brazo—, pero mirándonos a los ojos o da mala suerte.

Domenico dalle Carceri soltó una carcajada y le sostuvo la mirada mientras bebía, y ella se acercó la copa de vino a los labios y se la bebió de un trago, pensando que aquella era la segunda noche más rara de su vida, pero que tenía una suerte extraordinaria de estar allí.

5

—Joder, joder… —masculló en castellano al despertarse y sentir la boca seca y el cuerpo revuelto. Abrió los ojos y la luz del sol le acribilló las pupilas, los volvió a cerrar y se tapó la cara con un cojín, percibiendo perfectamente como el estómago empezaba a revelarse violentamente.

Trató de sujetar las náuseas, pero fue imposible y se levantó de un salto intentando recordar dónde se encontraba y dónde estaba el cuarto de baño. Salió al pasillo, lo cruzó, abrió la puerta del servicio y se arrodilló junto a la taza para vomitar una y otra vez, apartándose el pelo, hasta que Tiziana apareció por su espalda y se lo recogió mientras ella perdía las tripas y el hígado y todos sus órganos internos por el desagüe.

—Madre mía, ¿hace cuánto tiempo que no te emborrachabas, Chiara?

—No lo sé. —Tiró de la cadena y se sentó en el suelo sin soltar el borde de la taza.

—Menuda cogorza y menudo resacón.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado?, que te bebiste hasta el agua de los floreros, bonita.

—¿En la casa de comidas de don Guido?

—Pues claro.

—No me acuerdo de nada. —La miró de reojo—. ¿Tú no tienes resaca?

—Yo no, no probé apenas el alcohol. Yo me dediqué a observar atentamente al gran Domenico dalle Carceri.

—Mierda… Domenico dalle Carceri…

Se acordó del *David* de Miguel Ángel y sintió náuseas otra vez, se inclinó y devolvió hasta que no le quedó ni un ápice de hiel en el hígado y ni un ápice de líquido en el sistema digestivo. Se sentó y miró a su amiga a los ojos mientras ella se moría de la risa.

—No tiene gracia, Tiz.

—Sí que la tiene.

—Necesito una bebida isotónica, voy a bajar a…

—No te preocupes, compré esta mañana. ¿Quieres un poco?

—Por favor, tengo que hidratarme o no voy a salir de esta.

—Quién te ha visto y quién te ve, qué blandita te me has vuelto. Vamos, arriba.

La hizo ponerse de pie y la acercó al lavabo antes de dejarla sola. Ella se lo agradeció y abrió el grifo de agua fría para lavarse la cara y los dientes, luego se miró en el espejo y lo que se encontró fue a una zombi despeinada y ojerosa, así que abrió el agua caliente de la ducha y se metió debajo con ropa y todo, con los ojos cerrados, sin pensar en nada, mucho rato, hasta que sintió como le volvía el alma al cuerpo y empezaba a sentirse mejor.

—Lo siento mucho, Tiz, no sé qué me ha pasado. —Entró en la cocina vestida y peinada y metió la ropa sucia en la lavadora mirando de reojo a su amiga, que estaba en la mesa tomando notas en un cuaderno nuevo.

—Tómate el agua isotónica y un café, Chía. Tu madre ha llamado dos veces, deberías llamarla.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

—¿En serio?, no me lo puedo creer.

—Sí, guapa, te metimos en la cama a las cinco y media de la mañana.

—¿Te metimos?, ¿quiénes?

—Él y yo.

—¿Él?, ¿Domenico? —Tiziana asintió sin mirarla—. ¿Subió al piso?

—Sí. —Su amiga levantó los ojos y le sonrió muy emocionada—. Al doctor Tornabuon casi le da un ataque, pero a él le dio igual y no se quiso ir a la Academia hasta que no te dejó sana y salva en tu cama.

—¿En serio?, qué majo.

—Está bastante pirado, pero, en el fondo, es un caballero. Eso me dijo antes de salir corriendo hacia su pedestal. ¿No es de locos?

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y suspiró con cara de desconcierto, sin decir nada más, hasta que buscó sus ojos y le habló con los suyos muy brillantes:

—Chiara, esto es lo más demencial y, a la vez, más extraordinario que veremos en toda nuestra vida. Está pasando, el *David* se transforma en un hombre de carne y hueso y no sé cómo gestionarlo.

—Yo tampoco —se sentó al lado y le cogió la mano—, pero creo que solo lo podemos gestionar con calma y con algo de distancia o acabaremos en un psiquiátrico.

—Distancia, no, porque Tornabuon cree que estoy metida hasta el cuello en este asunto.

—¿Cómo que hasta el cuello?, ¿a qué se refiere?

—A que, aunque para su desgracia no soy un «varón», tal vez sea la elegida para relevarlo.

—¿Relevarlo en el cuidado del *David*?

—Según me dijo anoche, cada cierto tiempo los custodios, como los llama a él, se tienen que renovar, claro, es ley de vida, y él se hace mayor, con lo cual…

—Te ha elegido a ti.

—No, según su tradición, el propio «despertar» elige al siguiente custodio haciéndose visible delante de él —de ella, en este caso—. Así, al parecer, se señala al nuevo cuidador del *David*, más bien al nuevo cuidador de Domenico dalle Carceri, que es quién en realidad les preocupa.

—Pero ¿te explicó quién controla o gobierna el famoso «despertar»?, ¿es el propio Domenico?

—No tiene ni idea y Domenico jura que él no es consciente de nada. En ese punto en particular, no hay ninguna información concreta.

—Qué lástima, porque si no se sabe quién, cuándo, cómo o por qué el *David* se transforma en un ser humano y baja de su podio, jamás podremos entender nada.

—Desde el punto de vista de Tornabuon, no hay nada que entender, simplemente, hay que

aceptarlo como un regalo y apechugar, en sus palabras «sobrellevar la carga sin hacer preguntas».

—Con esa filosofía de vida la humanidad no hubiese avanzado nunca. Creo que la resignación no es la respuesta, Tiz, seguro que, investigando a nuestra manera, conseguiremos descifrar todo este misterio.

—No se me ocurre ni por dónde empezar.

—A mí sí, en la facultad siempre nos decían que lo primero era hablar con los pacientes y, en mi experiencia clínica, he comprobado que es verdad, que lo importante es preguntar y escuchar, porque son ellas o ellos los que más pistas te pueden dar sobre lo que les ocurre. O sea, en mi opinión, con el que hay que hablar es con Domenico dalle Carceri que es el que debe tener las claves de todo este tema.

—Según él, esto lleva pasando ciento cincuenta años y nunca nadie le ha explicado nada.

—¿Solo ciento cincuenta años?

—Sí, desde 1873, desde que lo trasladaron de la plaza de la Señoría a la Academia.

—Claro… —Se quedó pensando mientras tomaba un sorbo de café—. Supongo que estando a la intemperie no podía «despertar» de repente porque estaba a la vista de todos. Eso tiene su lógica y ya nos puede indicar que hay una línea prevista de actuación, ¿no?

—No lo sé, él lo achaca a que igual su sala dentro del museo está construida sobre alguna puerta mágica a otro mundo o algo parecido. Es un tío del Renacimiento, pero lo mismo te cita a Dante que te habla de maldiciones, brujería o artes ocultas. Está hecho un lío.

—Normal, imagínate estar en sus zapatos. Sin embargo, creo que hay que intentar charlar con él a fondo para…

—Eso si lo volvemos a ver, porque no sabemos cuándo se puede repetir el dichoso «despertar».

—Joder. —Se le encogió el corazón al pensar en la posibilidad de no volver a verlo y se tapó la cara con las dos manos.

—Encima, cuando se emociona, habla en vernáculo florentino y a ver quién le entiende. Es una gozaba oírlo, pero le pillo la mitad de lo que dice. ¿Te acuerdas de mi amigo Rodolfo?

—Sí, el lingüista.

—Exacto, lingüista experto en la Toscana. Anoche no dejaba de pensar en él porque sé que daría una mano por pasar solo una hora con nuestro amigo del Renacimiento.

—Ya ves.

—Aunque en todos estos años de «despertares» se nota que Domenico ha aprendido muchas cosas y se ha modernizado, con dos copas de más se relaja y flipas, Chiara. Me reí un montón con él.

—Qué pena que casi no me acuerde de nada.

—Te dejaste llevar y acabasteis los dos bailando tarantelas y apostando en juegos de beber. Domenico se lo pasó como nunca; eso me dijo antes de despedirse.

—¿Juegos de beber y tarantelas?

—Y sevillanas, salsa y lo que te pusieron por delante.

—Madre mía…

—No os pude grabar porque Tornabuon me lo prohibió, pero, créeme, fue genial, tanto, que su habitual recorrido por Florencia se suspendió y nos quedamos en casa Maggiore hasta las cinco de la mañana.

—¿Con su amiga Luciana?

—No, ella se cansó de insistir para que él subiera a su casa y, al final, se cabreó y desapareció. Es hermana de don Guido, ¿sabes?, y resulta que hizo el bachillerato con mi tía Mónica.

—¿En serio?

—Sí, me lo contó ella misma.

—Vaya, pues se ve mucho más joven que tu tía Mónica.

—Ni se te ocurra decirle eso a mi tía. —Se echó a reír y le indicó su teléfono móvil—. Llama a Chiara, estará esperando que la llames.

—Sí, sí…

Encendió el teléfono y vio que tenía el bloc de notas abierto, lo pulsó y comprobó que había apuntado varios números que no reconocía, frunció el ceño y miró a Tiziana.

—¿Por casualidad no sabrás por qué apunté estos números?

—Son las tallas de Domenico.

—¿Qué tallas?

—Zapatos, camisa, pantalones y chaqueta. Le prometiste que le ibas a comprar ropa más moderna para cuando volviera por aquí.

—Ah, sí, de eso me acuerdo. Llamo a mi madre y luego me voy de compras, seguro que el paseo me despeja.

—Como quieras.

—Una pregunta. —Se puso de pie y se le acercó—. ¿En qué consistiría tu papel como custodia del *David*?, quiero decir, además de sacarlo a pasear por Florencia.

—El doctor Tornabuon no me ha dado detalles, salvo que me tendría que mudar a vivir a su piso frente al museo. Al parecer, los custodios siempre se han alojado allí.

—¿Es como su centro de operaciones?

—Exactamente. Desde allí lo tiene monitorizado todo el tiempo y puede correr a su encuentro cuando se produce el «despertar».

—Claro —suspiró—. ¿Y tiene algún compañero?, ¿alguien que le eche un cable cuando está enfermo o se quiera ir de vacaciones?

—No se lo he preguntado, pero me da que no.

—Bueno, en eso tú serás diferente porque siempre me tendrás a mí.

—Es verdad, muchas gracias. —Le guiñó un ojo y luego volvió a sus anotaciones.

—¿A qué hora nos vamos a la Academia?

—¿A la Academia?, ¿para qué?

—Para ver si el *David* «despierta», me gustaría estar delante. Yo eso aún no lo he visto.

—Lo siento, pero el doctor cree que el «despertar» no se repetirá tan pronto, menos después de dos noches seguidas.

—¿Y si se repite?

—Nos avisará inmediatamente.

—¿Tú le crees?

—Sí, porque necesita involucrarme en el asunto. Me avisará, no te preocupes. ¿Qué? —Levantó la cabeza después de unos segundos de silencio y la observó con atención—. ¿Qué te pasa?

—Me gustaría ir igualmente, si no pasa nada, no me importa, pero si pasa, podré ver el «despertar», saludar a Domenico, darle su ropa nueva y, además, yo sí te llamaría en seguida.

—Vale, está bien. —Se levantó para buscar su bolso, rebuscó dentro, sacó su credencial y se la entregó—. Usa mi pase, pero no me lo pierdas.

—Yo nunca pierdo nada. —Fue hasta su cuarto para buscar su mochila y sus zapatillas y regresó a la cocina poniéndose el reloj—. Me voy al centro, vuelvo, como algo y después directa a la Academia, ¿*OK*?

—*OK*, pero no te veré, dentro de un rato me voy a un seminario con Matteo y terminaré tarde.

—A ver cuándo me lo presentas.

—Le diré que te organice una visita privada a su museo.

—Genial, con la racha que llevo, igual voy y se «despierta» alguna escultura famosa de la Galería Uffizi.

—Muy graciosa.

—¿Qué digo si algún vigilante nocturno de la Academia me pregunta qué estoy haciendo allí?

—Le dices que eres mi amiga y que me llamen, antes de ayer ya te vieron conmigo. No te pondrán pegas, son muy majos.

—Genial, mil gracias, Tiz. Eres la mejor.

—Tú cómprame algo bonito a mí también.

—Eso está hecho. —Se acercó y le dio un abrazo, luego recogió su chaqueta y salió al rellano marcando el número de teléfono de su madre.

6

Un mes después

—No puedes seguir sin trabajar, Chiara.

—¿Por qué no?

—No sé, porque… porque…

—Cuando volví de Pakistán, Michele, todos me dijisteis que debía tomarme una temporada de descanso, que estaba agotada y en estado de *shock*, que tenía que cuidarme y distraerme, y eso es lo que estoy haciendo —resopló empezando a enfadarse, porque llevaba diez minutos discutiendo con Michele Vitale, uno de sus mejores amigos, un colega del trabajo y un ex que nunca había aprendido a relacionarse bien con ella, porque nunca se había molestado en escucharla y prestarle atención, y se puso de pie para caminar por la oscura y silenciosa Sala de la Tribuna de la Galería de la Academia de Florencia, contando hasta diez para no colgarle o mandarlo a paseo.

—Preciosa, yo…

—No me llames preciosa, Miki, no estamos en los años cincuenta.

—Solo es una forma de hablar, es que eres imposible, Chiara.

—Por eso mismo no sé por qué me llamas.

—Porque estoy preocupado por ti, cielo, todos lo estamos. En el hospital te echamos de menos, tu puesto te está esperando, incluso tus madres…

—No metas a mis madres en esto, acabo de pasar el fin de semana con ellas y todo está perfecto, así que no vayas por ahí que nos conocemos.

—Siempre te apoyan, porque ellas son así, pero me consta que les gustaría muchísimo que volvieras definitivamente a Roma.

—Saben que aún no lo tengo decidido.

—Madre mía, Chiara. ¿Vendrás al menos en Navidades?, llevas más de un mes en Florencia.

—¿Y eso a ti qué más te da?

—Te he dicho que me preocupas.

—Pues no te preocupes tanto.

—Solo dime si vendrás a Roma en Navidades, no es mucho pedir.

—Falta mes y medio para Nochebuena, aún no sé lo que haré y, en todo caso, no creo que sea asunto tuyo, ¿vale? Voy a colgar.

—De acuerdo, lo siento. Lo siento, es que…, solo me intereso por ti, cariño.

—Joder, qué pesadito —bufó—. Muy bien, muchas gracias por tu interés, pero no hace falta. Te voy a dejar, tengo…

—¿Dónde estás?, ¿en el baño? Se siente mucho eco.

—Estoy en el museo donde trabaja Tiziana.

—¿Otra vez en la Academia y a estas horas?

—¿Algún problema?

—No… —Respiró hondo—. A lo mejor puedo escaparme unos días a Florencia, me deben muchas horas libres y me encantaría verte y disfrutar de la ciudad contigo.

—Tal vez más adelante, ahora mismo, no, porque ando en otras cosas y no tendré tiempo ni de verte. Ya te avisaré, ¿de acuerdo? Tengo que dejarte, Michele, estoy un poco liada. Adiós.

—¿Has conocido a alguien?, ¿hay otra persona?

—¿Otra persona?, ¿a qué te refieres?

—Ya me entiendes.

—No te entiendo, porque «otra» implica que ya tengo a alguien y que yo sepa sigo soltera y libre. ¿O tenemos que volver a discutirlo?

—No puedes culparme por seguir intentándolo.

—No te culpo, solo te digo que estás perdiendo el tiempo conmigo. Tú y yo solo somos amigos y como me sigas llamando para interrogarme o presionarme, ni eso, así que tú mismo, chaval. Hasta luego.

—Chiara…

—Adiós.

Le colgó y regresó sobre sus pasos pensando en que cada día llevaba peor relacionarse con personas como Michele, que no era mal chico, pero que solía tratarla como si necesitase ayuda, como si fuese una niñita desvalida a la que debía proteger o guiar por el mundo, cuando ella era justamente lo contrario: era la tía más independiente y autosuficiente del universo y nunca, jamás, le había pedido orientación o socorro.

Él sabía, como lo sabían todos sus amigos, que odiaba que la trataran así o que la llamaran cariño, preciosa, cielo o ese tipo de apelativos pueriles que no podía soportar. Él lo sabía, pero había decidido ignorarlo y por eso no habían durado ni un mes juntos. Ni un mes, a pesar de lo cual, seguía erre que erre intentando reconquistarla. Una puñetera pesadilla.

Levantó la cabeza para contemplar al *David*, que permanecía impertérrito en su podio y bajo su magnífica cúpula, y miró la hora pensando en ir cenando algo porque ya eran las nueve y media noche y empezaba a tener hambre.

Rodeó la escultura mirándolo a los ojos —esos feroces ojos de mármol que solían impresionar a todo el mundo— a ver si por ca sualidad conseguía conectar con él; por supuesto, no lo consiguió y se sentó en el asiento que tenía a su espalda. Un semicírculo de madera que constituía una especie de banco de descanso para los turistas y que durante las últimas treinta y dos noches se había convertido en su cama o, más bien, en su sofá, porque llevaba treinta y dos noches mal durmiendo en la Academia, esperando sin éxito a que el *David* despertara y se convirtiera en Domenico dalle Carceri.

El doctor Tornabuon le había advertido infinitas veces que el «despertar» no iba a ocurrir tan pronto, mucho menos, después de las dos noches seguidas que Domenico había pasado con ellos

a principios de octubre, pero algo en su interior le decía que esta vez iba a ser diferente y que él volvería en seguida, por eso no se separaba del *David*, al menos, por las noches, porque durante el día se dedicaba investigar y a estudiar la obra de Miguel Ángel con la ayuda de Tiziana, que, como Tornabuon, estaba convencida de que no volverían a ver a su amigo del Renacimiento en muchísimo tiempo.

Fuera como fuese, ella seguía en Florencia y justificando su estancia allí como unas merecidas vacaciones después del último año que había pasado. Un año durísimo a muchos niveles y que le iba a costar bastante olvidar, por lo tanto, hasta sus madres habían apoyado su decisión de no volver aún al trabajo porque necesitaba reponerse y pasar página, y qué mejor lugar que Florencia para conseguirlo, una de las ciudades más hermosas del mundo, donde había vivido de pequeña y donde tenía amigos y muchas cosas que hacer, como estudiar arte, relajarse y obsesionarse con el *David* de Miguel Ángel.

Sacó su bocadillo de salami y su termo con té de la mochila, apartó la bolsa con la ropa que había comprado para Domenico y se sentó en el suelo para mirarlo desde abajo, desde donde parecía un coloso gigantesco, que es lo era, y calculando que si el 22 de diciembre no había novedades, viajaría a Roma para pasar la No chebuena con la familia y luego volvería a Florencia el 26. Cuatro días para dedicar a Chiara y a Natalia y a sus abuelos romanos, incluso, cinco si la cosa seguía sin cambios por la Academia. Después de eso, en Año Nuevo, se platearía seriamente la posibilidad de buscar trabajo en algún hospital florentino o en alguna clínica privada de la zona, porque, aunque no le hiciera falta un sueldo, sí le hacía falta estar ocupada y activa como médica.

—¡¿Qué hace usted aquí?! —le gritó una mujer acercándose a ella como una fiera.

Chiara saltó, se puso de pie y se tuvo que cubrir los ojos con una mano porque la estaba señalando con una linterna muy potente en la cara y la encandiló haciendo que retrocediera.

—¡Hable o llamo a la policía!

—Soy Chiara Laso de la Vega, amiga de la doctora Tiziana Strozzi. Tengo autorización suya para estar aquí.

—A mí nadie me ha dicho nada.

—Pregúntele a Giorgio Lupi, él lo sabe y… ¿puede apartar la luz, por favor?

—Lupi está de baja. —Apagó la linterna y cogió su *walkie-talkie* para llamar a alguien—. Documentación, y apártese de su mochila.

—¿Disculpe?

—Voy a inspeccionar su mochila y esa bolsa grande que esconde allí.

—No escondo nada, solo es…

—¡Quieta! —gritó al verla agacharse para coger la bolsa con ropa y le indicó con la linterna el pasillo que iba hacia la Gipsoteca Bartolini—. Deme su documentación, señorita, no lo voy a repetir.

—Le voy a dejar la credencial de la doctora Strozzi.

—Pasaporte o documento de identidad. ¡Vamos!

—No tiene autoridad para pedirme el pasaporte o el documento de identidad.

—Voy a llamar a la policía.

—Por favor, llámela. —Se cruzó de brazos y ella, que no conseguía que nadie respondiera a su llamada del *walkie-talkie*, sacó la porra y se le acercó furiosa.

—Deja tu puto pasaporte en el suelo, niñata de mierda, y entrégame tus cosas o vas derecha al calabozo que tenemos en el subterráneo y te aseguro que no te va a gustar.

—Suficiente. Voy a llamar al doctor Tornuabon, vive aquí en frente y vendrá en seguida para aclarar este malentendido.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, hizo amago de marcar el número de Tornabuon, pero esa loca peligrosa se le acercó y le golpeó la mano violentamente con la porra, haciendo que soltara el teléfono y que este saliera volando por los aires hasta estrellarse contra el suelo junto al *David* de Miguel Ángel.

—Pero… ¿qué hace?

—¿Estás buscando guerra, monina?, porque no tengo ningún problema en ponerte en tu sitio.

—¡Ayuda! —gritó Chiara retrocediendo, siendo consciente de que la mujer, que era inmensa y estaba fuera de sí, no iba a tener ningún reparo en darle una paliza antes de acusarla a saber de qué delito, y miró por encima de su hombro volviendo a pedir auxilio.

—Grita todo lo que quieras, seguro que los vagos de mis compañeros se han dormido en la sala de descanso.

—Estoy haciendo un trabajo para la doctora Strozzi —mintió, moviéndose hacia la Sala de los Esclavos, que llevaba a la salida de visitantes, y la vigilante la siguió con la porra en alto—, está cometiendo un tremendo error y pienso denunciarla ante sus superiores y ante la policía si no se aparta de mí.

—Si estuvieras trabajando, cosa improbable a estas horas, a mí me habrían pasado un parte y un aviso. No sé qué coño haces aquí o si eres una sin techo que se cuela en los museos para pasar la noche, me importa un carajo, solo te digo que a mí no me la juegas, niñata de mierda.

Hizo amago de sujetarla, pero Chiara la esquivó a la par que el suelo se movía de forma casi imperceptible, como un temblor de tierra muy flojito, y las dos se miraron en silencio, un poco desconcertadas, hasta que el temblor se repitió con bastante más potencia.

Chiara se puso instintivamente en cuclillas, pero no cerró los ojos dando por hecho que, al fin, iba a ser testigo del «despertar». Se mantuvo quieta, observando como el inmenso *David* refulgía, se movía, adelantaba el pie derecho y se bajaba de su roca para pisar el podio al mismo tiempo que movía la mano izquierda, con la que sujetaba la honda de fuste, y la deslizaba lentamente hasta la cadera mirando, primero, al frente y, luego, hacia ella con sus gigantescos ojos de mármol.

Un segundo después, mientras ella le sostenía la mirada con el corazón saliéndosele del pecho, él hizo el amago de saltar y todo se fue a negro.

Por un momento creyó que se había desmayado, pero, en seguida, recordó que Tiziana le había hablado de ese momento de oscuridad y tragó saliva, se puso de pie despacio y cuadró los hombros vislumbrando al hombre alto y desnudo que tenía delante y que le sonrió de oreja a oreja en cuanto las tenues luces de emergencia del museo volvieron a encenderse.

—¡Chiara! —exclamó con entusiasmo y ella se echó a llorar—. ¿Por qué lloras?

—Porque esto es extraordinariamente asombroso.

—Dame un abrazo. —Se le acercó para tocarla, pero se detuvo y se miró así mismo—. Mejor me visto, no quiero ofenderte con mi desnudez.

—Soy médico, no me asusta la desnudez de un hombre —bromeó y él soltó una carcajada.

—Y yo soy un caballero, Chiara, permite que me vista con el recato adecuado delante de una respetable y noble dama como tú. ¿Me has traído ropa moderna?

—Sí, espero que te guste.

Se movió hacia la bolsa con la ropa y se acordó de la vigilante agresiva que se había dormido como una bendita en el suelo. La rodeó y cogió sus cosas para entregárselas a Domenico que estaba observando la Sala de la Tribuna como si la viera por primera vez.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde tu último «despertar»?

—No.

—Treinta y dos días.

—Perfecto.

—¿Y ella?, ¿cuándo despierte se acordará de algo? —Le señaló a la guardia de seguridad y él negó con la cabeza.

—No recordará nada, les pasa a casi todos los seres humanos que están dentro de la Academia cuando ocurre el prodigio. Solo lo recuerdan unos pocos elegidos como tú.

—Vale.

Le entregó la ropa interior y esperó atenta a que se la pusiera, algo que él hizo en silencio hasta que se detuvo y la miró de soslayo.

—Lo sé, el bastardo Buonarroti me esculpió con un miembro nimio, fue su última gran venganza; aunque los estudiosos de su obra digan que lo hizo por decoro y por respeto hacia la iglesia y hacia el pueblo de Florencia, yo te aseguro, mi querida Chiara, que fue para desquitarse conmigo. Como verás, estoy sobradamente dotado.

—No estaba pensando en eso. —Se echó a reír y él le quitó los vaqueros de las manos y se los enfundó con mucha pericia.

—No es necesario disimular, somos amigos, Chiara, doy por hecho que me estabas mirando. —Se alisó los pantalones y le guiñó un ojo—. Me place esta ropa.

—Te queda muy bien, ahora pruébate las zapatillas de deporte.

Él continuó vistiéndose y ella parpadeó, siendo consiente, de repente, de la importantísima información que le acababa de dar. Lo ayudó a ponerse el abrigo, se lo igualó por la espalda, esa espalda ancha y musculosa que tenía y que costaba bastante dejar de tocar, y después se puso delante para mirarlo a los ojos.

—O sea, ¿que tú posaste para él?, ¿tú fuiste su modelo para el *David*?

—Evidentemente, pero solo durante unos días, hasta que me hartó y me largué para no tener que ver esa cara de pazguato que tenía.

—¿Pazguato? —Soltó una risa y él movió la cabeza.

—Necio, memo, palurdo…

—¿Miguel Ángel un palurdo?, ¿el artista más importante de la historia de la humanidad?

—Cuando yo lo conocí, aún no lo era y, aunque llegara a serlo, seguiría teniendo la misma cara de palurdo, de eso no me cabe la menor duda.

—Madre mía, Domenico.

—Estas zapatillas de deporte, como tú las llamas, son muy cómodas. Ahora entiendo por qué las llevan lo mismo los hombres que las mujeres en esta época. —Dio un golpe en el suelo y luego la miró—. Y el artista más importante y respetado de la historia de la humanidad, señorita médica, fue y seguirá siendo el maestro Da Vinci, que también era toscano, ¿lo sabes?, nació en Anchiano.

—¿Llegaste a conocer en persona a Leonardo Da Vinci?

—Así es, en mi propia casa. Siempre fue un hombre muy apreciado por mi familia.

—¿En serio?, ¿y cómo era?

—Era un toscano recio, fuerte, decían que podía doblar herraduras con una sola mano. Eso nunca lo vi, pero te puedo asegurar que era amable y generoso, un hombre con un gran atractivo personal y…

—¡Mi señor! —Giacomo Tornabuon apareció corriendo en la Sala de la Tribuna e interrumpió la interesante charla ejecutando una respetuosa reverencia antes de saludar a Domenico dalle Carceri con enorme entusiasmo—. Ha vuelto muy pronto, mi señor.

—Eso dice mi amiga Chiara.

—Así es. —La miró a ella de mala gana y le hizo una venia—. Doctora Laso de la Vega, ¿cómo está usted?, ya veo que le ha comprado mucha ropa.

—Solo la necesaria, doctor.

—Tengo hambre, Giacomo, avisa a Guido de nuestra llegada.

—Ya está avisado, mi señor. Cuando usted quiera.

Le indicó la salida y Domenico asintió, se puso las manos a la espalda y echó a andar sin molestarse en mirarlos o en comprobar si lo seguían o no.

—*Andiamo!*

7

Casa Maggiore no era un restaurante magnífico, como pensaba Domenico dalle Carceri, era todo lo contrario. Se trataba de la típica casa de comidas que recomendabas a tus amigos del Erasmus, a los mochileros del Interrail o a los turistas con poco presupuesto que querían disfrutar de un buen plato de pasta casera, independientemente de dónde se lo sirvieran.

Ocupaba un local amplio y destartalado cerca de la plaza de la Santa Cruz y tenía muchas mesas de diversos tamaños, cubiertas con mantelitos de cuadros rojos, y sillas dispares con asientos de paja o de madera roída, pero la comida era abundante y estupenda.

Deslizó la mano por el mantel de plástico y luego observó las paredes repletas de adornos y recuerdos. Ya le habían llamado la atención en su primera noche allí, pero esta vez, sin tantas copas de vino encima, las podía escrutar con más claridad y descubrir, al lado de cuadros infames o postales antiguas de Santa María del Fiori, fotos de muchos famosos nacionales e internacionales que habían pasado por sus mesas, algunos de los años sesenta y setenta, pero otros más modernos y actuales como Raffaella Carrà, Angelina Jolie o Harry Styles.

Increíble.

Sonrió, pensando en la posibilidad de poder encontrarse una noche allí con la estrella británica del rock comiendo los ñoquis de don Guido, y apoyó la espalda en el inestable respaldo de su silla prestando atención a Domenico, que ya iba por su tercer plato de pasta mientras su amiga Luciana, que no se había separado de él desde que habían entrado en el local, le acariciaba el pelo y buscaba sus ojos con una actitud un poco ansiosa y bastante pegajosa.

Desde luego, concluyó, si alguien la acosara a ella de esa forma, ya habrían tenido un problema gordo, pero a él parecía darle igual porque pasaba de sus susurros al oído y de sus besos en el cuello más pendiente como estaba de su comida, que no cesaba de llegar a la mesa humeante y olorosa.

Observó con algo de estupor como Luciana deslizaba los dedos hacia sus pantalones y como él se los apartaba de un manotazo, y miró de reojo a Tiziana y al doctor Tornabuon, que estaban en el lado opuesto de la mesa hablando serios y concentrados de sus cosas, es decir, hablando del *David*, los custodios, el «despertar» y todos esos asuntos tan trascendentales que se traían entre manos.

—¿No tienes un noviete guapo y cariñoso en Madrid, Chiara? —le preguntó Luciana y ella la miró de frente y negó con la cabeza.

—No, ni en Madrid ni en ninguna parte.

—¿Por qué?, ¿tus padres son muy estrictos?

—¿Mis padres?, ¿qué edad te crees que tengo?

—No sé, ¿no eres la sobrinita pequeña de Giacomo? —Le indicó a Tornabuon con la cabeza y ella soltó una risa.

—No, soy amiga de Tiziana y tengo treinta años. ¿Cómo sabes que soy de Madrid?

—Nos lo contaste la otra noche, además, se nota por el acento.

—Vaya, media vida viviendo en Italia y sigo teniendo acento.

—No es verdad —opinó Domenico—, es casi imperceptible.

—Italiana no es y menos de Florencia —intervino Luciana un poco brusca—, eso se nota a la legua.

—Viví de los siete a los doce años en Florencia, pero he vivido en muchos sitios fuera de Italia y mi madre es de Roma, así que tengo un batiburrillo de acentos. No lo puedo negar.

—¿Tu familia vive en Roma?

—Sí.

—¿Y cuándo vuelves con ellos?

—Aún no lo sé, tengo una excedencia en el trabajo y…

—Es médica —farfulló Domenico dalle Carceri señalándola con el tenedor cubierto de salsa de tomate—. Doctora en Medicina, nada menos.

—¿Qué clase de doctora? —quiso saber Luciana.

—De urgencias, soy médica de urgencias.

—¿Qué estás diciendo?, ¿una chica tan guapa? No me lo creo.

—¿Y el aspecto físico qué tendrá que ver? —preguntó Tiziana desde su sitio con muy malas pulgas y Luciana arrugó la nariz.

—Si eso es verdad, qué profesión más triste para una mujer.

Soltó con todo el morro, como si aquello no fuera una idiotez del tamaño de una casa, y luego volvió a concentrar toda su atención sobre Domenico, al que le acababan de traer un filete florentino acompañado con patatas panaderas que podía alimentar a la mesa entera.

Chiara contó hasta diez y respiró hondo, decidida a no rebatir semejante y vergonzoso comentario porque se dio cuenta de inmediato de que no valía la pena y, sin querer, siguió con los ojos los dedos de esa mujer de edad indefinida que se estaban perdiendo en el pelo de Domenico mientras intentaba hablarle en el oído.

Él tenía un pelazo ondulado, rizado y muy oscuro, precioso y brillante, como si acabara de pasar por un carísimo y exclusivo tratamiento de belleza, y comprendió que Miguel Ángel lo había reflejado a la perfección en su *David*. Al menos, todo lo perfecto que se podía conseguir esculpiendo el mármol.

Se trataba de una melena majestuosa, de rizo grande, que Domenico dalle Carceri se peinaba hacia atrás con las dos manos y que, de cuando en cuando, dejaba escapar una onda sobre la frente otorgándole un aspecto moderno y muy sexi.

El tío era un monumento —nunca mejor dicho— y el pelo era una más de sus cualidades físicas, pero no era la menos importante, al contrario, era clave en ese aspecto esplendoroso que le había regalado la naturaleza y que Miguel Ángel Buonarroti había entendido y captado maravillosamente. No en vano, aun tallada sobre la piedra, la cabellera era de las cosas más

hermosas y que más llamaba la atención cuando contemplabas a su impresionante y gigantesco *David*.

«Dependiendo de la estación del año, de la cantidad de visitantes y de la clase de ropa que usen, las fibras microscópicas que desprenden pueden quedar atrapadas en pequeñas telarañas entre los diminutos canales tallados que forman el cabello del *David*», le había explicado Tiziana cuando lo había visto de cerca por primera vez, cuando había podido tocarlo y cuando había fantaseado con la absurda idea de poder abrazarlo contra su pecho, acariciarlo y besarlo con los ojos cerrados.

—¡*Ricchi e Poveri!* —gritó Luciana poniéndose de pie y Chiara saltó oyendo la música de *Ricchi e Poveri*, ese legendario grupo musical italiano que gustaba a todo el mundo y que tenía unas canciones muy pegadizas.

Miró a Tiziana y vio como el doctor Tornabuon se levantaba y se iba hacia los servicios a la par que Domenico dalle Carceri abandonaba los cubiertos sobre el plato y se ponía de pie para bailar y cantar, como si conociera a los *Ricchi e Poveri* de toda la vida, y con él el resto de los comensales, que empezaron a entonar el *Mamma María* a grito pelado entre las mesas.

—Menudo ritmo tiene el hombre del Renacimiento —comentó muerta de la risa a Tiz y ella miró a Domenico moviendo la cabeza.

—Y está como un queso, los vaqueros y la camiseta le sientan demasiado bien. Tremendo peligro tiene. Escucha… —se le acercó y le habló en el oído—: El doctor me ha contado que está enfermo, tiene cáncer de próstata.

—¡¿Qué?!, ¿en qué estadio? Supongo que se lo está tratando.

—Sí, se lo tratan en el Careggi University Hospital. Ya lo superó hace veinticinco años, pero ahora ha vuelto y está en estadio cuatro.

—Vaya…

—Por eso cree que es un milagro que hayamos aparecido justo ahora, porque no tardará mucho en no poder hacerse cargo del *David*, ya me entiendes. Además, ya tiene ochenta y dos años.

—Ay, pobre, menuda angustia estaría pasando.

—Sí y no tenía a quién acudir, su compañero, el otro «custodio», falleció en pandemia.

—O sea, ¿que había otro?

—Sí, una especie de suplente y era mucho más joven, había cumplido cincuenta y cuatro años, pero lo pilló la COVID y se acabó, así que estaba empezando a desesperarse. Ahí va… —guardó silencio mirando hacia la puerta del restaurante—. Al fin ha conseguido llevárselo a la cama, qué tía más pelma.

—¿Cómo dices? —Se giró hacia la puerta a tiempo de ver a Domenico yéndose con Luciana —. ¿Lo traerá de vuelta a tiempo?

—Sí, eso dice Tornabuon, y si no, lo subimos a buscar, ella vive aquí arriba.

—Vale, pondré una alarma por si acaso.

Cogió el móvil y programó una alerta para las tres y media de la madrugada, para subir a buscarlo en caso de emergencia y para que no se les hiciera tarde y pudieran regresar a la Academia con tiempo de sobra.

—Si me hago cargo del *David,* muchas cosas van a cambiar, empezando por los lugares donde llevarlo a cenar, las actividades a realizar o las personas con las que pueda relacionarse —musitó Tiziana—. No puede ser que alguien único e irrepetible como él pierda el tiempo dándose atracones de comida y de bebida en un antro como este y luego se encierre a follar con señoras de ese perfil.

—¡Tiz!

—Es verdad.

—A lo mejor es lo único que le interesa. Lleva ciento cincuenta años paseándose por Florencia, estará harto; al final, lo que le apetecerá hacer serán cosas básicas y de satisfacción inmediata, digo yo.

—Es un tipo listo y si le ofreces otras opciones, seguro que le gustan. El doctor Tornabuon ha preferido mantenerlo casi en la marginalidad, en la clandestinidad, lejos de una Florencia más interesante por miedo a que alguien descubra su secreto, pero, Chiara, ¿quién se va a creer que es quien es?, aunque se fuera de la lengua, nadie le haría caso. Lo máximo que puede pasar es que lo tachen de excéntrico. Un tío buenorro y excéntrico.

—Un tío buenorro y excéntrico que desaparece de la noche a la mañana, no sale de la ciudad, no conoce el mundo ni Internet, ni el teléfono móvil, ni tiene familia, ni amigos, ni perrito que le ladre.

—Un ermitaño excéntrico.

—Sí, pero…

—Piensa un poco, Chía, no sabemos qué coño hace aquí ni por qué, pero seguro que le vendrá bien aprender cosas y ampliar mundo dentro de los límites de Florencia.

—Eso sí.

Se quedó pensando en las enormes posibilidades que se le podrían abrir a Domenico fuera de Casa Maggiore, don Guido, sus clientes o su hermana Luciana, y que seguro lo enriquecerían bastante más que todos ellos juntos, y se sintió un poco mal por ser algo esnob, pero, en el fondo, y en la superficie, Tiziana tenía toda la razón. Era una verdadera lástima que alguien como él, que era extraordinario en el más amplio sentido de la palabra, desperdiciara su «despertar» solo comiendo pasta y cantando canciones populares hasta la madrugada.

—Sí que es rápido, no ha tardado nada, no le ha dado tiempo ni de ducharse.

Soltó Tiziana tocándole el brazo y Chiara levantó los ojos y vio a Domenico dalle Carceri regresando al restaurante y acercándose a ellas con los brazos abiertos.

—Señoras mías, Giacomo nos espera en la acera. ¿Nos vamos los cuatro a pasear por la bellísima Florencia?

—¿Ya has terminado con tu amiga? —le preguntó Tiz con retintín y Chiara le dio un empujón para que se callara.

—Todo en su justa medida, decía mi padre.

Las dos se miraron y no abrieron la boca, levantándose de la mesa, cogieron sus abrigos, él el suyo, se despidieron de don Guido con la mano y luego Domenico dalle Carceri les dio la espalda para caminar hacia la calle.

—*Andiamo!*

—*Andiamo, andiamo* —masculló Chiara burlándose de él, porque actuaba como la reina de Saba, y él se detuvo y se giró para clavarle los ojos azules.

—¿Qué te hace tanta gracia, señorita médica?

—Que eres bastante mandón. ¿Alguien ha pagado la cuenta?

—Yo —respondió el doctor Tornabuon dirigiéndose hacia el río.

—Muchas gracias, doctor, la próxima invito yo.

—¿Mandón? —Domenico la siguió y le tocó el hombro con un dedo—. ¿Cómo mandón?

—Imperativo, autoritario, dominante. Vamos, camina, hace mucho frío.

—Hay que saber organizar y dar órdenes, a mí me educaron para hacerlo.

—En el siglo XXI la cosa se ha relajado bastante y no hace falta organizar a nadie, pero a ti te lo perdonamos. —Miró hacia atrás y vio que Tiz y el doctor se habían retrasado e iban charlando tranquilamente varios pasos por detrás de ellos—. ¿Por qué el doctor Tornabuon te llama «mi señor» o «excelencia»?

—Porque es un hombre ilustrado que sabe tratar al hijo de una gran familia.

—¿Gran familia?, ¿eres noble?

—Mi abuelo paterno era un Patricio, un *cavalieri*, un *signori*, aunque cuando yo nací ya éramos considerados *Poveri vergognosi.*

—¿*Poveri vergognosi?*

—«Pobres vergonzosos», los infortunados que en otro tiempo fueron grandes familias, pero que lo habían perdido todo y necesitaban de la asistencia o el cuidado ajeno. En Florencia, los *Dodici Buonomini*, los Doce Hombres Buenos, se preocupaban de que no nos faltara de nada e, incluso, en nuestro caso, avalaron a mi padre y a mis tíos para que pudieran entrar en el sindicato de tinteros. Eso les permitió abrir un negocio propio y transformarse rápidamente en grandes comerciantes, a pesar de lo cual, el pueblo y la ciudad nunca olvidó que los Dalle Carceri descendíamos de una gran casa toscana. Giacomo Tornabuon solo honra a mi estirpe usando hacia mí el tratamiento correcto.

—Caray, «*Poveri vergognosi*» suena muy ofensivo.

—No, era algo extendido y variable, entrabas y salías de la categoría sin tanta tragedia. Era doloroso, por supuesto, por la pérdida que implicaba en muchos aspectos, pero se asumía con dignidad, incluso la familia Buonarroti, la de Miguel Ángel, estuvo muchas veces solo a un paso de ser considera *Poveri vergognosi* porque su padre, Ludovico, era un gestor nefasto.

Se detuvieron a la orilla del río y Chiara se apoyó en la balaustrada para mirar el apacible torrente del río Arno y, no tan lejos, el espectacular Puente Vecchio.

—Se puede decir que Miguel Ángel y tú teníais muchas cosas en común, vivíais en el mismo barrio, posaste para él y…

—Ya dije que no iba a hablar de ese bastardo.

—Claro, disculpa.

—¿Así que tu madre es romana? —le preguntó de repente cambiando de tema y ella lo miró—. Lo has afirmado hace un rato en Casa Maggiore.

—Sí, una de ellas.

—¿Cómo que una de ellas?, ¿tienes más de una madre?

—Sí, tengo tres. La biológica y las dos que me criaron.

—No comprendo.

—Carmen y Álvaro, que eran españoles, fueron mis padres biológicos. Se casaron, mi madre se quedó embarazada y nací yo en Madrid, pero, lamentablemente, cuando solo tenía cinco años, los dos murieron en un accidente de aviación y, entonces, mi madrina y tutora, que es de Roma y se llama Chiara Gentile, se hizo cargo de mí y me crio.

—Entiendo, sin embargo, me sigue faltando una madre.

—Mi otra madre es Natalia Bardi, la pareja de Chiara.

—¿Dos mujeres?, ¿entonces es cierto que en este siglo las mujeres se pueden casar con mujeres y los hombres con hombres? Eso es lo que dice Luciana.

—Desde hace muy poco, pero sí, afortunadamente, ya se pueden casar en muchos países. Cuando me fui a vivir con ellas, aún no se podían casar, solo vivían juntas, pero se casaron en San Francisco, en América, hace ocho años.

—Vaya por Dios… Y de las dos ¿quién trabaja y cuida de la familia?

—Las dos. Chiara es bioquímica, una científica que estudia las enfermedades, y además da clases en la Universidad de Roma. Natalia es escritora.

—Santísima trinidad.

Se quedó pasmado y ensimismado observando el río, y Chiara aprovechó y se entretuvo espiando sus pestañas, su nariz clásica y su mentón cuadrado, hasta que le dio un poco de apuro y carraspeó mirando la hora.

—Deberíamos movernos.

—De acuerdo.

—¿Hay algo que te gustaría hacer, Domenico?, digo la próxima vez que nos veamos.

—Comer, amar y pasear.

—Perfecto, pero seguro que hay algo más que te gustaría hacer o probar o…

—Me gustaría subir a un vehículo, a un coche, y recorrer la ciudad. Giacomo dice que el centro está cerrado para el trasporte privado, pero siempre veo muchos coches andando por ahí.

—¿En todo este tiempo nadie te ha llevado en coche?

—Sí, hace muchísimos años, pero no eran como los de hoy, que parecen más estilizados y veloces.

—*OK*, la próxima vez que te vea, te llevaré en coche y daremos todas las vueltas que quieras.

—¿Sabes llevar un coche?

—Por supuesto.

—Interesante. —Apoyó el codo en la barandilla y la miró de arriba abajo con una sonrisa de lo más seductora que ella prefirió ignorar—. Eres una mujer peculiar, Chiara Laso de la Vega. ¿De verdad tienes treinta años?

—Sí.

—Pareces muchísimo más niña.

—Eso me dice todo el mundo y no me hace ninguna gracia.

—¿Por qué?

—Porque en mi trabajo una mujer demasiado joven, o que parece demasiado joven, no consigue transmitir la confianza necesaria a los pacientes.

—Comprendo.

—¿Tú qué edad tienes?

—Según Giacomo, estamos en el año 2022, por lo tanto, tengo quinientos cuarenta y cinco años.

—Me refiero a…

—Ya sé a qué te refieres. Nací el 11 de noviembre del año 1477 en el número 13 de la *via dei Bentaccordi*.

—O sea —dio un paso atrás sacando cuentas—, ¿cuando Miguel Ángel empezó a esculpir el *David* tú tenías veinticuatro años?

—Casi, comenzó a tallarlo en septiembre de 1501.

—¡Eh!

Tiziana los interrumpió en el mejor momento de la charla para indicarles primero su reloj y luego el camino de vuelta al centro, y Chiara asintió, pero sujetó a Domenico para que no se moviera.

—Un momento, solo una cosa más.

—¿Qué cosa?

—¿Se puede suponer que como eres ahora, como te vemos ahora, es como eras tú a los veinticuatro años? —Hizo un gesto elocuente hacia su aspecto y él se puso tenso, sin embargo, lo obvió y le sostuvo la mirada—. Si posaste para él a solo dos meses de cumplir los veinticuatro, él…

—Por eso solo prefiero comer, amar y pasear… —le soltó áspero, esquivándola para salir andando detrás de Tiz y del doctor Tornabuon.

—Lo siento, Domenico, no quería incomodarte, lo siento muchísimo —se le puso al lado y él se detuvo y la miró desde su altura—, pero lo que te pasa es extraordinario y solo intento comprenderlo mejor.

—No hay nada que comprender, Chiara, muchos antes que tú lo intentaron sin ningún resultado.

—De acuerdo.

—Eres muy lista —susurró— y honesta, y eso te honra, pero no estoy aquí para que me escrutes, me investigues o me hagas preguntas. Yo ya he pasado por eso y no fue muy agradable. Ahora solo quiero divertirme y disfrutar.

—Lo entiendo perfectamente.

—Gracias.

—¿Echamos una carrera hasta la Academia?

—¿Una carrera?

—¿No querías divertirte? Vamos a ver quién llega antes. —Le dio un golpecito en el pecho, se

giró y salió corriendo a toda velocidad hacia la Galería de la Academia de Florencia, sintiendo las carcajadas de Domenico dalle Carceri pegadas a su espalda.

8

Entró en su habitación de toda la vida en Roma y cerró la puerta para llamar a Tiziana y para echar un vistazo a la documentación que había conseguido en la Biblioteca de los Museos Vaticanos y en la Biblioteca Nacional de España sobre Miguel Ángel Buonarroti. Muchísima información relativa a la obra del artista y también a los aspectos más personales o anecdóticos de su vida, como detalles de sus subalternos, discípulos, aprendices, ayudantes e, incluso, sobre sus modelos, que era lo que a ella realmente interesaba.

Tras su última charla con Domenico dalle Carceri a principios del mes de noviembre, cuando le había confirmado que había posado para Miguel Ángel y que había sido, sin lugar a duda, el modelo que había inspirado su monumental *David* solo podía pensar en eso, en encontrar pruebas que lo situaran exactamente en el entorno de Miguel Ángel y, a partir de ahí, con algo de suerte, conseguir explicar el misterio de su famoso «despertar».

Estaba segura de que, si conseguía datos concretos sobre Domenico y su familia, sobre su desencuentro evidente con Miguel Ángel, sobre su complicada relación y sobre lo que había pasado después de que abandonara su trabajo como modelo, porque, según les había contado el doctor Tornabuon, Domenico dalle Carceri no recordaba nada de su vida adulta, nada después de 1501, cuando Miguel Ángel se encontraba trabajando en el *David*, llegarían al centro mismo del enigma y podrían descifrarlo.

Si fuera una serie de HBO o de Netflix, pensó sentándose frente a su ordenador, podrían estar hablando de un secuestro o de un asesinato, tal vez de una conspiración mágica o sobrenatural para condenar a Domenico a vivir el resto de la eternidad dentro de una escultura. Se trataba de la venganza perfecta y su corazón novelero lo veía así, pero su mente científica se negaba a aceptar semejante fantasía y, aunque tenía evidencias palpables de que ese chico vivía dentro del *David* o, al menos, de convertía en él tras su «despertar», no podía asumirlo sin más y necesitaba datos, fechas, certezas, y solo lo podía lograr si llevaba a cabo su propia investigación al respecto.

Por supuesto, era consciente de que, antes de que ella entrara en aquella trama, habían existido decenas de expertos estudiando el fenómeno. En ciento cincuenta años de «despertares», Domenico había tenido muchos custodios y todos ellos lo habían estudiado a fondo, todos menos Giacomo Tornabuon, que le había confesado que, por empatía y compasión hacia chaval, lo había dejado en paz y solo se había limitado a acompañarlo, a suplir sus necesidades y a mantenerlo sano y salvo desde que estaba a su cargo.

—Domenico dalle Carceri ha pasado por largos interrogatorios, por pruebas de todo tipo, por incansables charlas sobre su vida o sobre Miguel Ángel —le había contado una noche de diciembre, cuando había aparecido por sorpresa en la Academia para cenar con ella en la Sala de

la Tribuna junto al *David*—. Estaba hastiado cuando lo conocí, hastiado y frustrado, incluso me dijo que odiaba «despertar» para eso, para que lo estudiaran, lo inquirieran y no lo dejaran en paz el poco tiempo que pasaba en Florencia, así que le prometí que yo no le haría eso y que lo dejaría disfrutar tranquilo de sus pocas horas de «vida». Así ha sido desde hace treinta años.

—La verdad es que su situación es terrible.

—Y delicada, porque él no sabe cuándo «despierta», pero sí puede decidir no volver al museo, puede escaparse y no sé cómo podríamos protegerlo o justificar la desaparición del *David* de Miguel Ángel. Bajo ningún concepto podemos correr ese riesgo, por eso intento con todos mis medios apoyarlo y cumplir con todos sus deseos.

Esa noche, la primera que había hablado a solas con el doctor Tornabuon, había comprendido perfectamente su comportamiento sobreprotector y complaciente con Domenico, y había asumido que tenía toda la razón, y que más les valía respetar el espacio y los deseos de su amigo del Renacimiento si no querían perderlo para siempre. No obstante, eso no había apagado su imperiosa necesidad de investigarlo a su manera para intentar averiguar qué le había pasado y por qué le seguía pasando.

Con esa premisa, la voluntad de no incordiar más a Domenico con preguntas y con la ayuda de Tiziana, que era la verdadera experta y la futura nueva custodia del *David* de Miguel Ángel, había iniciado una indagación seria y concreta sobre el tema.

Desde su último «despertar», a principios de noviembre, Domenico dalle Carceri no había vuelto a aparecer, pero ella seguía pasando las noches en la Academia esperando a que apareciera; eso sí, ahora de forma más legal, porque Tiziana le había conseguido un carné de investigadora para que ninguna vigilante nueva o despistada volviera a acosarla; Y eso hacía: investigar, estudiar y pasar las madrugadas en vela en la Sala de la Tribuna hasta que la vencía el sueño, se dormía sobre las baldosas y los guardias de seguridad nocturnos tenían que pasar a despertarla a las seis de la mañana.

Llevaba así mucho tiempo, sin embargo, no le importaba nada porque le encantaba estudiar allí, rodeada de obras de arte, y, sobre todo, le encantaba sentir la emoción de la espera, la adrenalina recorriendo su torrente sanguíneo cuando pensaba en el reencuentro con Domenico, en que cualquier noche iba a ser testigo otra vez su mágico «despertar». Aquello era un privilegio extraordinario y mientras pudiera hacerlo, mientras pudiera seguir quedándose en el museo, seguiría haciéndolo. Seguiría pasando las noches en blanco sin quejarse, como cuando le ponían unas guardias interminables en el hospital y no decía ni mu, porque ella era ave nocturna y lo de no dormir lo llevaba bastante mejor que el resto.

—*Zuccherina?* —Natalia dio un golpecito en la puerta y esperó a que la dejara pasar.

—Pasa, solo estoy con el ordenador.

—Es 25 de diciembre, cariño. —Se le acercó y le acarició el pelo—. Es Navidad, Chiara, deberías desconectar un poco, y tu madre dice que por qué no jugamos una partida de Trivial. Ya se ha ido todo el mundo.

—¿En serio?, ¿los vecinos pelmas también?

—No son tan pelmas y nos consiguen entradas gratis para el Costanzi. —Se inclinó y señaló la

documentación que tenía sobre Miguel Ángel en el escritorio—. ¿Quién te ha dado esa bibliografía?

—Gigliola Moroni, la madre de Romina, trabaja en la Biblioteca de los Museos Vaticanos.

—Es un listado muy interesante.

—Lo es.

—Veo que sigues muy impresionada por el *David* de Miguel Ángel. ¿Por eso no vuelves a Roma?

—En parte, sí, y porque me lo estoy pasando muy bien en Florencia. —Deslizó la silla para mirarla a los ojos—. Tú eres de Florencia, ¿no te encanta?

—¿A quién no le encanta Florencia?, solo te lo pregunto porque creo que es la primera vez en tu vida que pasas tanto tiempo sin hacer nada.

—Estoy haciendo algo, estoy estudiando a Miguel Ángel y me fascina. La verdad es que me estoy planteando seriamente hacer la carrera de Historia del Arte.

—¿Después de ocho años de Medicina? —Se cruzó de brazos y le sonrió—. Tú haz lo que te salga del corazón, *zuccherina*, y nosotras te apoyaremos.

—Lo sé, pero solo como afición, dudo mucho que pueda vivir demasiado tiempo lejos de mi sala de urgencias.

—Has nacido para eso, igual que tus padres.

—Eso lo tengo clarísimo, pero esto —le señaló el ordenador, donde tenía una fotografía muy buena del *David* y suspiró— me tiene deslumbrada, en serio.

—¿Qué estás buscando específicamente de Miguel Ángel?

—Su entorno, sus primeros años en Florencia. Desde el principio al año 1504 para empezar y, después, quiero seguir indagando. Sé que hay mucha bibliografía sobre su obra, pero a mí me interesa más la parte humana, especialmente todo lo relacionado con la creación de su *David*. ¿Qué pasó, cómo, qué estuvo haciendo y con quién durante esos tres años de trabajo?

—Creo que conocemos a alguien que puede ayudarte.

—¿Quién?

—Elena Gigli, la mujer de Genaro Pozzuoli, ¿te acuerdas de ella? Es historiadora y escritora y tiene varios libros sobre la vida íntima y familiar de Miguel Ángel Buonarroti, incluso, publicó un artículo muy interesante sobre sus discípulos más adelantados y sus pasiones secretas en Roma y Florencia.

—¿En serio?

—Sí, tu madre y yo estuvimos con ella en la presentación de su último libro y nos estuvo contando que Miguel Ángel se enamoraba perdidamente de sus modelos, sus aprendices, sus secretarios o sus amigos, pero que siempre lo hacía de forma platónica porque tenía pánico a las habladurías y a la autoridad de la iglesia, para los que solía trabajar, pero, también, porque creía firmemente en que el amor carnal fuera del matrimonio era pecado y que la sodomía lo llevaría directo al infierno. Al menos, públicamente, siempre se mostró recatado y célibe. Tampoco llegó a casarse.

—¿Y yo cómo no he dado con esos libros?

—No lo sé, pero los tienes en la librería de mi despacho, voy a buscarlos.

—Ay, Nati, cuanto te quiero. —Saltó para darle un abrazo y comérsela a besos—. Es justo lo que estoy buscando.

—También puedes quedar con ella y compartir impresiones, seguro que le hace ilusión. Siempre nos preguntan por ti.

—Sería la bomba.

—Mañana le mando un mensaje y le pregunto cuándo y dónde puede verte.

—Gracias, gracias. —Miró la hora y comprobó que ya eran las diez de la noche—. Lo dejo por hoy. Juguemos esa partidita de Trivial.

—Chiara —su madre se asomó a la habitación—, ¿vas a poder quedar con tu prima Lola en Florencia? Tu tía Pilar me ha llamado para felicitarnos las Navidades y dice que no le has contestado a ninguno de sus mensajes, y sale de Madrid el 2 de enero.

—Sí, claro que sí. Ahora le mando un WhatsApp no te preocupes.

—De vuelta pasará por Roma y ya quedaremos nosotras con ella y con su novio. ¿Os venís al salón?

—Ahora voy, id sacando el Trivial.

Cogió el teléfono para confirmar a Lola que la estaría esperando en Florencia y que ejercería encantada de cicerone, apagó la luz de su habitación e hizo amago de llamar a Tiziana para contarle lo de los libros de Elena Gigli, pero, antes de atinar a marcar su número, le entró una llamada suya y la respondió de inmediato.

—Transmisión de pensamiento, Tiz, justo te iba a llamar…

—Ha despertado —la interrumpió y a ella se le contrajo el estómago—. Hace hora y media y ya estamos en Casa Maggiore. Don Guido y su gente nos han abierto el restaurante y se ha llenado en cuestión de segundos. Mucho ruido, música y encima petarlos navideños, una locura.

—Joder, me lo he perdido.

—Y yo que lo siento.

—Dile a Domenico que…

—Le he sugerido que se ponga al teléfono, porque resulta que sabe perfectamente lo que es un teléfono, pero como está cabreado, me ha mandado a paseo.

—¿Por qué está cabreado?

—Porque no estás aquí. El doctor Tornuabon y yo le explicamos que te habías ido a Roma para pasar la Navidad con tu familia, pero…

—*Mio amore!*

Oyó perfectamente los gritos de Luciana y sin querer frunció el ceño.

—Espera, que me alejo del local. Ya está, que no se lo ha tomado muy bien, dice que le habías prometido llevarlo en coche y que si tienes otras prioridades prefiere no volver a verte. Vamos, que tu participación en su «despertar» queda cancelada a partir de hoy.

—Porque lo diga él.

—Yo solo transmito su mensaje.

—Dile de mi parte, por favor, que no se comporte como un tirano egocéntrico, que no le pega

nada.

—Le pega del todo. —Tiziana soltó una risa y Chiara resopló.

—Siento que tengas que pasar la Navidad en Casa Maggiore, amiga. Es una putada.

—No te preocupes, he quedado con mi hermano, mis primos y Matteo aquí, y ya vienen, lo pasaremos bien.

—¿Matteo con tu hermano? Qué interesante.

—Déjalo, solo se trata de salir en grupo.

—Si tú lo dices. ¿Y el doctor Tornabuon?

—Ha venido conmigo, pero le he dicho que se vaya a casa y se meta en la cama. Milagrosamente, ha aceptado.

—Me alegro mucho, él descansa y tú empiezas a tomar las riendas.

—De eso trata. Te dejo, guapa, mañana hablamos y saluda a tus madres de mi parte. Adiós.

9

14 de febrero, San Valentín. Muchas personas celebrando el día de los enamorados y ella celebrando algunas grandes novedades: la primera y más importante, la inesperada incorporación a su «universo *David* de Miguel Ángel» de Matteo Peruzzi, un conservador de la Galería Uffizi con el que Tiziana salía y rompía desde hacía casi dos años, y que se había convertido en testigo involuntario de la prodigiosa transformación de Domenico la mañana del 26 de diciembre.

El bueno de Matteo, sin entender por qué Tiziana tenía que pasar por su trabajo a las cinco y media de la madrugada y tras superar una gran noche de fiesta con Domenico en Casa Maggiore, había decidido acompañarlos hasta la puerta de la Academia y se había despedido de los dos sin hacer preguntas, sin embargo, con la mosca detrás de la oreja y en medio del típico arranque navideño-romántico, había decidido colarse en el museo detrás de ella para sorprenderla y pedirle matrimonio. Una idea preciosa que se había trasformado en trascendental cuando, al llegar a la Sala de la Tribuna, se había encontrado, primero, con el podio del *David* vacío y, acto seguido, a Domenico dalle Carceri desnudo, subiéndose allí de un salto y transformándose bajo la luz de la bóveda en el coloso de mármol de Miguel Ángel.

La impresión le había costado un síncope y había caído al suelo inconsciente, la reacción habitual de todo el mundo que tenía la suerte o la desgracia de presenciar aquello, pero, al volver en sí, lo había recordado todo con absoluta claridad y eso había sido suficiente para que el doctor Tornabuon decidiera meterlo de lleno en el ajo.

Cuando Tiz la había llamado a Roma a las ocho de la mañana del 26 de diciembre, llorando emocionada para contarle lo que había pasado, Matteo Peruzzi ya era un integrante más del *Team David*, por lo tanto, desde Navidades eran cuatro los conocedores del «despertar» y eso había convertido al doctor Giacomo Tornabuon en el tipo más feliz del universo.

El doctor, al fin, había conseguido lo que de verdad quería: un varón para su relevo. Un hombre hecho y derecho, un tío de treinta y seis años, florentino de nacimiento y con la cabeza bien amueblada, que iba a poder supervisar o incluso sustituir a Tiziana como principal responsable del cuidado del *David*.

Chiara lo tenía clarísimo, pero a Tiz y a Matteo parecía no importarles lo que pensara Tornabuon. Para ellos, que eran más confiados y menos suspicaces que ella, lo único importante allí era asegurar la continuidad en la atención y el cuidado del *David*, y si para eso tocaba sustituir o supervisar al otro, lo harían encantados porque desde aquella noche mágica habían decidido hacerlo todo en conjunto y en perfecta armonía el resto de sus vidas.

Qué bonito era el amor, pensó, saliendo a la calle con su portátil y la mochila cargada con un par de bocadillos y su termo de café. Era maravilloso que ellos se entendieran tan bien y que Tiziana, que era la mejor amiga del mundo, encontrara al compañero perfecto para llevar a cabo

la tarea trascendental que le había caído encima. Era una suerte y se alegraba muchísimo por ella, no obstante, no dejaba de pensar en el sesgo machista y paternalista que había empujado al doctor Tornabuon a incluir a Matteo Peruzzi tan rápido en su secreto.

Reflexiones sobre este tema aparte, tenía otras cosas personales entre manos y estaba muy ilusionada.

Por una parte, había firmado un contrato con el Careggi University Hospital y se iba a incorporar a su Departamento de Urgencias el 1 de marzo; y por otra, y no menos importante, acababa de encontrar piso en la vía del Servi, a seis minutos a pie de la Academia y muy cerquita de Santa María del Fiore. Una verdadera fortuna.

Con eso resuelto en el momento más oportuno, porque Matteo Peruzzi, el flamante prometido de Tiziana, pasaba cada vez más tiempo en su piso de la plaza de la Anunciación y había llegado el momento de dejarlos solos, había hecho grandes avances en sus investigaciones sobre el entorno de Miguel Ángel en Florencia.

Elena Gigli, la escritora amiga de sus madres, no solo había accedido a recibirla en su casa de Roma en plenas Navidades, también había respondido sin ningún problema a sus preguntas sobre las relaciones personales y laborales del artista en su juventud y, lo más importante, le había dejado muchísima documentación sobre la familia Dalle Carceri. Una antiquísima casa toscana con poderosos condes, duques y señores de gran pedigrí en su árbol genealógico, que, sin embargo, lo había perdido todo en el año 1434, cuando Cosme de Medici había regresado a Florencia tras diez años de exilio y había sido nombrado *gonfaloniere*. Un puesto civil que le había permitido cumplir con todas sus aspiraciones políticas y, de paso, arrasar con todos sus opositores.

Los Dalle Carceri, afines a la familia Pazzi, los grandes adversarios de los Medici, sufrieron la ira constante de Cosme y acabarían siendo expulsados de sus propiedades y perseguidos hasta condenarlos a la pobreza; a pesar de lo cual, nunca quisieron abandonar Florencia, ni siquiera cuando fueron declarados públicamente como *Poveri vergognosi*. Un estatus deplorable que, a la larga, les acabaría regalando su segunda gran oportunidad: la de convertirse en importantes comerciantes de telas. Tal como le había contado Domenico.

Esta circunstancia, la de entrar en el mundo empresarial, les había permitido seguir residiendo en el barrio de la Santa Cruz, donde también vivía la familia de Miguel Ángel Buonarroti. Según Elena Gigli, los hijos de ambas familias (Dalle Carceri y Buonarroti) se tenían que conocer porque en la Florencia de aquellos años las relaciones vecinales se fomentaban especialmente.

—La tupida red de vecinos y amistades, tanto en su finca de Settignano como en el barrio de la Santa Cruz —le explicó Elena delante de un mapa de la Florencia del año 1490—, fue el telón de fondo sobre el que se desarrolló la infancia de Miguel Ángel. En esos lugares fue feliz, forjó amistades y comenzó a desarrollar su afición por el dibujo y la escultura. Su padre y su tío lo mandaron a estudiar Gramática Latina a los diez años con el maestro Francesco da Urbino, con la idea de que se fuera encaminando hacia la carrera de Leyes, la Diplomática o incluso la eclesiástica, sin embargo, el niño no hacía más que escaparse para dibujar por todo el barrio.

Muchos de sus primeros trabajos reflejaban lo que pasaba en el *quartiere* de la Santa Cruz e incluso utilizó a sus vecinos y conocidos como modelos.

—Eso es precisamente lo que estoy buscando, a un modelo. Un chico casi de la misma edad de Miguel Ángel que se llamaba Domenico dalle Carceri. ¿Te suena de algo? Al parecer fue su modelo para el *David*.

—Hay muchas leyendas e historias sobre el modelo que inspiró a Miguel Ángel para crear a su *David*.

—Creo que este podría ser el auténtico.

—¿Por qué?

—Mi amiga Tiziana y yo hemos encontrado mucha información al respecto, cuando la tengamos contrastada te la envío, de momento, solo estamos investigando.

—Me suena Domenico dalle Carceri, pero creo que es porque se trata de un nombre bastante utilizado en su familia. Seguro que aparece en algún estudio genealógico. Déjame hacer algunas llamadas y te avisaré con lo que encuentre.

—Sería estupendo, muchísimas gracias.

—¿En qué año dices que nació?

—Nació el 11 de noviembre del año 1477, en el barrio de la Santa Cruz.

—Vaya, qué preciso —sonrió—. Llevándose solo dos años con Miguel Ángel estoy segura de que coincidieron y fueron amigos. Es plausible que fuera su modelo, o uno más de los que pudo llegar a utilizar para el *David*.

—Si logramos situarlo, sería maravilloso.

—Lo haremos, la gente de aquella época ya lo documentaba todo.

—¿Te puedo hacer una última pregunta? —Ella asintió—. He leído que Miguel Ángel era proclive a la astrología, la alquimia y ese tipo de prácticas. ¿Tú qué opinas?

—Que es cierto. Él creía muchísimo en la astrología y era un estudioso del tema. Además, contaba con grandes amigos expertos en alquimia y se especula con que acudía a ellos para hacer consultas, conjuros y ese tipo de cosas. Todo en el más absoluto secreto, por supuesto, o lo hubiesen quemado en la plaza pública.

—¿Conjuros?

—Sí, al parecer era su forma de protegerse o de atacar a sus enemigos, pero ten en cuenta que solo son especulaciones. Como te he dicho, si lo hizo, fue en secreto, con lo cual no tenemos pruebas al respecto.

—¿Y qué nivel de efectividad podían llegar a tener esos conjuros?

—¿Me lo preguntas tú, que eres una moderna chica de ciencias?

—Es curiosidad.

—Bueno… —Se cruzó de brazos y le sonrió—. Se habla de una gran efectividad, en mi opinión, motivada por la propia predisposición de la víctima o el damnificado de dichas prácticas, pero se hacían habitualmente y conseguían algunos resultados. Es todo lo que te puedo decir.

Tras esa interesante conversación, había regresado a Florencia por carretera, conduciendo su

Austin Mini cargado con sus cosas, y llevaba cuarenta y ocho días esperando a que Domenico «despertara» mientras continuaba avanzando en su investigación sobre la familia Dalle Carceri. Acababa de descubrir que gran parte seguía residiendo en la capital de la Toscana.

—Buenas noches, doctora Laso de la Vega.

Nada más entrar en la Academia, justo antes de pisar la Sala de la Tribuna, Giaocomo Tornabuon salió a su encuentro con las manos a la espalda y ella lo miró y le hizo una venia dejando sus cosas en el suelo.

—Buenas noches, doctor, qué sorpresa verlo por aquí.

—Vine a comprobar con mis propios ojos que sigue pasando las noches junto al *David*.

—Ya ve, mientras pueda hacerlo y el trabajo me lo permita…

—No creo que eso solo sea decisión suya, doctora.

—¿Cómo dice? —Levantó los ojos para mirar al impertérrito *David* y luego prestó atención a ese señor tan educado, pero, a la vez, tan frío, que siempre la trataba como si tuviera cinco años.

—¿Por qué sigue viniendo?

—Porque quiero ver el «despertar».

—Ya lo ha visto.

—No creo que me canse de verlo. ¿Hay algún problema?

—Sí, creo que su incursión por aquí se tiene que acabar, ya lo he hablado con la doctora Strozzi y está de acuerdo conmigo. Si quiere interactuar con su excelencia en la calle, de acuerdo; mientras él la acepte, yo no pondré inconveniente, pero no puede seguir pasando las noches en el museo. Es impropio y arriesgado, no tenemos por qué levantar suspicacias entre el personal de seguridad, y el que usted duerma aquí a diario ya está generando comentarios que no nos interesa fomentar.

—Tiziana no me ha dicho nada y los guardias tampoco.

—He hablado con ella hace un rato y me ha prometido discutirlo con usted. Y los vigilantes no le dirán nada, no les corresponde hacerlo, solo se limitan a esparcir rumores sobre usted.

—¿Rumores?, ¿qué clase de rumores?

Se atusó el pelo pensando en que si le prohibían entrar en la Academia, no tendría demasiados motivos para quedarse en Florencia, y sintió como Tornabuon se le acercaba para mirarla a los ojos.

—¿Se ha enamorado de él?

—¿Disculpe?

—No se sonroje, es normal. Todo el mundo se enamora de Domenico dalle Carceri, hombres y mujeres por igual, es su naturaleza. ¿No ha visto cómo lo miran y admiran por las calles? Eso se llama carisma, y estoy seguro de que Miguel Ángel Buonarroti lo vio, lo comprendió y, por esa razón, lo hizo inmortal convirtiéndolo en su obra más arriesgada y personal.

—¿Usted está enamorado de él?

—No sea impertinente, señorita.

—Usted tampoco lo sea conmigo, no pienso consentir que…

—Su comportamiento es inapropiado, doctora —la interrumpió alzando la voz—. Es pueril y

compulsivo, ha traspasado el límite que existe entre el interés y la obsesión. Usted lo sabe, lo sabemos nosotros, y no puedo seguir aprobando su presencia ni un minuto más en la Galería de la Academia de Florencia.

—¿Nosotros?, ¿quiénes?

—La doctora Strozzi, el doctor Peruzzi y el mismo Domenico que, en su último «despertar», dejó claramente expresado su deseo de no volver a verla.

—Dudo mucho que Tiziana y Matteo…

—¿Está poniendo en duda mi palabra?

—Sí, porque a usted nunca le ha venido muy bien que yo entrara en su círculo de secretos y ahora que ya tiene a Matteo Peruzzi, tiene la excusa perfecta para apartarme. Me juego algo a que pronto intentará deshacerse también de Tiziana, que, siendo mujer, desde su punto de vista, no debe pintar nada en todo este asunto.

—Cómo os gusta a las chicas jóvenes sacar a pasear el machismo y la discriminación de género cuando no podéis defenderos con mejores argumentos.

—Intentar razonar con usted va a ser inútil. En resumen: me importa un pimiento su opinión y si le molesta tanto que esté aquí, váyase o llame a seguridad. Mientras Tiziana no me diga lo contario, seguiré viniendo a esperar el «despertar» de Domenico, y no porque sea una pobre damisela enamorada y obnubilada, sino porque me interesa verlo, me interesa entender qué es lo que le pasa y por qué…

—¡Maldita sea! —chilló levantando las dos manos—. ¿Quiere guerra?, pues la tendrá, condenada hijita de papá. Ya sé que está acostumbrada a que se lo den todo, pero conmigo no, conmigo no, señorita doctora…; a saber cuánto pagó su familia para que le dieran un título con el que pudiera jugar a ser médico, pero eso conmigo no va a funcionar. ¡No pienso consentir que siga metiendo sus narices donde no la llaman!, ¡no se lo merece!, ¡no es digna de…!

El consabido temblor de tierra previo al «despertar» lo hizo callar y Chiara dejó de mirarlo con los ojos abiertos como platos para pegarse a la pared y observar tranquilamente cómo el gigantesco *David* refulgía y se movía levemente. Primero la pierna derecha bajándose de su base hasta el pedestal, luego la pierna izquierda, el brazo izquierdo extendiéndose y deslizando la honda de fuste desde el hombro hasta el suelo… y la oscuridad más absoluta.

—¡*Salve*, Chiara Laso de la Vega! —exclamó Domenico cuando las luces se encendieron de nuevo, dirigiéndose primero a ella y ella le sonrió feliz, muy contenta de volver a verlo, y caminó hacia el armarito oculto que había debajo de los asientos de madera, a su espalda, para sacar su ropa, oyendo como Giacomo Tornabuon lo saludaba con su ceremonia habitual.

—Mi señor, es un placer…

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez, Giacomo?

—Pues…

—Cincuenta y un días —respondió Chiara ante la confusión del doctor y le entregó la ropa, gesto que él agradeció guiñándole un ojo—. Yo regresé hace cuarenta y ocho de Roma.

—Llevamos una temporada muy buena —comentó poniéndose los pantalones—. ¿Qué tal está Roma, señorita médica?

—Preciosa, como siempre. Lamento mucho no haberte visto la noche de Navidad, pero para compensarlo te he traído una sorpresa de la capital.

—¿Qué cosa?, ¿más ropa?

—No, he traído mi coche. He venido conduciendo hasta Florencia y ahora lo tengo preparado para llevarte a pasear a donde tú quieras.

—Eso es imposible —intervino Tornabuon agitadísimo—. No me imagino acto más irresponsable y arriesgado.

—Ya he ido otras veces en coche, Giacomo —lo calló Domenico de forma tajante—. Tomé, Piero, Gianluigi y Giovanni me llevaron en sus vehículos y pienso repetir.

—Eran otros tiempos, hoy por hoy hay mucho tráfico, es muy peligroso, mi señor.

—Conduzco muy bien, nadie me ha regalado el carné —le dijo Chiara con retintín—. Incluso he llevado ambulancias por el desierto o por el atestado Pakistán, así que no se preocupe, doctor. Además, iré con el máximo cuidado, sé lo que tengo entre manos. Contrariamente a lo que usted se cree, no soy una irresponsable.

—¿Acaso crees que mi querida amiga Chiara es una irresponsable, Giacomo?

—Excelencia…

—Voy a avisar a Tiziana.

Chiara se alejó por el pasillo oyendo cómo ellos se enzarzaban en una tensa y sorda discusión, avisó a su amiga para se pusiera en marcha y regresó a la Sala de la Tribuna buscando a Domenico con los ojos.

—¿Qué quieres hacer primero, Domenico?

—Primero cenar y luego pasearemos hasta el amanecer.

—Como tú quieras.

—Eso es todo lo que quiero. *Andiamo!*

10

Sacó el Austin Mini del garaje que había alquilado junto a Santa María Novella, muy cerquita de la estación de tren, y giró al este hacia via degli Avelli, luego a la izquierda, hacia la piazza dell'Unità Italiana, así hasta dar con la via Guelfa, donde continuó por la via degli Alfani cruzando varias calles y mucho tráfico hasta llegar a la esquina de la via dei Benci, a ciento noventa metros de la plaza de la Santa Cruz, donde había quedado con Domenico y los demás para continuar la noche paseando en coche.

—¿Es un vehículo para niños? —preguntó Domenico dalle Carceri, completamente en serio, acercándose e inclinándose para hablarle a través de la ventanilla abierta, y ella negó con la cabeza.

—Es un clásico, un cochazo potente y muy fiable de factura británica, no lo critiques y súbete.

—¿Factura británica?

—Chía, nosotros vamos a acompañar al doctor a su casa. —Tiziana apartó a Domenico, abrió la puerta del copiloto y la miró a los ojos—. Está cansado y no queremos dejarlo solo, igual hasta nos lo llevamos a Urgencias.

—¿Se encuentra mal? Espera que aparque y le echo un vistazo.

—No, no, gracias, no creo que se sienta muy cómodo mostrándote sus debilidades. Tú llévate a Domenico a pasear y nos mantenemos en contacto.

—Vale, como queráis, pero si necesitáis algo avisadme. Mi amiga Paola Baggio está de guardia en el Careggi, puedo llamarla.

—No hace falta, igual solo necesita descansar. Tú sigue con los planes iniciales y nos vemos más tarde.

—Muy bien.

—Hasta luego, Domenico, luego te vemos.

Palmoteó la espalda de Domenico haciendo que se subiera al coche y después les dijo adiós con la mano. Chiara miró a su amigo, que parecía demasiado grande para un coche tan pequeño, y deslizó su asiento hacia atrás provocándole un pequeño respingo.

—No te asustes, es para que estés más cómodo, y ponte el cinturón de seguridad, por favor.

Él levantó las dos manos sin saber qué hacer y ella le sonrió, se le acercó y le ajustó rápidamente el cinturón sintiendo su aliento pegado al pelo, algo que la desconcentró un poco, aunque no lo suficiente como para hacerla perder el control de la situación.

—Vale, ya estamos listos. Si te mareas o algo me lo dices y paramos.

—Estaré bien.

—Genial.

Puso el coche nuevamente en marcha y enfiló hacia la via Ghibellina y, de ahí, hacia el río para cruzar el puente de san Nicolás hacia el precioso barrio de Oltrarno, una zona que suponía que él no solía visitar demasiado, no al menos en sus últimos «despertares» junto al doctor Tornabuon, que no lo sacaba de la plaza de la Santa Cruz.

—¿Vamos a ver el Palacio Pitti y sus alrededores?, a estas horas no se puede entrar, pero podemos dar una vuelta por el barrio. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. Hace una noche hermosa y cálida.

—Entonces esto te encantará. —Pulsó un botón junto al espejo retrovisor y, de pronto, el Austin Mini empezó a transformarse en un descapotable perfecto para disfrutar de una noche como esa—. ¿A que mola?

—¡Dios bendito!, ¿nos quedamos sin techo?

—Se llama descapotar el coche, los hacen así para poder disfrutar mejor del buen tiempo o de una noche estrellada como esta.

—¡Aleluya! —exclamó, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento—. Bendito sea Dios, qué agradable.

—No hace nada de frío para ser febrero.

—*Addio!* —Empezó a despedirse de todas las personas que se detenían al verlo pasar y Chiara movió la cabeza.

—No lo puedes evitar.

—¿El qué?

—El ser como una estrella de cine.

—Sé lo que es el cine, he ido un par de veces. A Giovanni le encantaba hablarme de las películas.

—¿Giovanni?, ¿qué Giovanni?

—El último compañero de Giacomo.

—Ah, me alegro mucho. O sea, ¿que era más activo e interesante que el doctor?

—¿Conoces el Corredor Vasariano, Chiara? —cambió de tema de forma radical y la miró de reojo.

—No lo he visto, porque es muy difícil visitarlo, pero sé que lo mandó construir Cosme de Medici, que lo construyó Giorgio Vasari y que une el Palacio Vecchio y el Palacio Pitti a través de varios pasadizos secretos.

—Cosme I lo mandó construir en 1565 solo para evitar cruzar las calles de Florencia. Un bastardo cobarde que evitaba a su propia gente.

—Ya —lo miró de reojo—, eso parece. Tu familia era muy contraria a los Medici, ¿no?

—¡Dios, sí! ¿Cómo lo sabes?

—He estado leyendo algunas cosas sobre ellos y sobre tu época. ¿Hasta qué año recuerdas más o menos?

—No lo sé. Tampoco recuerdo los primeros trescientos sesenta y nueve años que el *David* permaneció en la plaza de la Señoría.

—Pero ¿recuerdas haberlo visto terminado?, ¿colocado en la plaza?

—¿Podemos parar junto al Pitti?, me gustaría verlo de cerca, hace mucho tiempo que no vengo por aquí.

—Claro.

Encontró un aparcamiento junto a la imponente explanada del palacio, que a esas horas de la noche estaba vacía de turistas, pero muy concurrida por parejitas y personas que salían de los restaurantes de la zona, y observó como Domenico se deshacía del cinturón de seguridad y bajaba del coche muy serio. Signo inequívoco de que no debía seguir indagando sobre su pasado o lo perdería por completo.

—¿Qué tal ha acabado la cena? —Se le puso al lado cambiando de tercio—. ¿Me he perdido algo?

—No subí con Luciana a su casa si es lo que me quieres preguntar.

—A mí me da igual lo que hagas con Luciana.

—Conocí muy bien a los Pitti —fue su respuesta subiendo por la explanada—, qué lástima que lo perdieran todo y acabaran vendiendo su palacio a la mujer de Cosme de Medici.

—Leonor Álvarez de Toledo, era española.

—Debía ser guapa y peligrosa entonces —bromeó y se echó a reír—. No llegué a conocerla, apareció en Florencia en 1539, me han dicho, pero el palacio Pitti sí lo conocí cuando aún era nuevo y representaba el gran orgullo de sus dueños. Vine cuando tenía unos once años acompañando al bastardo aquel.

—¿A quién?, ¿a Miguel Ángel?

—Él llevaba un año trabajando como aprendiz de Domenico Bigordi, el Ghirlandaio, y lo mandaron aquí para hacer unos recados. Mi hermano Giulio y yo lo acompañamos. Era un sitio magnífico y nos dieron de comer y de beber con mucha amabilidad.

—Guau. —Se mordió la lengua para no bombardearlo con preguntas y él se detuvo para mirar las altas paredes de la entrada.

—Dos años después de eso, Lorenzo de Medici lo acogió en su palacio y empezó a trabajar para él. Todos quedamos sorprendidos de que Buonarroti entrara a servir en esa casa como ayudante de Bertoldo di Giovanni, pero él tenía sus propias ideas y le pagaban bien. Convivía con los hijos del gobernante de la república de Florencia y aprendía escultura. ¿Qué más se podía pedir?

—¿Y seguíais siendo amigos?

—En su anterior trabajo le pagaban veinticuatro florines que se llevaba su padre a casa, al menos en Medici Riccardi vivía como un rey y no tenía que compartirlo con nadie —continuó, ignorando su pregunta—. Lorenzo de Medici vio lo que había en él y lo fomentó. A los quince años ya superaba a todos los artistas que entraban y salían de su palacio, al menos, eso decían todos. Volvamos a tu vehículo.

—Claro.

Asintió y bajó la explanada detrás de él, y cuando llegaron al Austin Mini, él se puso junto a la puerta del copiloto, pero no la abrió y la miró fijamente.

—Hoy te he contado muchas cosas, señorita médica, ahora toca que tú me cuentes algo sobre

ti.

—Me temo que yo no he vivido cosas tan interesantes como tú.

—A mí sí me interesan.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué te pasó en tu último destino para que volvieras a Italia destrozada y ahora no quieras trabajar?

—¿Quién ha dicho que no quiera trabajar? De hecho, empiezo un nuevo trabajo en marzo. —Abrió la puerta y se subió al coche poniéndose a la defensiva—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Tiziana me contó que habías pasado un año muy duro y que estabas en un periodo de descanso que ya se alargaba demasiado. Giacomo, por su parte, opina que deberías retomar tu vida y volver a Roma.

—¿Habéis estado hablando de mí cuando me fui a buscar el coche?

—Vamos, háblame, Chiara. Quiero saberlo todo sobre ti. Empieza desde el principio.

—No voy a hablar de mí teniéndote a ti para hablarme del Cinquecento. —Arrancó el coche y él suspiró—. No conozco a nadie más interesante que tú, Domenico, hablar de mí sería perder el tiempo.

—Para mí no es una pérdida de tiempo, necesito aprender de esta época a través de ti, de todos vosotros.

—Y yo preferiría que me hablaras de Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci o Nicolás de Maquiavelo. Todos paisanos y contemporáneos tuyos.

—De acuerdo, hagamos un trato. —Levantó las dos manos.

—¿Qué clase de trato?

—Hazme la pregunta que quieras y yo la responderé, después de eso me lo contarás todo desde el principio.

—¿Puedo preguntar por Miguel Ángel?

—Puedes.

—El problema es que necesito hacer más de una pregunta. —Abandonaron el barrio de Oltrarno para regresar al otro lado del río y él se echó a reír.

—Eres una mujer muy inteligente, doctora Laso de la Vega, estoy convencido de que puedes conseguir lo que quieres con una sola pregunta.

—Lo suficientemente inteligente para saber que al menos necesito dos.

—Que sean dos —la animó, apoyando otra vez la cabeza en el respaldo del asiento—. *Andiamo!*

—*OK*… —reflexionó un segundo y lo soltó sin anestesia—. ¿Crees que Miguel Ángel, de alguna forma incomprensible pero real, te encerró dentro del *David* para castigarte?

—Absolutamente.

Se detuvo en un semáforo y buscó sus ojos azules para ver si quería seguir argumentando, pero él estaba más interesado en saludar a un grupo de chicas que le tiraban besos mientras cruzaban

el paso de peatones, y esperó pacientemente a volver a ponerse en marcha para jugarse su segunda pregunta.

—Muy bien, explícame, por favor, lo más detalladamente posible, ¿por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué quiso castigarte?

—Porque era un bastardo ególatra y malnacido.

—¿Qué entiendes por detalladamente, Domenico?

—Qué exigente, Chiara.

—Por favor.

—Su familia estaba en mejor posición que la mía, no tenían nuestro linaje, por supuesto, pero gozaban de una mejor situación económica, incluso su padre podía ser *Podestà*, podía optar a cargos públicos importantes, y eso nos había unido bastante. Miguel Ángel, que, como yo, había perdido a su madre siendo aún pequeño, me ofreció su amistad. Me enseñó a dibujar, me regalaba papel, me llevaba con él a todas partes, me usaba de modelo, paseábamos por nuestro barrio y por Florencia como dos buenos camaradas hasta que, un buen día, me dijo que me quería y que estaba enamorado de mí. Yo tenía diez años, él doce y me asusté, porque se oían muchas impudicias de esas por la ciudad.

—¿A qué te refieres?

—A historias como la de Raffaello Canacci, el maestro de Ábaco que abusaba de niños. El propio Lionardo, uno de los hermanos de Miguel Ángel, había sido una de sus víctimas. Canacci se autoinculpó de sodomía para conseguir la indulgencia del tribunal y, al final, fue condenado a pagar veinte florines y un año de cárcel que nunca cumplió. De esas historias abundaban por Florencia, y no solo afectaban a maestros, profesores, amos o compañeros de estudios, también pasaba entre parientes, amistades o vecinos y a mí me aterrorizaban. Lionardo Buonarroti, que había sido un buen chico y muy listo, nunca se recuperó, se hundió en la miseria y todos le dieron la espalda. Los primeros, su propia familia.

—Entiendo.

—A mí ya me perseguían hombres y mujeres a esa edad. A los ocho años me hice con un cuchillo y pegué un navajazo a un clérigo que intentaba constantemente encerrarme en la sacristía, y de esos hubo muchos, y Miguel Ángel lo sabía. Lo peor es que él sabía lo que pasaba y cómo me asqueaba; no obstante, no dudó en acosarme, perseguirme y suplicarme amor hasta que le tuve que dar una paliza, y eso que él era de los gallitos del barrio. Tiempo después, me juró de rodillas que no volvería a importunarme, que me dejaría en paz, y me suplicó que volviéramos a ser amigos, porque yo era más que un hermano para él. —Se quedó en silencio mientras ella conducía por la orilla del Arno rodeando la ciudad, hasta que soltó un suspiro y volvió a hablar—. Con las mujeres me pasaba igual, muchas veces tuve que huir por una ventana o salir corriendo a esconderme debajo de un puente para evitar que alguna dama ardiente quisiera encerrarme en sus aposentos. Eran tiempos duros para un niño sin madre y cuyo padre vivía ocupado en sus negocios y en su política, Chiara, por eso me refugiaba tanto en mis amigos, amigos como Buonarroti, que, al final, me la volvió a jugar.

—Vaya, lo siento mucho. —Estiró la mano, la posó en su pierna y él le sonrió.

—Miguel Ángel me pagaba mucho dinero por posar para él o para llevarle sus artilugios de trabajo —continuó—, para hacer los recados de su maestro que él no quería hacer, y yo estaba muy agradecido porque como aprendiz en el negocio de mi familia no recibía ni un florín. Era muy generoso conmigo y yo lo apreciaba, olvidé completamente su declaración de amor y sus inclinaciones hacia mí y, aunque era consciente de que en algunos círculos se hablaba de sus amoríos clandestinos con otros chicos, yo los ignoraba y hasta lo defendía. Así fue pasando el tiempo sin altibajos, hasta que en el año 1494 Carlos VIII de Francia invadió la península Itálica, expulsó a los Medici de Florencia y Buonarroti me suplicó que me marchara con él y con su patrón a Venecia. Por supuesto me negué, entre otras cosas, por mi animadversión perenne contra los Medici, pero, principalmente, porque me acababa de comprometer con una rica heredera de Pisa, la bellísima Donatella Puzzi, cuyo padre estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta con tal de asociarse a mi antiquísimo y prestigioso apellido.

—Aún eras muy joven.

—Tenía diecisiete años. Mientras mi padre y mis tíos celebraban orgullosos la generosa dote y el inminente enlace, Buonarroti marchó de Florencia entre reproches e insultos, acusándome de ingrato y de estúpido por renunciar a saborear la libertad, la gloria y la riqueza con él en Venecia por casarme, según sus propias palabras, con una campesina analfabeta y asquerosa que acabaría consumiéndome.

—Madre mía.

—A las pocas semanas de su partida, la familia de Donatella rompió el compromiso sin explicaciones y aquello me costó la furia desatada de mi padre, que me desterró *sine díe* al campo, a nuestra antigua finca cerca de Fiesole, alejándome de todo lo que me importaba en la vida: mis amistades, mis estudios de ábaco y latín, mis verbenas y amoríos. Fue una época horrible y oscura que Buonarroti iluminaba de vez en cuando con sus largas cartas desde Venecia, Bolonia y también desde Roma, donde empezó a trabajar para el Papa Alejandro VI. Allí vivió cinco años y creó grandes obras como *La Piedad* mientras yo me consumía en el campo y sin ninguna opción de mejorar.

—¿Nunca te pidió que te fueras con él a Roma?

—No, pero acabó volviendo a Florencia en 1501. En cuánto llegó me fue a buscar a Fiesole, me trajo de vuelta a la Santa Cruz y me empleó como ayudante para todo con un salario extraordinario. Mi padre acababa de morir y mi único hermano se había casado con una noble napolitana, así que a nadie le extrañó que me mudara a vivir con mi patrón en lugar de hacerlo a mi casa familiar. De ese modo, inicié una nueva vida que no duró demasiado, ya que, mientras Miguel Ángel Buonarroti decidía esculpir un *David* para los contrafuertes externos al ábside de Santa María del Fiore, Donatella Puzzi aparecía en Florencia con su marido y me desvelaba uno de los mayores misterios de mi vida: el motivo real de la ruptura de nuestro sonado compromiso matrimonial.

—¿Qué te contó?

—Que seguía enamorada de mí y que la habían obligado a casarse con otro por culpa de mis

degeneraciones.

—¿Degeneraciones?

—Las que Buonarroti se había encargado de contar con pelos y señales a su padre a través de una jugosa y abundante correspondencia, y que me retrataban como un sátiro pecaminoso y depravado. Un lascivo que no dudaba en yacer con hombres y mujeres y que, seguramente, moriría pronto víctima de alguna enfermedad impura y sin poder darle hijos sanos.

—¿En serio?

—Es en serio, y no solo eso, Donatella me juró por sus hijos que mi padre había recibido las mismas cartas y que por esa razón no se había podido oponer ni personal ni legalmente a la ruptura del compromiso matrimonial, teniendo que devolver íntegramente la dote, claro.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo. Miguel Ángel Buonarroti llegaría a ser un artista genial, pero también era un ser despreciable que no dudó en destrozarme la vida y condenarme al ostracismo, a la soledad y al desdén de los míos solo por egoísmo y vileza —respiró hondo—. Anular un compromiso de ese tipo y por semejantes motivos era sentenciarme a una vida adulta sin honor ni dinero ni familia, pero a él no le importó con tal de llevarme a su terreno para poder dominarme y conseguir de mí, tal vez, los favores que no podía conseguir de otra manera. El daño fue inconmensurable e irreparable, él lo sabía, así que me presenté en los jardines de la catedral, donde había empezado a esculpir aquel enorme trozo de mármol, y delante de todos sus aprendices y patronos lo maldecí, le enumeré a gritos uno a uno de sus repugnantes pecados, su infame mal hacia mí y hacia mi familia, le escupí en la cara y le señalé como un hombre abyecto y peligroso. Él intentó defenderse acusándome de estar beodo o demente, pero lo ignoré y le anuncié que no pensaba posar ni un segundo más para su dichoso *David* y que me marchaba de Florencia para siempre.

Chiara aparcó el coche en Santa María Novella, apagó el motor y se giró para mirarlo a los ojos con el corazón saltándole en el pecho, muy emocionada con el relato, y Domenico le sostuvo la mirada, extendió la mano y le puso un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Me observas con los ojos de una niña pequeña.

—¿Qué pasó después?

—Después me fui a su casa para recoger mis cosas y la puse patas arriba buscando su correspondencia, porque el muy bribón, por aquel entonces, lo guardaba todo, y no solo encontré las epístolas de Emiliano Pozzi en las que le agradecía sus advertencias sobre mí, también encontré una docena de libretas donde me había dibujado con muchísimo detalle: mis ojos, mi cara, mi pelo. Muchas otras en las que aparecía completamente desnudo y la mayoría estaban acompañadas por ardientes poemas de amor y pasión que me sonrojaron incluso a mí. También había cartas amorosas dirigidas a mi persona que nunca me llegaron y dos de mi padre para él, en las que le agradecía que se preocupara tanto por mí.

—¿No lo volviste a ver?

—Lo volví a ver y, de hecho, es lo último que recuerdo de aquellos años con nitidez.

—¿Qué pasó? —Sin querer le apretó el brazo y Domenico bufó moviendo la cabeza.

—Me sorprendió en su casa antes de marcharme y, primero, me increpó y, luego, me amenazó,

me dijo que no me iba a perdonar nunca que lo hubiese avergonzado delante de personas que lo respetaban, que me iba a matar. Yo me revolví y le di un puñetazo en la cara. Entonces, él, acobardado, se puso de rodillas y me pidió perdón, me juró amor eterno y me ofreció todo lo que tenía si me quedaba en Florencia. Yo me negué y me fui. Caminé mucho tiempo hasta que encontré una iglesia lo suficientemente lejos de él para poder dormir tranquilo y, a la mañana siguiente, madrugué para abandonar la ciudad de inmediato. Apenas recuerdo nada más, sé que salí de la iglesia de Santa Margherita dei Cerchi al amanecer y que el callejón donde se encuentra estaba aún muy oscuro, también sé que percibí que me seguían, pero no hice caso y continué andando. Después de eso, no recuerdo nada más.

11

Chiara parpadeó tratando de asimilar aquello y él le sostuvo la mirada impertérrito, tan glacial y pétreo como cuando se transformaba en el *David*. Le acababa de narrar la historia más impresionante y sobrecogedora que le habían contado en toda su vida, pero a él parecía no importarle, seguramente, porque la había relatado cientos de veces a lo largo de los siglos.

Miró al frente y se dio cuenta de que llevaba mucho rato tensa, agarrada con las dos manos al volante, así que intentó recuperar el tono y se apoyó en el asiento resoplando.

—¿Lo que me acabas de contar se lo has contado a todos tus custodios?

—No, desde hace décadas me he negado a hablar una y otra vez de lo mismo.

—Claro, lo entiendo perfectamente.

—¿Te ha parecido suficientemente detallado, doctora Laso de la Vega?

—Sí, muchísimas gracias.

—¿Y ahora en qué piensas?

—En que no voy a volver a dormir bien hasta que no pueda explicar cómo consiguió ese tío atraparte dentro de una escultura.

—Craso error, *mia cara ragazza*. Tú haz lo que quieras, pero yo te advierto que, si decides ofuscarte en esa idea, vas a malgastar tu vida en una tarea imposible. No hay una respuesta razonable o científica para eso.

—¿Y qué hizo?, ¿magia?

—Alquimia, magia, artes ocultas que ni nos imaginamos. Él era muy aficionado a la astrología, a los nigromantes, y tenía amigos de todos los pelajes. Seguro que pagó mucho dinero para hacerme esto, y seguro que lo disfrutó. Al fin y al cabo, de este modo consiguió su gran propósito.

—¿Qué gran propósito?

—Mantenerme ligado a él el resto de la eternidad.

—Qué hijo de la gran puta —soltó en español y él se echó a reír a carcajadas.

—Muy bien, yo he cumplido con mi parte, ahora cumple tú con la tuya.

—No tengo mucho que contar sobre mí, Domenico, créeme.

—Venga, me diste tu palabra.

—Bueno, yo… —Se pasó la mano por el pelo y tragó saliva intentando buscar una excusa que los llevara de vuelta a Miguel Ángel, pero lo miró a los ojos y vio claramente que no iba a conseguir nada más si no le abría su corazón y le ofrecía un poco de confianza. Observó al cielo estrellado y luego se acomodó para mirarlo de frente—. Ya te conté la historia de mis padres, los dos murieron en África, lo que no te dije es que murieron allí porque estaban trabajando. Mi padre era investigador científico, intentaba curar enfermedades y había dedicado toda su vida al

estudio y el desarrollo de vacunas o medicamentos. Por su parte, mi madre, que era médica, lo acompañaba en esa tarea, aunque también viajaba cada año a países más desfavorecidos para trabajar como voluntaria en organizaciones de ayuda humanitaria, especialmen te con la Cruz Roja, que es un organismo que actúa en zonas de guerra, de hambre o de catástrofes.

—Lo sé, durante la Segunda Guerra Mundial andaban con sus ambulancias y sus enfermeras por Florencia.

—Madre mía, si es que has estado en la Segunda Guerra Mundial.

—Y en la Primera, pero ahora te toca hablar de ti.

—*O.K.* —Se restregó la cara con las dos manos—. Mis padres estaban trabajando en Angola, se subieron a un avión pequeño para ir a un campamento de la Cruz Roja y, en el trayecto, el aparato se estrelló y murieron todos sus ocupantes. A mí me habían dejado en Roma al cuidado de Chiara, mi madrina, y ya sabes lo que pasó después… me quedé con ella definitivamente.

—¿No tenías abuelos?

—Por parte de padre, nada, por parte de madre, a mis dos abuelos, pero ya eran mayores y querían mucho a Chiara, así que decidieron no impugnar la última voluntad de mi madre y respetaron su decisión de que ella me criara, a pesar de lo cual, siempre mantuve una relación muy estrecha con ellos, especialmente, con mi abuela Lola, con la que viví los seis años de carrera. Cuando acabé el bachillerato decidí estudiar Medicina en Madrid, en la misma universidad donde se habían formado mis padres.

—Naturalmente.

—Cuando terminé la carrera, me vine a Italia para hacer la especialidad en Roma. Yo quería ser médica de urgencias y en Roma podía conseguirlo y encima podía vivir con mis madres, algo que me hacía mucha ilusión. Hice la especialidad, la acabé a los dos años y me quedé como médica residente en un importante hospital romano donde trabajé hasta el mismo día en que cumplí los veintiocho años. En ese momento, decidí dejarlo todo y hacer lo que habían hecho mis padres toda su vida: ejercer la medicina donde más me necesitaran y con la Cruz Roja. —Respiró hondo—. Entonces me fui a trabajar a Palestina y allí conocí a María Ángeles Urrutia, una monja española maravillosa que colaboraba con todas las iniciativas sanitarias destinadas al cuidado y la asistencia de mujeres y niñas. Nos caímos muy bien desde el principio, y me ofreció ir con ella a Pakistán, concretamente, a una aldea pequeñita donde tenía un hospital con diez camas. Se trataba de un humilde dispensario que atendía a casi ochenta mujeres y a sus respectivas familias, era, justamente, lo que yo andaba buscando, así que, tras ocho meses en la Franja de Gaza, cogí mi petate y me fui con ella hasta el sur de Pakistán.

Guardó silencio recordando aquel viaje interminable y agotador hasta la provincia de Bela, y el entusiasmo, el sentido del humor y el amor que María Ángeles le había transmitido desde el minuto uno, desde que la había conocido cenando en un campamento de la Cruz Roja en Cisjordania, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Chiara?

—Sí, disculpa. —Sacó un pañuelo de papel para sonarse y Domenico le acarició el brazo—. Llevaba unos diez meses allí con ella y con su equipo; diez meses muy duros, viendo

muchísimas desgracias e injusticias, y me avisan de que mi abuela Lola se ha puesto enferma y que no le dan mucho tiempo de vida. Cogí mi petate otra vez y me fui directa a Madrid para despedirme ella. Afortunadamente, pude verla y cuidarla en sus últimas horas, me quedé a su funeral y regresé de inmediato a Pakistán, donde me esperaba muchísimo trabajo, pero, cuando iba de camino hacia la provincia de Bela, donde estaba nuestro hospital, me llaman y me dicen que de media vuelta y me quede en la capital hasta nuevo aviso, porque unos hombres habían apuñalado hasta la muerte a mi querida amiga María Ángeles en el mercado del pueblo y, después, habían prendido fuego al dispensario.

—Santísima trinidad.

—La policía local dijo que se había tratado de una venganza, de un tema de honor, porque nosotras dábamos refugio a mujeres y niñas que escapaban del maltrato o el abuso de sus maridos o familiares, y habíamos acabado hiriendo muchas susceptibilidades; en el fondo, que María Ángeles se había buscado solita su propia desgracia. Allí las cosas funcionaban así, estábamos acostumbradas a oír ese tipo de reproches, incluso, a recibir amenazas, pero cuando se hicieron concretas, cuando supe lo que había pasado, no lo pude soportar. Se ve que no era tan fuerte como yo me creía y colapsé. —Soltó una carcajada amarga—. Ahora me avergüenza reconocerlo, pero tuve miedo y el miedo me paralizó, durante días no fui capaz de reaccionar ni de moverme y, al final, Chiara y Natalia tuvieron que coger un vuelo para ir a buscarme a un hotel de Islamabad donde me habían llevado mis compañeros de la Cruz Roja, y me trajeron de vuelta a Italia para alejarme de todo aquello. Eso pasó a finales de junio, casi cuatro meses antes de conocerte.

—Nos conocimos el 10 de octubre.

—Sí, el día de mi treinta cumpleaños.

—Vaya, no lo sabía. *Tanti auguri.*

—Muchas gracias. —Pulsó el botón de la capota para cerrar el coche y él la sujetó por el brazo para que no se bajara tan rápido.

—Entiendo tu dolor y tu miedo, que es lo natural, solo espero que este incidente desgraciado no te aleje para siempre de un oficio tan valioso como el tuyo.

—No lo hará, ya estoy mucho mejor y, en gran parte, es gracias a ti, Domenico, porque conocerte me ha cambiado la vida. Esta mañana he firmado un contrato para trabajar a partir del 1 de marzo en un hospital de aquí, de Florencia.

—¿Te vas a quedar en Florencia por mí?

—Por ti, por el *David*, por Tiziana y porque viví de pequeña en Florencia y me encanta.

—¿Tú quieres amarme, Chiara?

—¿Cómo dices? —Frunció el ceño, vio que se le acercaba demasiado, abrió a puerta y se bajó del Mini de un salto.

—¿Chiara? —preguntó muy desconcertado y ella le indicó su lado del coche.

—Bájate por tu puerta o te vas a quedar atascado por aquí.

—Está bien, está bien…

Salió del vehículo y se estiró sin quitarle los ojos de encima. Ella miró la hora y vio que ya eran

las cinco de la mañana y que se habían pasado toda la santa noche hablando. Buscó su teléfono para comprobar si Tiziana le había mandado algún mensaje y en seguida lo encontró.

—Tiz y Matteo nos están esperando en la Academia. ¿Vamos andando hacia allí? No quiero meter el coche en el centro.

—Un momento.

La alcanzó y la sujetó por la cintura buscando sus ojos. Ella percibió cómo se le disolvían los huesos de todo el cuerpo, porque, aunque no tuviera ningún interés romántico en ese hombre, impresionaba muchísimo, y más a corta distancia, y volvió a esquivar su boca cuando se le echó literalmente encima.

—¡Eh! ¿dónde vas, chaval?

—Quiero besarte.

—No, ¿por qué?

—¿Por qué?, ¿tú no quieres hacer el amor conmigo?, porque yo te deseo muchísimo.

—¡No!

—¿No?, eso es imposible.

—Uy, qué creído te lo tienes. Venga, vamos, que aún nos queda un buen trecho hasta la via Ricasoli.

—¿Por qué no quieres que intimemos? —Se le puso al lado para caminar a su ritmo.

—Porque somos amigos.

—Precisamente, por eso, porque somos amigos, hay confianza y creo que lo necesitas. Necesitas que te amen.

—¿En serio? —Se echó a reír.

—Soy sincero contigo, Chiara. Me gustaría expresarte lo importante que eres para mí.

—Domenico. —Resopló y detuvo el paso para mirarlo a la cara—. Ya has expresado lo importante que soy para ti siendo mi amigo, confiando en mí y contándome tu vida. Esta noche has sido muy generoso conmigo, y estoy muy agradecida. No necesito nada más de ti.

—Tú también has sido muy generosa esta noche conmigo y quisiera… —Le acarició la mejilla con un dedo y ella dio un paso atrás—. Solo quisiera compensar todo lo que haces por mí desde que nos conocemos.

—No tienes que compensar nada. No tienes que hacer nada de lo que crees que los demás esperan de ti, no conmigo, ni con Tiz ni con Matteo, nosotros estamos encantados y maravillados solo con poder conocerte.

—No estoy intentando resarcir tus esfuerzos o tu bien hacer hacia mí ofreciéndote una noche de amor, Chiara.

—Es lo que ha parecido, pero es igual. Vamos.

Se puso en marcha otra vez, caminando por la Vía de`Cerretani hacia la plaza del Duomo, tratando de retener en su memoria todo lo que le había contado sobre Miguel Ángel Buonarroti, lamentando un poco no haberlo grabado, aunque igual eso hubiese sido algo mezquino y desleal, y lo miró de reojo, andando con sus piernas largas y su pinta majestuosa por esas calles que conocía de memoria y de las que, lamentablemente, no saldría jamás.

—¿Han cambiado mucho las calles de Florencia desde el siglo xv?

—¿Acaso te espera un marido en Roma? —preguntó, ignorando su intento de cambiar de tema y ella suspiró—, porque, si quieres respetarlo, lo entenderé.

—No estoy casada.

—¿Y por qué no?, si ya tienes treinta años y ciertamente eres una mujer bellísima, saludable y sensata.

—Vaya por Dios. —Movió la cabeza—. No me interesa encontrar un hombre y el matrimonio no entra en mis planes de vida. En tu época, a mi edad, seguramente ya tendría nietos o muchos hijos, pero en la mía, aún soy joven para eso.

—¿El que te hayas criado con dos mujeres influye en el propósito de no querer encontrar un hombre?

—Voy a pasar por alto eso porque vienes del Cinquecento.

—A veces no entiendo lo que dices.

—Mejor. —Lo miró de soslayo—. Y no, eso no tiene nada que ver. A mí me gustan los hombres, pero no quiero casarme, al menos, no por ahora.

—¿Y sin matrimonio puede haber amor?

—Por supuesto.

—Entonces déjame darte el mío, yo también anhelo el tuyo.

—Me siento muy halagada, pero no, Domenico, ya te he dicho que somos amigos.

—Un día te arrepentirás de rechazarme.

—A lo mejor, pero ahora estoy bastante segura de…

—Estás bastante segura de decir que no a la locura y a la pasión, pero no a mí. Lo veo en tus ojos, señorita doctora, yo sé que te gusto.

—Repito: qué creído te lo tienes.

—Por supuesto.

Se le puso delante para cortarle el paso, abrió los brazos en cruz y luego ejecutó una elegante y perfecta reverencia guiándole un ojo.

—Yo soy el *David* de Miguel Ángel.

12

—Doctora, el chico del coma etílico ha despertado y resulta que no habla italiano, es español.

—Vale, voy a verlo en seguida, dame cinco minutos, por favor.

Gina, que era una de las enfermeras del turno de noche, asintió, cerró la cortina del box y despareció sin decir nada más. Chiara miró a la paciente que estaba atendiendo y le sonrió.

—Ya está, esto controlará el brote alérgico, pero te dejaremos en observación un par de horas más. Mañana deberías llamar a tu médico para que repitan los *prick-test* y pueda reajustar la medicación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, muchas gracias, doctora.

—Podéis quedaros en la sala de espera, avisaré a tu hermana.

La chica, que tenía su edad y se casaba en menos de una semana, le sonrió haciendo un puchero, y a Chiara le dio un poquito de pena, pero decidió pasar del drama y la dejó sola para ir a ver al paciente que habían ingresado con un coma etílico a las siete de la tarde.

—La paciente del box 2 se queda en observación un par de horas, avisad a su hermana, porfa, para que la recoja y la acom pañe en la sala de espera. —Entregó el informe a las enfermeras y cogió el del chaval español—. Voy al box 6.

—Es un Erasmus.

—No sé por qué no me sorprende.

Volvió a salir al área de Urgencias, traspasó la zona de admisiones y miró la hora. Era su segunda semana en el Careggi University Hospital y le había caído un turno de veinticuatro horas, por supuesto, que para eso era la nueva y era lo que tocaba, y tampoco se pensaba quejar, porque, tras cuatro meses mal durmiendo en el suelo de la Sala de la Tribuna de la Academia, lo de pasar la noche en vela estaba más que superado.

Lo único que la preocupaba era que si Domenico «despertaba», no podría pasar tiempo con él y eso sí que sería una putada, una enorme, pero confiaba en Dios y en el universo para que aquello, cuando pasara, lo pudiera solventar fácilmente. Siempre había opciones, siempre había alternativas y sabía que llegado el momento podría resolverlo.

—¿Borja Fernández? —Entró en el box y se encontró al del coma etílico despierto y acompañado por dos amiguetes—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—¿Hablas español? Gracias a Dios —soltó la chica del trío muy angustiada—. No entendemos nada de lo que nos dicen y la enfermera es muy borde.

—No hables así de mi compañera. A ver, ¿qué hacéis aquí todos?

—Nos dijeron que nos quedáramos y avisáramos cuando Borja se despertara.

—Veo que ya te han hecho un lavado de estómago. —Miró al paciente y él asintió—. ¿Qué tal lo llevas?

—No es la primera vez que le hacen un lavado de estómago, se pasa mucho y el muy gili no sabe beber —contestó el otro chico del grupo.

—¿Para esto hacéis el Erasmus?, ¿en serio?, ¿para beber como cosacos y gastaros el dinero de vuestros padres sin dar palo al agua?

—Como si tú no lo hubieses hecho nunca, guapa —le dijo el tal Borja y ella frunció el ceño.

—Para ti doctora y de usted, ¿de acuerdo? Un poquito de respeto.

—Estás demasiado buena para ser doctora.

—¡Borja! —lo regañaron sus amigos.

—Muy chulito te veo para estar hecho un Cristo y no saber ni beber. —Le tomó las constantes vitales y lo vio perfectamente—. Hala, a la calle y a hidratarse bien. Con hidratarse, me refiero a agua isotónica y zumos, nada de alcohol. Os podéis ir.

—Perdónelo, doctora, sigue pedo —le dijo la chica mientras el otro amigo ayudaba al paciente a bajarse de la camilla—. No se lo tome en cuenta; de normal, es un santo.

—Adiós y dejad de hacer el cafre. Aprovechad mejor vuestro Erasmus en Florencia, conozco a mucha gente que mataría por pasar un curso aquí.

—Lo sabemos. Muchas gracias, doctora.

Dejó al trío maravilla saliendo del box y, de pronto, se sintió como una vieja cascarrabias, porque en realidad nadie le pagaba por echar broncas a los pacientes, por muy gilipollas que fueran, y se rio de sí misma por andar abroncando a unos chavales a los que no sacaba ni diez años. Era lamentable. Llegó otra vez al mostrador de admisiones, entregó la ficha con el alta de Borja Fernández y miró a Gina, que le estaba señalando el reloj.

—Tómate un descanso, Chiara, hay que aprovechar las horas tranquilas.

—Vale, voy a cenar.

—Te llamo si te necesito. No te preocupes.

—Estaré abajo. Hasta ahora.

Dio dos pasos por el pasillo y, antes de llegar a las escaleras que la llevaban a la cafetería, oyó la voz de Tiziana y se giró hacia ella de un salto.

—Tiz ¿qué haces aquí?, ¿va todo bien?

—Todo bien, ¿tienes un momento libre? Quiero contarte algo.

—Claro, iba a cenar a la cafetería, acompáñame. —Se acercó y la cogió del brazo—. ¿Tú has cenado?

—No, no he cenado. Vengo de Casa Maggiore, Domenico «despertó» hace dos horas.

—¡Joder!, qué mala suerte, va a ser imposible que me escape ahora.

—Tranquila, no te preocupes, se lo hemos explicado y lo ha entendido muy bien, dice que le gusta que hayas vuelto a la brega. Ha dicho «brega», te lo juro. —Se echó a reír—. Se ha quedado con el doctor y con Matteo cenando, estarán bien.

—¡Mierda!, pero qué mala suerte.

Cogió una bandeja de mala gana y pasó por la zona de platos calientes para pedir sopa para las dos y un par de *focaccias*, con ganas de matar a alguien, porque aquello sí que la fastidiaba.

Buscaron una mesa y se desplomó en la silla buscando alternativas, pensando, seriamente, en la

posibilidad de abandonar la guardia para salir corriendo a encontrarse con su amigo. Que él apareciera era demasiado importante, demasiado extraordinario como para quedarse quieta allí sin reaccionar, pero Tiziana pareció leerle el pensamiento y le puso una mano sobre el brazo.

—Tranqui, esto se repetirá y tú no eres de las que dejan el trabajo tirado. No puedes, acabas de empezar y aquí cuentan contigo. Domenico volverá, ¿vale?

—Lo sé, pero…

—Nada. —Tiz cogió su cuenco con sopa y tomó un sorbo suspirando—. Está riquísimo y la *focaccia* tiene muy buena pinta.

—Se come muy bien aquí, la verdad.

—No solo he venido para contarte el nuevo «despertar» de nuestro amiguito, he venido porque Matteo ha descubierto algunas cosas realmente importantes.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que el doctor Tornabuon le ha enseñado sus archivos, esos que a mí me ha negado y ocultado deliberadamente durante semanas.

—No me lo puedo creer.

—Te lo juro, si no fuera tan mayor y no me diera tanta pena, le cantaría las cuarenta, porque es un cabrón muy retorcido. Tanto que confiaba en mí, que había llegado en el momento justo, que era la elegida…, para luego mantenerme al margen. Calladito como una puta hasta que ha conseguido un «varón» con el que compartir sus documentos secretos. No sé qué habría pasado si Matteo no llega a entrar en la Academia en Navidad, ¿crees que me habría dejado sin información y sin recursos para siempre?

—Me temo que sí, nació en el siglo xx, pero tiene más prejuicios y es más anticuado que el propio Domenico dalle Carceri.

—Bueno, Domenico, al fin y al cabo, es un hombre del Renacimiento, eso imprime carácter. Básicamente, es una mente abierta y tolerante.

—Dentro de sus límites sí. —Respiró hondo—. Sigue siendo un tío del Cinquecento.

—¿Qué pasó la última vez que os visteis? —preguntó y Chiara dejó de comer y la miró a los ojos—. ¿Pasó algo más?

—¿Además de todo lo que me contó?, no, ¿por qué?

—Porque hoy, nada más ver que no estabas en el museo, nos preguntó si te había ofendido con *il suo fuoco.*

—¿Con su fuego? —Se echó a reír—. Madre mía.

—¿A qué se refiere?

—Imagino a que me dijo que me quería dar su amor. Yo pasé, claro, y no le di importancia. Sé que es un conquistador nato y un seductor, como casi todos los italianos que conozco.

—Ese es un estereotipo muy injusto, Chiara.

—Lo sé, mis sinceras disculpas —le guiñó un ojo—, pero en este caso encaja perfectamente.

—Madre mía. —Tiziana tomó un bocado de *focaccia* moviendo la cabeza.

—Bueno, no me tengas en ascuas: ¿qué descubrió Matteo en los papeles del doctor?

—Primero, que ha habido varios intentos a lo largo de los años por liberar a Domenico del

David. Se encargaron estudios alquímicos, conjuros y chorradas varias sin ningún resultado, claro, e, incluso, hubo dos custodios que sepamos, que lo instaron a no volver a la escultura tras el despertar, para ver qué pasaba a la luz del día, pero no pasó nada, el pedestal permaneció vacío, así que, al final, se vieron obligados a desistir y él tuvo que volver a su sitio antes de que aparecieran los vigilantes de la mañana y dieran la voz de alarma.

—¿Eso se hizo con el consentimiento de Domenico o lo forzaron?

—Dudo mucho que a un tipo de su perfil se le pueda forzar a hacer algo.

—Supongo.

Se quedó pensando en su aparente alegría de vivir, en su pasión, en sus sonrisas eternas y en su risa contagiosa, y se preguntó si de verdad estaría esperando a que, al fin, alguien consiguiera liberarlo de esa cárcel que lo mantenía atrapado dentro del *David* o, por el contrario, sucumbía a las intenciones y el entusiasmo de sus custodios por puro divertimento.

—Hay otra cosa —continuó Tiziana—. Matteo encontró las estadísticas con los «despertares» del *David*, está todo milimétricamente documentado y hay datos muy raros.

—¿A qué te refieres?

—A que Domenico llevaba dos años sin aparecer. El 4 de abril del 2020, en plena pandemia, «despertó» y Giovanni Greco, el compañero de Tornabuon, escribe en su informe que, aprovechando los turnos más laxos en la vigilancia del museo, pasearon hasta las nueve de la mañana por una Florencia confinada. Desde ese día, nada más hasta octubre del 2022.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—Eso en particular nada, porque antes de ese día, al parecer, aquello era lo normal, es decir, podía «despertar» cada seis meses, uno o dos años e, incluso, más. Hay una temporada, en los años cuarenta, en la que tardó ocho años en volver y en 1991, cuando Piero Cannata golpeó la escultura y le fracturó el dedo del pie izquierdo, él no dio señales de vida hasta 1996. Lo llamativo es que desde que «despertó» en octubre de 2022 no ha dejado de hacerlo, en cuatro meses ha «despertado» seis veces con la de hoy. Eso es mucho o, al menos, es raro, y por eso creemos que Tornabuon está acojonado. Nunca se había visto en una así y está superado. El único propósito de ese hombre es mantener a Domenico controlado, oculto, sin llamar la atención, y él no hace más que presentarse para salir a cenar. —Se echó a reír y Chiara resopló.

—Vaya.

—Según los informes, parece que se vuelve más activo cuando tiene una motivación o un propósito, cuando se lo pasa bien, vamos. Yo estoy de acuerdo, así que vamos a procurar que se lo siga pasando bien.

—¿Y qué hacemos con el propósito inicial de sus custodios de intentar liberarlo del *David*?

—Nosotros nada, está claro que es imposible, amiga.

—Imposible es que el *David* de Miguel Ángel, que mide 5,17 metros y pesa más de cinco toneladas, se mueva, salte del pedestal y se convierta en un hombre de carne y hueso, con recuerdos y sentimientos. Si eso es posible, estoy segura de que sacarlo de ahí también lo será.

—Tanto una cosa como la otra se escapan a nuestro entender y no deberíamos perder la perspectiva o nos volveremos locas. Es lo único realmente sensato que nos ha aconsejado

Tornabuon hasta ahora y pienso hacerle caso.

—Sí, pero Domenico se ha convertido en un amigo y…

—¿Solo un amigo? —interrumpió Tiz muerta de la risa y Chiara frunció el ceño.

—¿Qué edad tenemos?, ¿quince años?

—Te has puesto colorada… —bromeó Tiziana y ella abrió la boca para contestar, pero no pudo porque el teléfono le empezó a vibrar furiosamente en el bolsillo superior de la bata.

—Lo siento, me tengo que ir. Parada cardiorrespiratoria.

Dejó a su amiga tirada y subió las escaleras a toda velocidad hasta el área de ingresos, entró en la zona de los box y se encontró de bruces con uno de los técnicos sanitarios de la ambulancia que había traído al paciente. Lo saludó y él la siguió contándole el informe preliminar de la emergencia.

—¿Qué tenemos, Maurizio?

—Varón de ochenta y dos años, italiano, esta vez no es un turista. —La miró de reojo con una sonrisa—. Estaba cenando en un restaurante del centro y empezó a quejarse de dolor intenso en el pecho, en la zona precordial, mareos, náuseas y sudoración. Cuando llegamos, se había desmayado. Le administramos nitroglicerina sublingual y le hemos puesto oxígeno. No es su primera vez, ha tenido dos amagos de infarto y es paciente oncológico de este mismo hospital. Recuperó la conciencia cuando lo subimos a la ambulancia.

—Vale, genial, gracias.

Abrió de un tirón la cortina del box y entró dirigiéndose a la enfermera y el enfermero que ya estaban allí asistiendo al señor mayor que iba vestido con un traje oscuro muy anticuado.

—Sacadle sangre. Necesito hemograma, iones, creatinina, urea, glucosa, enzimas y coagulación. Ponedle una vía, seguid con el oxígeno y buscadme su historial, por favor, es paciente del Careggi.

Se acercó al paciente con el estetoscopio y, al inclinarse para auscultarlo y preguntarle el nombre, se dio cuenta de que se trataba del mismísimo doctor Tornabuon. Por un segundo, se quedó quieta, desconcertada, pero en seguida volvió al modo médica de urgencias y le sonrió tomándole el pulso.

—¿Qué tal está doctor?, ¿no será alérgico a la aspirina?

Él negó con la cabeza y luego levantó una mano para indicarle un rincón del box, pero ella no le hizo caso y se dirigió a Pietro, uno de los médicos en prácticas, que estaba observándolo todo sin moverse ni hablar.

—Doctor Gori, mírame, vamos a administrarle una dosis de quinientos miligramos de aspirina, si no reacciona, pasamos a la atropina. ¿De acuerdo? El paciente se llama Giacomo Tornabuon y en cuanto tenga la vía lo trasladamos a Coronaria. Avisadles. ¡Vamos!

Dio un paso atrás, se giró hacia el rincón que Tornabuon no dejaba de mirar y, entonces, se encontró a Mattia y a Domenico allí, mudos y paralizados, siguiendo la escena como si fuera una película.

—¡¿Qué hacéis vosotros dos aquí?!

—Nos dejaron acompañarlo —susurró Matteo.

—No podéis estar aquí, vamos, id a la sala de espera. Luego voy a hablar con vosotros.

—Yo les di permiso, doctora, el señor venía tan asustado que… —intervino Gina con una sonrisa bobalicona, mirando al siempre imponente Domenico dalle Carceri con la boca literalmente abierta.

Chiara frunció el ceño indignada porque aquello era lo último que necesitaba en medio de un protocolo de infarto, pero, antes de poner el grito en el cielo y montar el pollo de su vida, el doctor Tornabuon entró en parada cardio respiratoria y se dispararon todas las alarmas.

Se olvidó de sus amigos, se giró hacia la cama y se lanzó a aplicar un masaje cardiaco a la par que pedía las palas de reanimación a gritos.

En una fracción de segundo, tenía a Marco, su enfermero de urgencias, suministrando oxígeno manual mientras ella llevaba a cabo la RCP. Dos minutos y al desfibrilador automático, pensó muy serena, cogió las palas, apartó a todo el mundo y aplicó una descarga de doscientos julios sin demasiado éxito. Dos minutos más de RCP y oxígeno manual (en una secuencia 30:2 repasó en su cabeza) y otra descarga de doscientos cincuenta julios que sí funcionó y recuperó al doctor lo suficiente como para que los monitores de signos volvieran a su sonido habitual y todo el mundo recuperara el aliento.

—Lo tenemos, gracias a todos. Gracias, Marco. —Miró a su compañero y él le guiñó un ojo—. Lo entubamos y lo subimos a Coronaria. ¿Hay algún cardiólogo de guardia?

—Estoy yo, doctora. —Por su espalda apareció el doctor Milano y se le acercó con las manos en los bolsillos para observar cómo ella entubaba al paciente en un santiamén (uno de sus superpoderes) y daba órdenes para el traslado—. Buen trabajo, Chiara, ahora ya nos ocupamos nosotros. Me lo llevo a la UCI.

—Estupendo, pero subo contigo.

—Como quieras.

Empujó la camilla hacia el ascensor con un enfermero y el doctor Milano, subió con ellos a la Unidad de Cuidados Intensi vos y, hasta que no se aseguró de dejarlo en las mejores manos, no se separó de él, y, cuando ya comprobó que estaba evolucionando bien y que su familia directa había sido avisada de su ingreso, bajó a la sala de espera de Urgencias donde se encontró con Tiziana, Matteo y Domenico, que estaban charlando en susurros y con cara de preocupación.

—Hola, chicos.

—*Salve, bella…* —Domenico se le acercó, la sujetó por la nuca y le dio un beso en la frente antes de pegarle un abrazo muy fuerte.

—¿Qué tal está? —preguntó Tiziana.

—Ahora no muy bien, ha sufrido un paro cardiaco y está inconsciente y en la UCI, pero se recuperará. Ya han avisado a su familia, podéis iros si queréis.

—Madre mía, qué susto, cayó como un peso muerto, ¿sabes? Fue terrorífico —susurró Matteo.

—Es increíble. —Tiz se puso las manos en las caderas furiosa—. Se lo provocaron estos dos, que se metieron en una pelea en Casa Maggiore, no me extraña que al pobre hombre le diera un infarto.

—¿Una pelea?, ¿qué pelea? —Chiara los miró a los dos y Matteo se encogió de hombros.

—Apareció un tío con muy mala pinta, confrontó a Domenico, nos levantamos, le plantamos cara y el doctor se puso muy nervioso, entró en pánico. Se nos fue de las manos. Culpa mía, no sabéis cuánto lo siento.

—No fue culpa suya —soltó Domenico—. Fue culpa de ese bribón insolente que me faltó al respeto sin ningún motivo, poco le pasó ante semejante osadía. Si lo vuelvo a ver lo…

—¡¿Qué?! —exclamó Chiara.

—El marido de Luciana —le explicó él moviendo las manos a la italiana—. Para mí la dama estaba soltera o libre, no es mi culpa que sea un cornudo. Eso debería discutirlo con ella, no conmigo.

—Vale, se acabó Casa Maggiore para el resto de los tiempos —opinó Tiziana con los ojos abiertos como platos.

—Cielo, tranquila. —Matteo se le acercó y ella lo apartó de un manotazo.

—No me digas que me quede tranquila, no funciona nunca ¿no lo sabes? Si le llegan a hacer daño o llegan a llamar a la policía y pillan a Domenico allí, ¿sabéis qué podría haber pasado?

—¿Qué? —preguntó Domenico dalle Carceri tan tranquilo.

—Que igual te llevan a la cárcel y a ver qué hacemos.

—El bravucón fue el otro, no yo. Yo solo me defendí.

—Eso no funciona así, no en este tiempo. —Tiziana se le acercó para señalarlo con el dedo—. Ahora te llevan al calabozo a la espera de juicio por pendenciero y a ver qué hacemos con el *David*, sin contar con que podría haberte disparado o dado un navajazo... o…

—Bueno, no pasó, así que… —intervino Chiara y su amiga la observó con ojos de asesina—, pero es verdad, Tiz tiene razón, no puedes correr riesgos innecesarios, Domenico, es absurdo. ¿A ti qué más te da lo que te diga un gilipollas al que ni conoces?

—Se trata de honor, de respeto y a mí nadie, ni antes ni ahora, me falta al respeto.

—No volverá a pasar, yo me ocuparé de eso, te lo prometo, amigo mío. —Matteo le palmoteó la espalda y él asintió.

—Vale, aclarado este punto, podéis iros, la noche aún es joven y yo tengo un turno de veinticuatro horas. Estaré aquí atenta al doctor y si pasa algo, os aviso.

—No, esperaremos a que lleguen las hijas de Giacomo, hablaremos con ellas, les contaremos lo que ha pasado y después veremos lo qué hacemos.

—Muy bien, yo tengo que volver al trabajo. Luego nos tomamos un café si queréis.

—Eso está hecho, Chiara, y gracias por todo.

—Chiara…

Domenico la siguió por el pasillo y ella se detuvo, se giró y lo miró a los ojos, pensando, una vez más, que ese tío era prácticamente perfecto, porque no solo era guapo y dueño de unos ojos de ensueño, sino que, además, tenía el metro noventa de estatura mejor aprovechado de la historia de la humanidad.

—Dime.

—Te amo.

—¿Qué? —se le acercó para hablarle bajito—. No puedes andar diciendo esas cosas a la gente,

Domenico, no es nada normal.

—Es lo que siento.

—No, no, no… mira…

Dio un paso atrás moviendo la cabeza, buscando un argumento que él entendiera, pero no halló ninguno, levantó los ojos y vio cómo se le echaba literalmente encima para arrinconarla contra la pared.

—¡Eh!, Dome…

—Calla, *il mio grande amore.*

Le tapó la boca con una de sus enormes manos y la hizo callar de una forma bastante teatral, como en una película muda. Ella parpadeó sin saber qué hacer, porque era muy exagerado todo, y empezó a sentir que por alguna extraña razón tampoco quería hacer nada por apartarlo, y no solo porque tenerlo a esa distancia hacía materialmente imposible moverse, sino porque su propio organismo empezó a reaccionar y a desear que la siguiera tocando.

—Ahora mismo cada palmo de mi cuerpo te ama, doctora Laso de la Vega —murmuró sobre su boca, regalándole su aliento caliente y dulce—. Antes de esta noche te apreciaba, te anhelaba y te deseaba. Pero, hoy, al verte actuar con serenidad e inteligencia, con tanta pericia; al verte salvar la vida de un hombre, mi corazón ha caído rendido a tus pies. Nunca, en toda mi larga existencia, había sido testigo de espectáculo más hermoso.

—Mira, yo…

Quiso explicarle que solo hacía su trabajo, pero él se inclinó y le tocó la boca con el pulgar, callándola otra vez, y luego le atrapó los labios con la boca abierta e inmediatamente le acarició la lengua con la suya, como quién devora una fruta que le gusta muchísimo, y la siguió besando con vehemencia y mucho ímpetu, con un arte increíble que ella respondió con la misma alegría, hasta que alguien la llamó por su nombre, volvió a la realidad y lo apartó de un empujón.

—¿Sí? —miró a Gina secándose la comisura de los labios y ella la observó de arriba abajo antes de desviar los ojos hacia Domenico dalle Carceri.

—Vaya, vaya con la doctora nueva.

—¿Perdona?

—Nada. Siento interrumpir, pero tenemos otra intoxicación en el cuatro.

—Gracias, ahora voy. Adiós, Domenico.

—*Arrivederci, il mio grande amore.*

No lo miró, se arregló la bata y caminó con toda la dignidad de la que disponía hacia el box 4, con las piernas algo temblorosas, debatiéndose entre estar contenta por la experiencia sublime de haber besado a un hombre nacido en el siglo XV o la preocupación por las consecuencias que todo aquello acarrearía.

13

Abrió un ojo y se puso tensa, pensando en salir de la cama a la carrera como siempre, sin embargo, su cerebro la situó en el tiempo y el espacio, y le regaló ese instante mágico en que te das cuenta de que es tu día libre y no tienes que hacer nada. Nada más que descansar tras una guardia continua de veinticuatro horas.

Se estiró sin cambiar la postura, se sacó el antifaz y miró la hora en el reloj digital de la mesilla: las diez de la noche, llevaba durmiendo unas siete horas. Estupendo, pensó desviando la vista hacia la ventana. Como siempre, había olvidado cerrar las cortinas y gracias a eso podía ver perfectamente la luna llena, lo que la hizo pensar en Domenico dalle Carceri, ese impetuoso hombre del Renacimiento que vivía solo de noche, si, con suerte, «despertaba», claro.

El pobre estaba condenado a no ver nunca más la luz del mediodía y eso a ella le partía el alma, porque le parecía cada día más injusta su situación. Un joven como él, impulsivo, en la flor de la vida, y castigado por un artista celoso y egoísta a sobrevivir preso y sin esperanza, sin el control de su existencia el resto de la eternidad. Aquello no tenía nombre y debían hacer algo para intentar solucionarlo o se volvería loca.

Tan loca como la noche anterior, cuando había tenido la pésima idea de devolver sus besos en un pasillo del Careggi University Hospital.

«Madre mía, Chiara», se dijo cerrando los ojos muerta de vergüenza, sintiéndose idiota e inmadura, y fue entonces cuando percibió que no estaba sola en la habitación, que alguien respiraba cerca y la estaba observando. Se puso tensa y se sentó de un salto cogiendo una almohada para defenderse.

—¡Mierda, joder, me cago en la puta, Domenico! —le gritó en español tapándose con las sábanas y él, que estaba sentado a los pies de la cama, se echó a reír a carcajadas.

—No sé lo que dices, pero imagino que no es muy amistoso.

—La madre que te parió. —Siguió jurando en castellano y se levantó para encender la luz—. ¿Qué haces aquí?

—He despertado, Tiziana tenía que traerte algo que había preparado su madre para ti y le pedí que me dejara acompañarla para quedarme contigo. Tienes *pappardelle sulla lepre* en esa barra que llamáis cocina americana.

—¿Dónde están Tiziana y Matteo?

—Ocupados, pero vuelven antes de medianoche.

—No me lo puedo creer.

Buscó el teléfono y, de pronto, se dio cuenta de que solo llevaba puestas unas bragas viejas y una camiseta aún más vieja. Se pegó a la pared mirando a Domenico, que se la estaba comiendo literalmente con los ojos, y llamó a Tiziana para echarle la bronca.

—¿Tiz?

—Hola, ya veo que te has despertado.

—¿Dónde os metéis?, ¿por qué habéis dejado a Domenico aquí?

—Ha muerto el doctor Tornabuon, lo supimos cuando se produjo el «despertar» y no vimos prudente que Domenico nos acompañara al tanatorio.

—¿Cuándo pasó?, cuando salí de la guardia estaba estable.

—A las tres de la tarde, creo, sus hijas nos avisaron ya de noche y, al ver que nuestro amiguito quería quedarse contigo, aprovechamos y nos vinimos al tanatorio. En una hora vamos a recogerlo, si no te importa.

—No me importa, claro que no, no pasa nada. ¿Él lo sabe? —Lo miró de reojo y Domenico le sonrió.

—Sí, pero ni se inmutó. Matteo opina que, tras años y años de pérdidas, lo de la muerte para él debe ser peccata minuta.

—Ya veo, en fin, lo siento mucho. Manda un abrazo a la familia.

—En tu nombre. Come un poco, mi madre se acordó de que de te encantaban y te preparó un táper enorme con *pappardelle sulla lepre.*

—Es un amor, mil gracias. Luego la llamo. Hasta ahora.

Colgó y prestó atención a Domenico dalle Carceri que se había recostado sobre su almohada con una gracia digna de Cleopatra, o de Henry Cavill, no se podía negar, porque ese chaval lo hacía todo con un estilo y un encanto que quitaba el hipo.

Respiró hondo, sonrió y buscó sus ojos tratando de parecer agradable y relajada, se acercó a la cama y le indicó el cuarto de baño.

—Voy a darme una ducha para espabilarme. Si quieres, después comemos juntos la *pappardelle sulla lepre*. Luego podemos esperar a Tiziana y a Matteo aquí o podemos salir a pasear en coche, también puedo llevarte a ver a Luciana. Lo que tú quieras, la verdad es que tengo la noche libre.

—Lo que quiero es hacer el amor contigo, Chiara.

—Eso no va a pasar. Voy a vestirme.

—Eh… *il mio grande amore*.

Saltó para interponerse entre ella y el cuarto de baño, y se inclinó para mirarla de cerca, sin tocarla, pero envolviéndola entera con esa presencia arrolladora que tenía. Ella dio un paso atrás y frunció el ceño cruzándose de brazos.

—No voy a acostarme contigo, Domenico, ya te dije que somos amigos y como buenos amigos…

—Me besaste.

—No me dejaste muchas alternativas.

—Y te gustó.

—Claro, a nadie le amarga un dulce.

—¿Cómo dices?

—Nada, que estuvo muy bien, pero no se va a repetir.

—Yo te amo y sé que tú me deseas.

—Domenico, eres un sol y me gustas mucho, pero el sexo no es una buena idea.

—Mi deseo por ti es como una tormenta, Chiara, ya no puedo contenerlo, ni apaciguarlo, ni ignorarlo.

—Eso es precioso, pero…

—¿Aún no has entregado tu virtud?

—¿Qué virtud? —Tardó un segundo en entender que se estaba refiriendo a su virginidad y sin querer se echó a reír—. No, cariño, ese barco zarpó hace tiempo, perdí mi virginidad a los dieciséis años en California, con un noviete de un campamento de verano.

—Ojalá yo hubiese sido el primero.

Se quedó quieta, mirándolo con la boca abierta, contando hasta diez, porque enredarse en rebatir semejante comentario iba a ser inútil siendo él quién era y viniendo de donde venía, y optó por sonreír, estirar la mano y acariciarle el brazo con cariño.

—Bueno, voy a darme una duchita rápida para despejarme un poco y después probamos la *pappardelle sulla lepre*, aunque si tienes hambre, puedes ir cenando. La madre de Tiziana cocina de maravilla y…

Dio un paso hacia el cuarto de baño y él la sujetó por la muñeca, desencadenando una explosión de energía por todo su cuerpo, de norte a sur y de este a oeste, haciendo incluso que diera un respingo de placer y soltara un pequeño suspiro.

—Ven conmigo, *il mio grande amore*. Deja ya de resistirte y déjame habitar dentro de ti.

Se la llevó de vuelta a la cama como hipnotizada, él se sentó y la acomodó entre sus piernas sujetándola por las caderas, inclinó la cabeza y le lamió el ombligo, restregó la nariz contra su abdomen y comenzó a subir lentamente la lengua caliente hacia sus pechos. Chiara gimió, alzó una mano y enredó los dedos entre sus rizos suaves y oscuros, tal como había fantaseado cuando había visto al *David* de Miguel Ángel por primera vez de cerca. Cerró los ojos y lo acurrucó contra su pecho muy fuerte, sintiendo cómo el mordisqueaba y lamía sus pezones, y acabó envolviéndolo con sus muslos para empujarlo sobre la cama hasta dejarlo boca arriba, dispuesto e indefenso para lanzarse a besarlo como una desesperada.

—Te amo, doctora Laso de la Vega, te amo desde la primera vez que te vi —masculló sobre su boca, la hizo girar y se le puso encima mirándola a los ojos, y sonrió, sonrió acariciando la humedad entre sus piernas; le sujetó las caderas con cuidado, cerró los ojos y la penetró con un rugido que retumbó en toda la habitación.

—Domenico… Domenico… Domenico…

Suplicó ella una y otra vez pensando en que se iba a desmayar o a morir allí mismo si no bajaba el ritmo, pero él no le hizo caso y siguió embistiéndola con furia y vehemencia, y mucha pericia, provocando que tuviera un orgasmo salvaje a los pocos minutos, y otro igual de bestial casi enseguida, que la hizo gritar y aferrarse a él con brazos y piernas, respirando con dificultad, hasta que sintió cómo eyaculaba y se relajaba inmovilizándola debajo de su enorme, espectacular y oloroso cuerpo.

—Preciosa —le dijo cuando al fin la liberó y se le puso al lado para mirarla a los ojos y

acariciarle la cara.

Ella tragó saliva y miró al techo para no perder la poca cordura que le quedaba dentro de esos ojazos tan azules que tenía.

—¿Qué pasa?, ¿estás bien?, ¿te he hecho daño?

—No me has hecho daño, ha sido fantástico.

—Entonces, ¿pasa algo?

—No, Domenico, es que… sigo pensando que esto no es una buena idea. —Saltó de la cama para sacar ropa limpia del armario y él se sentó para seguirla con los ojos.

—Estar contigo es único, Chiara, necesito que lo sepas, tú eres *il mio grande amore*. No lo olvides, ni te compares con las demás.

—¿Compararme con las demás?

—Con cualquier otra mujer. Tú eres diferente para mí, yo a ti te amo, estoy enamorado de ti.

—Bueno… —Se restregó la cara y luego movió la cabeza un poco impotente, porque no sabía cómo tratarlo o cómo hablarle para que la entendiera, y al final optó por la verdad—. No me comparo con nadie, yo no soy así, no tienes que preocuparte por eso, ni tienes que decirme esas cosas. No necesito que me hables de amor, de verdad, no hace falta.

—Ojalá fuera una persona libre y dueña de mi destino —le dijo con la voz ronca—. Si yo fuera un hombre normal, te lo juro por Dios, me casaría contigo esta misma noche y te convertiría en la madre de mis hijos. No hay nada, en este momento, que pudiera desear más.

—Madre mía…

El corazón se le hizo un puño y se sintió un poco mal por tratarlo como hubiese tratado a cualquier otro en esas mismas circunstancias, porque, obviamente, él no era como los hombres que había conocido o que llegaría a conocer. Tiró la ropa al suelo y se le acercó para abrazarlo.

—Me importas mucho, Domenico, tanto, que en este momento siento que eres la persona más importante de mi vida. Tú condicionas toda mi existencia desde hace cinco meses, pero…

—No me quieres.

—Claro que te quiero, eres mi amigo y para mí los amigos son lo más valioso que tengo —le sujetó la cara y se la acarició con las dos manos—, pero no pienso enamorarme de ti, porque no quiero morir de amor esperándote, mientras tú entras y sales de mi vida sin fecha, ni orden, ni concierto. No sería justo para ninguno de los dos.

—Si no te encuentro a ti cuando «despierte», si no vas a estar aquí —tocó la cama—, para amarte, entonces no tendré demasiados motivos para volver.

—Claro que habrá motivos, muchísimos, y por mi parte aquí estaré siempre; al menos, hasta que esté bien y no empiece a convertirme en una abuelilla achacosa —bromeó y él se echó a reír —. Así está mejor, me encanta tu risa.

—De acuerdo, pero si te enamoras de otro, lo partiré en dos o lo mandaré a galeras.

—Vale.

Soltó una risa ante la ocurrencia y se apartó para ir a ducharse, pero él la sujetó por la muñeca otra vez, le cogió la mano y le besó la palma con los ojos cerrados; gesto que la conmovió lo suficiente como para sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—*Ti amo, il mio grande amore*.

—¡Chiara!, ¿dónde estás? —gritó Tiziana entrando en el piso.

Chiara saltó y se agachó para recoger su camiseta y ponérsela a toda velocidad. Encontró las braguitas y también se las puso asomándose al salón donde Tiz y Matteo ya estaban dejando sus chaquetas.

—Estoy aquí, acabo de despertar y me voy a duchar.

—Dime que Domenico no ha salido solo.

—No, no, está aquí, se ha dormido también.

—No me he dormido, hemos hecho el amor y ahora tengo un hambre del copón —comentó él con total naturalidad, saliendo de la habitación a medio vestirse, con la camiseta en la mano y descalzo, y le pegó un beso en la frente antes de dirigirse hacia la cocina—. *Salve*, amigos. ¿Queréis cenar con Chiara y conmigo?

Tiz la miró perpleja, con la boca literalmente abierta, y ella le sonrió y se dio la vuelta para meterse en el cuarto de baño.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —masculló.

14

—Mi piso no se convertirá en Casa Maggiore ni yo en Luciana, no te preocupes. El que solo lo insinúes me ofende.

Se detuvo en el portal del doctor Tornabuon y se giró para enfrentar a Tiziana que llevaba al menos media hora dándole la tabarra con Domenico dalle Carceri y esa relación tan peculiar que había establecido con él.

—No pretendo ofenderte. Te quiero, Chiara, solo me preocupo por ti, porque ese tío ya ejerce una influencia extraordinaria sobre todos nosotros, ¿por qué aumentarla convirtiéndote en su novia?

—No soy su novia, por favor…

—Solo os acostáis, lo sé, pero él apenas puede separarse de ti. Lleva «despertando» casi a diario desde hace tres semanas solo para verte y estar contigo. Si fuera un hombre normal, ya le habrías parado los pies por pegajoso.

—El caso es que no es nada normal, ¿no? —Resopló, observando como ella abría la puerta del edificio y la invitaba a entrar—. Solo es una etapa, Tiz, una novedad para él y para mí, y no hacemos daño a nadie.

—Una novedad para él no es, en los archivos de los custodios se nombra a varias mujeres con las que Domenico ha interactuado y establecido vínculos sentimentales a lo largo de los años. Él necesita sentirse enamorado y mantener relaciones sexuales, y se busca compañeras dispuestas a…

—Lo sé —la interrumpió—, pero ninguna de esas compañeras sexuales, ninguna, sabía que él era el *David* de Miguel Ángel.

—De acuerdo, pero…

—Al menos, yo sé qué terreno estoy pisando, a qué me enfrento y por qué. Nadie me está engañando o creando falsas expectativas, supongo que ese plus me protege de alguna manera, y a él también.

—Supongo, pero él ya es bastante intenso en modo normal, en modo enamorado no hay quién lo aguante, y no quiero que te acabe agobiando o perjudicando.

—No lo hará, estoy bien. —Se le acercó y le dio un beso en la mejilla—. Ante todo, somos muy amigos y, de momento, está todo controlado, y si alguna vez deja de estarlo, seré perfectamente capaz de pararlo. Estoy segura, confía en mí.

—En ti confío, en lo que no confío tanto es en que podamos seguir manejando con algo de cordura esta situación incomprensible en la que nos encontramos. ¡Te estás tirando al puñetero *David* de Miguel Ángel, Chiara!, es de locos.

Abrió la puerta del piso de Tornabuon y, en seguida, apareció Matteo para darles la bienvenida y enseñarles las cajas que había conseguido terminar con las pertenencias del doctor.

—Hola, chicas, ¿qué tal estáis? —Se acercó para besar a Tiziana y luego les señaló una carpeta que había sobre la mesa del comedor—. Ya he firmado con el notario, el contrato de alquiler del piso ya está a nuestro nombre, cariño. Sigo alucinando con lo rápido que ha ido todo.

—¿Se trata de un contrato de arrendamiento?, pensé que era un piso en propiedad —preguntó Chiara acercándose a los ordenadores que tenían permanentemente monitorizado al *David* de Miguel Ángel, y Matteo se le puso al lado para observar con ella a la escultura envuelta a esas horas en la penumbra de la noche.

—Pertenece a una fundación que se llama Dalle Carceri, la crearon los custodios hace cien años cuando pudieron comprar esta casa y la convirtieron en su sede social. El piso es de la fundación, pero desde la muerte de Giacomo, hace tres semanas, la gestionamos oficialmente Tiziana y yo, es decir, que es como si fuera de nuestra propiedad. Es muy enrevesado el asunto, pero mi hermano, que es gestor, lo ha revisado todo minuciosamente y dice que está en perfecto estado de revista, que no hay de qué preocuparse.

—Me alegro.

—Y, además, cuenta con unos fondos muy generosos gracias a las donaciones y aportaciones de los propios custodios. Muchos de ellos, los más ricos, legaron mucho dinero a la causa; otros, no tan ricos, asignaron lo que pudieron en sus testamentos, y la mayoría, como Giacomo Tornabuon, simplemente pagaron un alquiler y además fueron haciendo pequeñas aportaciones al fondo común, que es lo que haremos nosotros a partir de ahora.

—El alquiler es de quinientos euros, toda un ganga para estar en este barrio —comentó Tiziana acercándose con una pila de documentos.

—¿Y para qué mantienen un fondo común? Entiendo que el piso es fundamental y necesario para tener al *David* muy cerca y controlado, pero ¿el dinero para qué? —quiso saber Chiara, y Matteo se encogió de hombros.

—Para Domenico, para sus «visitas», sus caprichos, para cualquier imprevisto. También para pagar estudios, investigaciones y pesquisas varias.

—¿Pesquisas?, ¿qué clase de pesquisas? —Los miró a los dos indistintamente y Tiziana dejó su pila de documentos en la mesa y le sonrió.

—Echa un vistazo a todo esto, te va a encantar, son todos los intentos documentados que se han hecho para revertir el estado de Domenico y sacarlo del *David*. Docenas de entrevistas con especialistas de todos los pelajes, dentro y fuera de Italia, algunas anotaciones inéditas de Miguel Ángel hablando sobre alquimia, etc. Se trata de años y años de tanteos, y hay algunos muy interesantes. Los encontramos esta mañana entre las cosas del doctor.

—Hay algunos muy recientes —apuntó Matteo—, se ve que nunca se ha renunciado a la idea de liberarlo.

De pronto, sonaron las alarmas de los ordenadores y los tres se pusieron de pie para ver como el *David* refulgía dentro de la Sala de la Tribuna anunciando el «despertar» inminente de Domenico dalle Carceri.

Se miraron sin ninguna alaraca, porque aquello ya se había convertido casi en una rutina habitual, y salieron de prisa a la calle, entraron por la zona de empleados de la Academia y Chiara caminó por los pasillos ansiosa, con muchas mariposas en el estómago, porque la sola perspectiva de poder verlo le activaba un río de feromonas por todo el cuerpo.

—¡Eh! Hola, forastero —lo saludó entrando por el pasillo de los Esclavos de Miguel Ángel y él, que estaba vistiéndose, la recibió con una sonrisa luminosa en la cara.

—*Salve, il mio grande amore.* —Se le acercó para darle un abrazo muy fuerte y luego un beso arrebatador de los suyos, que tuvieron que interrumpir cuando Tiziana y Matteo se hicieron notar tosiendo.

—¿Qué tal, amigo mío?, has vuelto muy pronto.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Matteo?

—Un día y medio, anoche no viniste, pero antenoche sí.

—Bueno, ya estamos aquí. —Miró a Chiara acariciándole la cara con el pulgar—. ¿Hoy no estás en tu hospital, doctora?

—Tengo turno de tarde. ¿Tienes hambre?

—De ti, siempre, ¿vamos a tu casa, *mio amore*?

—Habíamos pensado en llevarte a cenar a un restaurante de la plaza de la República, te va a encantar —le dijo Tiziana y él asintió—. E ir luego a un club nocturno de esos que quieres conocer.

—Estoy dispuesto —comentó sin mucho entusiasmo, la cogió de la mano y salieron a la calle sin hablar, como si aquel plan no acabara de encajarle, y entonces fue Matteo el que los detuvo en mitad de la acera y les indicó el edificio de Tornabuon.

—También podemos cenar en casa. Ya estamos casi instalados y había preparado *lasagne bastarde* para cenar con las chicas. ¿Te apetece, amigo mío?

—Muchísimo más.

—Genial, y después podemos salir a pasear o a visitar ese club nocturno. —Chiara lo abrazó por la cintura y él le besó la cabeza—. Lo que prefieras, incluso, podemos pasar una noche tranquila en casita.

—No tan tranquila si me dejas estar a solas contigo. —Le guiñó un ojo y ella movió la cabeza riéndose.

Llegaron al edificio de la via Ricasoli en un santiamén, abrieron el portal y subieron a buen ritmo las escaleras hasta la primera planta, esperaron charlando a que Tiz abriera la puerta del piso y, cuando entraron él, se quedó un segundo quieto, observándolo todo con los ojos entornados.

—¿Qué pasa?

—Ya no se parece en nada al antiguo hogar de Giacomo.

—¿Y no te gusta?

—Al contrario, está mucho mejor así. Mientras él vivió aquí, yo odiaba subir a visitarlo.

—¿Y con anterioridad a que él viviera aquí subías mucho? —le preguntó ella siguiéndolo por el salón y él asintió mirando de pasada los ordenadores encendidos.

—Muchas veces con los anteriores custodios, sobre todo, para charlar y tomar vino mientras hablábamos del bastardo aquel y sus maquinaciones.

—¿Una cerveza?

Matteo salió de la cocina y les puso una cerveza en la mano a cada uno. Domenico se bebió la suya de un trago y siguió curioseando los rincones del salón, que los chicos habían desmantelado entero para poner muebles modernos y cortinas nuevas, hasta que se acercó a la mesa del comedor, que estaba repleta de carpetas, y las miró por encima abriéndolas y desplazándolas con el dedo. Se detuvo en una y se giró para buscarla a ella con los ojos.

—¿De qué va esto, *mio amore*?

—No es nada —alcanzó a decir Matteo, pero Chiara se adelantó sujetándolo por el brazo.

—No hay que mentirle, no pienso ocultarle cosas, Matteo —le dijo a su amigo, él asintió, y luego se dirigió a Domenico—. Son estudios y apuntes sobre tus «despertares» y la posibilidad, si existiera, de revertirlos para liberarte de ellos.

—Ah, claro… —Tocó uno de los documentos y lo apartó del resto—. Si eso fuera viable, este debería saber algo.

—¿Quién?

Se acercaron de un salto a la mesa y leyeron el papel que se titulaba Michelangelo Cavalieri, Roma. Se miraron sin entender nada y luego hicieron lo propio con Domenico, que los estaba observando con las manos en los bolsillos.

—¿No sabéis quién es?

—No. ¿Deberíamos?

—Tommaso dei Cavalieri. Aristócrata, dibujante y coleccionista de arte romano. El último gran amor de Miguel Ángel Buo narroti, al que legó muchas cosas, le escribió apasionados poemas de amor y también le contó muchos secretos. Yo no llegué a conocerlo, pero me han hablado en incontables ocasiones sobre él.

—¿Crees que este hombre puede ser un descendiente suyo?

—Lo pone ahí.

Se le acercó, le cogió la mano y la guio hasta el tercer párrafo del documento donde se podía leer claramente: Michelangelo Cavalieri o dei Cavalieri, nacido en 1965. Jesuita y descendiente directo de Tommaso dei Cavalieri (1509/1587), amigo y confidente de Miguel Ángel. Actualmente profesor de Teología Sagrada en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. Estudioso y valedor de un diario y varias hojas sueltas escritas por Miguel Ángel Buonarroti tituladas «Sobre alquimia y artes ocultas para conseguir propósitos extraordinarios». Cita presencial el 16 de marzo del 2020 en Roma.

—Es un informe de Giovanni Greco —comentó Mattia.

—Seguramente no llegaron a verse, una semana antes el gobierno de Conte había confinado toda Italia por el COVID —susurró Chiara leyendo otra vez el párrafo—. ¿A ti Giovanni no te comentó nada sobre este encuentro, Domenico?

—No, solo sé que él murió por culpa de esa peste y que, al fallecer, Giacomo no quiso saber nada más sobre el tema. Él siempre se comportó como un individuo temeroso y desconfiado al

que le asustaba correr el riesgo de cambiar las cosas.

—Una lástima —comentó Mattia.

—Aquí hay un teléfono y un correo electrónico. —Chiara los encontró revisando la otra cara del folio y sacó su iPhone—. Voy a hacerles una foto.

—¿Tampoco te comentó cómo llegó a encontrar a este hombre? —insistió Matteo.

—A través de varios estudios genealógicos o algo así, Giovanni Greco se gastaba mucho dinero en intentar liberarme del *David*. Creo que los últimos años estaba tan obsesionado por mí como lo llegó a estar el bastardo aquel —soltó sin más y Chiara se giró hacia él entre sorprendida y enfadada, porque aquello le pareció horroroso.

Contemplar la idea de que uno de sus custodios, un hombre del que dependía totalmente y con el que debía sentirse seguro, había llegado, tal vez, a acosarlo o a incomodarlo —sobre todo sabiendo lo que había padecido por culpa de Miguel Ángel Buonarroti—, le hizo hervir literalmente la sangre y quiso prender fuego a la casa.

Parpadeó indignada e hizo amago de soltar un rosario de improperios contra el tal Giovanni Greco, pero antes de decir ni mu, Tiz se asomó al pasillo para llamarlos a cenar y los dos se miraron y se fueron hacia la cocina dejándola sola y con la palabra en la boca en medio del salón.

—Muy bonito —masculló, devolviendo los documentos a sus respectivas carpetas.

—¿Chiara? —preguntó Domenico regresando sobre sus pasos y ella lo miró.

—¿Qué?

—*Andiamo!*

15

Estar con Domenico dalle Carceri era como vivir en una montaña rusa, si te gustaban las montañas rusas.

Esa mezcla de emoción, desasosiego, vértigo, miedo y placer que te hacían sentir viva y que querías repetir una y otra vez de forma completamente irracional, porque sabías que, al final, ibas a terminar mareada y algo maltrecha.

«Sarna con gusto no pica», decía su abuela Lola, y qué razón tenía. No había nada mejor que disfrutar del riesgo, que vivir en el filo de la navaja porque aquello te ponía a prueba y te mantenía alerta y en forma. Así se sentía ella con Domenico dalle Carceri, el mayor y más grande desafío al que se había enfrentado nunca. Un amante ardiente y exigente que, además, era divertido, interesante, misterioso y tan, tan irresistible, tan sincero y dulce que la tenía completamente embriagada de pasión y frenesí.

Una sensación maravillosa que la había transformado tanto, que ya no era capaz de pensar en el futuro, ni siquiera en el mañana, ni de planificar ni de cumplir objetivos. Ya nada de eso le importaba y su vida se había convertido, de repente, en un presente continuo, intenso, que pensaba estrujar hasta que se terminara o se desvaneciera o pasara lo que tuviera que pasar.

Sinceramente, le daba igual.

Llegó con Tiziana a Roma Termini mirando la hora y sacó el teléfono móvil para llamar a su madre y avisarle que ya estaban en la ciudad, que todo iba bien y que se iban directas a su reunión en la Universidad Lateranense.

—Hola, mamá, ya estamos aquí.

—¿Qué tal en el tren?

—Fenomenal, una hora y media que nos vino de perlas para descansar. ¿Comemos juntas en casa?

—Sí, me he pedido la tarde libre para veros y charlar tranquilas. ¿A qué hora os marcháis mañana?

—A las diez de la mañana, es una pena, pero no podré quedarme más tiempo.

—No pasa nada, luego os vemos. Suerte en la reunión, *zuccherina.*

—Gracias, hasta ahora. —Le colgó y levantó una mano para llamar a un taxi—. Nos esperan a comer, pero si te apetece hacer otra cosa, Tiz, no te preocupes, tú a lo tuyo.

—Me apetece mucho ver a Chiara y a Natalia, luego podemos dar una vuelta por Roma, ¿no?

—Claro, mira, este nos para.

Al fin se detuvo un taxi y se montaron pidiendo que las llevara hasta la piazza San Giovanni in Laterano, a la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, donde esa mañana las esperaba

Michelangelo Cavalieri, el descendiente directo de Tommaso dei Cavalieri que había localizado Giovanni Greco.

Se suponía que el profesor Cavalieri podría darles alguna pista sobre los «despertares» de Domenico o, en su defecto, al menos enseñarles los documentos escritos de puño y letra por Miguel Ángel Buonarroti donde hablaba de alquimia y en los que ellos, Tiziana, Matteo y ella misma, tenían puestas todas sus esperanzas para poder entender mejor el misterioso fenómeno que afectaba a Domenico dalle Carceri y, con algo de suerte, ¿por qué no?, conseguir liberarlo del mismo.

Aquello era una utopía, por supuesto, una idea absurda desde todo punto de vista racional y científico, pero como lo que le pasaba a su amigo del Renacimiento poco tenía de racional y científico, los tres estaban dispuestos, al menos, a intentarlo, a intentar ver los documentos que se titulaban *Sobre alquimia y artes ocultas para conseguir propósitos extraordinarios* y, a partir de ahí, sacar sus propias conclusiones.

La pura verdad era que en cuanto se habían enterado de la existencia del diario y de esos papeles, a ella la cabeza le había hecho un clic y ya no había podido parar hasta conseguir contactar directamente con Michelangelo Cavalieri. Un sacerdote jesuita experto en Teología, bastante más agradable y simpático de lo que se había imaginado en un principio, que, tras explicarle que Tiziana era una de las conservadoras de La Galería de la Academia de Florencia y que las dos estaban preparando un ensayo sobre Miguel Ángel y la alquimia —una mentira como una casa que él se había tragado enterita— había accedido amablemente a recibirlas en su despacho de Roma.

Desde luego, habían tenido muchísima suerte localizándolo y ahí estaban, en Roma, dispuestas a todo tras cuatro noches sin noticias de Domenico dalle Carceri.

Su ausencia, al contrario de lo que se podía esperar por lo bien que se lo pasaban juntos, era tranquilizadora, porque después de dos meses «despertando» casi a diario, él les había anunciado hacía una semana que empezaba a sentirse agotado y confuso, y aquella confesión los había dejado completamente fuera de juego. Más bien, los había dejado perplejos y aterrorizados porque no sabían cómo ayudarlo o qué consecuencias podría acarrear aquello; una especie de fatiga general que él aseguraba haber padecido solo una vez en el pasado, concretamente en 1874, un año después de su traslado a la Sala de la Tribuna de la Academia de Florencia, cuando había experimentado su primer «despertar» y la euforia lo había mantenido «despierto» cada noche durante más de un mes.

—¿Qué recuerdas de la primera vez que volviste a ser de carne y hueso? —le había preguntado la última vez que habían estado juntos, después de hacer el amor mientras lo acurrucaba contra su pecho y le acariciaba el pelo, intentando encontrar alguna pista sobre su repentino cansancio, y él se había tomado unos cuantos minutos antes de responder con una sonrisa.

—Recuerdo la cara de pavor de Agostino Ponti, el primer custodio que me vio saltar del pedestal, y el hambre que yo tenía y la desesperación de él por no dejarme abandonar el museo.

—¿Tú no te asustaste?

—No, fue como si hubiese estado esperando ese momento toda mi vida y solo quería

aprovecharlo. Luego, cuando empezó a amanecer, le dije a Agostino que era hora de volver a la Academia porque el cuerpo me lo estaba pidiendo a gritos, y eso hicimos. Así se inició el ciclo de despertares.

—Vaya, pobre Agostino.

—Sí, no tenía ninguna información sobre lo que le estaba pasando al *David* de Miguel Ángel, yo tampoco podía ayudarlo, y le costó asimilarlo y gestionarlo, pero lo hizo muy bien. Era un hombre de mente abierta y corazón generoso, fuimos muy amigos y pasó a mi lado más treinta años; después de él, vino su hijo Paolo y así hasta hoy. Te habría gustado mi amigo Agostino, *il mio grande amore*, era una persona tan fuerte y valiente como tú.

—Muchas gracias por lo que me toca.

—No hay de qué, *mia cara*.

—Entonces, ¿esa primera vez llegaste a sentirte igual de agotado y confuso que ahora?, ¿podemos achacarlo a que los «despertares» fueron demasiado sucesivos?

—Puede ser, pero hora no quiero seguir hablando. —Se le había puesto encima otra vez para besarla y «amarla» como lo llamaba él, y ella lo había contenido sujetándole la cara.

—Escucha, Domenico, ¿me dejarías hacerte un análisis de sangre y otras pruebas? Llevo días pensando en que sería muy interesante hacer un seguimiento de tu estado de salud y valorar las posibles consecuencias físicas que acarrea todo este proceso en tu organismo, a lo mejor así puedo ayudarte a que te sientas mejor o… ¿Domenico?

No la había dejado ni terminar la frase, se había levantado de la cama y había desaparecido dando un portazo. Ni las explicaciones sobre su buena intención, ni sus disculpas posteriores le habían servido de nada, simplemente, como un niño pequeño, le había retirado la palabra y había querido volver a la Academia solo con Matteo.

Desde entonces, cuatro noches ya, no había vuelto a «despertar», lo que había venido a ratificar la teoría de Tiziana de que la periodicidad de sus «despertares» estaba directamente relacionada con su nivel de motivación o interés; en resumen, con su estado de ánimo. Lo que a ella la había llevado a concluir que el dichoso «despertar» no era tan involuntario como él decía o creía, sino que tenía un componente emocional clarísimo que, de alguna manera, Domenico dalle Carceri manejaba y dirigía a su antojo.

—¿Chiara?… ¡Chiara! —la llamó Tiziana sacándola de su ensimismamiento y se bajó del taxi notando que ya hacía calor en Roma a primeros del mes de mayo, se sacó la chaqueta y caminó en silencio con su amiga hacia el edificio principal de la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, donde las estaba esperando un chico joven, vestido con traje oscuro y alzacuellos.

—¿Doctora Strozzi, doctora Laso de la Vega?

—Sí, somos nosotras.

—Buenos días, bienvenidas a Roma. Soy Mario Salvatore, el asistente del profesor Cavalieri. Hemos intercambiado algún que otro correo electrónico.

—Claro, padre Salvatore, ¿cómo está?

—Llámenme Mario, por favor. ¿Me acompañan? El profesor ya ha terminado su última tutoría y las espera en su despacho.

Ellas asintieron y lo siguieron oyendo sus comentarios sobre el edificio, algún cuadro o su biblioteca, que las invitó a visitar antes de marcharse porque era el gran orgullo de la universidad, hasta que llegaron al despacho de Michelangelo Cavalieri y las hizo pasar cerrando la puerta a sus espaldas.

—Mis queridas doctoras, al fin nos vemos.

Michelangelo Cavalieri, ese sacerdote jesuita de cincuenta y siete años, experto en Teología y profesor de una de las universidades católicas más prestigiosas del mundo, apareció por una puerta lateral en mangas de camisa y con aspecto de acabar de volver de las Bahamas. Se les acercó muy sonriente y les estrechó la mano con vigor, provocando una simpatía instantánea en Chiara, que solía clasificar a la gente por su modo de mirarte a los ojos y de darte la mano.

—Muchísimas gracias por recibirnos, profesor, no le quitaremos demasiado tiempo.

—Estupendo, porque me esperan para jugar al golf dentro de una hora. Tomad asiento, por favor, y vayamos al grano.

—Como sabrá, Chiara y yo estamos intentando acceder al contenido del diario y de los documentos que Miguel Ángel Buonarroti legó a su antepasado Tommaso dei Cavalieri. Según el archivo del ministerio de Cultura, y de otros organismos como los Museos Vaticanos o la Galería Uffizi, siguen en poder de su familia y…

—Sí, en propiedad pertenecen a mi familia, pero imaginarán que nos los tengo aquí. —Les sonrió señalándoles sus librerías y las dos se miraron de soslayo—. Se encuentran en una caja fuerte, con las condiciones óptimas de luz y temperatura que requieren, dentro de las instalaciones de los Museos Vaticanos.

—Eso lo dábamos por hecho, pero…

—¿Y podríamos acceder a ellos en los Museos Vaticanos? —Chiara interrumpió a Tiziana y Cavalieri le clavó sus ojos grises.

—¿Qué hace una médica de urgencias interesada en un diario y en unos papeles de Miguel Ángel Buonarroti? Si me permite la pregunta, doctora Laso de la Vega.

—Tiziana y yo somos amigas desde niñas y hemos decidido aunar nuestros conocimientos, ella como experta en arte y yo como médica, para escribir un ensayo sobre la relación que tuvo Miguel Ángel con la anatomía, la medicina, la alquimia y…

—Entiendo… —la interrumpió, juntando las manos delante de su nariz para observarla por encima de sus gafas—. Se imaginarán que hemos investigado a fondo sus trayectorias académicas y profesionales, me interesa saber quién y por qué contacta conmigo para preguntarme por el legado más importante y valioso de mi familia. Un legado del que muy pocas personas tienen conocimiento, por cierto. No es nada personal, es simple rutina. Lo comprenden, ¿no?

—Por supuesto.

—Sus motivaciones me cuadran, al fin y al cabo, la doctora Strozzi es experta en Miguel Ángel y en su *David*. Todos hablan muy bien de usted en la Galería de la Academia de Florencia, doctora.

—Muchas gracias.

—Lo de la doctora Laso de la Vega me cuesta más entenderlo, pero si usted la avala, a mí me vale.

—Lógicamente, la avalo, por eso estamos las dos aquí.

—Muy bien. —Se inclinó, abrió uno de los cajones de su escritorio con una llave antigua y sacó un sobre de papel de estraza—. Aquí hay copias de algunas páginas del diario de Miguel Ángel y de los siete folios de su tratado titulado *Sobre alquimia y artes ocultas para conseguir propósitos extraordinarios*, que supongo que es lo que de verdad les interesa.

—Bueno, nos interesa todo —susurró Chiara y él la dejó muda mirándola muy serio.

—Se usaron escáneres de alta resolución para hacer copias del diario y los documentos, se digitalizaron y mi ayudante ha impreso lo que están buscando. Espero que hagan un buen uso de este material o se las verán conmigo y mis abogados. —Les sonrió otra vez y ellas le devolvieron la sonrisa—. Muy bien, pero antes de seguir, una última e importante pregunta.

Dejó el sobre encima del escritorio, al alcance de su mano, pero Chiara no se movió, ni se atrevió a tocarlo, observando cómo el profesor Cavalieri se ponía de pie y caminaba a su alrededor con las manos a la espalda.

—¿Cuál es el vínculo que las une a Giovanni Greco?

—Ambos trabajamos en la Galería de la Academia de Florencia —se apresuró a responder Tiziana y él soltó una carcajada.

—Buena respuesta, se la voy a dar por correcta, doctora Strozzi, aunque los tres sabemos que hay mucho más detrás de este interés súbito, de dos expertos de la Academia de Florencia, por los papeles que Miguel Ángel Buonarroti legó a mi antepasado.

—No sé a qué se refiere, en la Academia estamos continuamente ampliando estudios sobre Miguel Ángel, es bastante normal que el doctor Greco y yo contactáramos con usted.

—Desde el año 1564, que fue cuando Tommaso dei Cavalieri heredó los documentos y el diario, ni media docena de expertos o doctores en arte habían mostrado interés alguno por ver el material inédito, básicamente, porque muy pocas personas fuera de la familia saben de su existencia, y en los últimos tres años, han aparecido dos de Florencia, usted y Greco, solicitando consultarlos. Es llamativo, ¿no cree?, pero, en fin, a lo mejor, como dicen mis alumnos: son «paranoias» mías.

—No sé qué decirle, profesor.

—Está bien. —Miró la hora—. Allí tienen sus copias, cójanlas y, como he dicho antes, espero que hagan un buen uso de ellas. Contienen material sensible y que podría perjudicar la imagen del artista más grande del Renacimiento, con permiso de Leonardo Da Vinci.

—Por supuesto, muchas gracias.

Chiara se puso de pie de un salto, cogió el sobre y lo abrazó contra su pecho a la par que Tiziana se acercaba al profesor para despedirse con otro apretón de manos.

—Muchísimas gracias por su valiosa ayuda, profesor Cavalieri, le estaremos eternamente agradecidas.

—Quiero leer ese ensayo cuando esté terminado.

—Con mucho gusto se lo enviaremos.

—Las acompaño.

Cogió su chaqueta y se la puso para salir con ellas al pasillo. Tiziana se le acercó para apretarle el brazo con una sonrisita nerviosa, y luego siguieron al profesor escaleras abajo hasta la entrada principal, que fue cuando él se detuvo y las miró indistintamente a los ojos.

—Hay una leyenda que se cuenta en mi familia, una que ha perdurado a lo largo de casi seis siglos, y que habla de que Miguel Ángel Buonarroti gracias a estas anotaciones —les señaló el sobre de estraza—, consiguió atrapar a un amante díscolo dentro de una de sus obras maestras.

—¿Cómo dice?

—Al parecer, el chico, que era tan hermoso como arrogante, lo rechazó y humilló públicamente, y eso provocó la furia desatada de Buonarroti. Sus alquimistas florentinos de confianza le diseñaron entonces un poderoso conjuro y él se vengó de su precioso adonis condenándolo a vivir eternamente dentro de una de sus esculturas, seguramente dentro del *David*. El hechizo tuvo éxito, pero Miguel Ángel, pasados los meses, se arrepintió de su canallada y quiso liberarlo, sin embargo, no pudo hacerlo. Desgraciadamente, no existe un antídoto para anular aquella maldición y, según se cuenta, el adonis aún permanece encerrado, aunque cobra vida de vez en cuando, solo algunas noches cada muchos años, para recorrer las calles de Florencia hasta el amanecer.

—Caramba… —soltó Chiara tragando saliva, estiró la mano y cogió la de Tiziana, que se había puesto blanca como la cera—. Es una leyenda trágica pero preciosa.

—No hay antídoto, ni hechizo, ni encantamiento que valga —continuó Cavalieri con total naturalidad—, pero sí existe otra fórmula efectiva para romper la maldición. No es mágica, ni sutil, pero es lo que yo haría si quisiera liberar al pobre adonis de su cárcel de mármol.

—¿Qué haría? —le preguntó directamente y Cavalieri se le acercó y le puso su elegante mano sobre el antebrazo.

—Primero, esperar a que vuelva a la vida, por supuesto, y luego, al amanecer, cuando su aventura por Florencia estuviera a punto de acabar, sugerirle no regresar a su escultura, doctora Laso de la Vega. Si no vuelve, la obra de arte desaparecerá para siempre, que es una buena forma de vengarse de Miguel Ángel por su ignominia, y, por otra parte, él recuperaría, al fin, su libertad.

—¿Da por hecho que cuando el adonis, como usted lo llama, sale de la escultura esta se desvanece?

—¿Acaso no es así? —preguntó sin ningún interés por escuchar su respuesta, dio un paso atrás y respiró hondo—. Debería irme, señoritas, ha sido un placer conocerlas.

Les sonrió ejecutando una pequeña reverencia y luego les dio la espalda para salir a la calle con seguridad y elegancia. Se subió a un coche negro que lo estaba esperando y desapareció.

16

—¿De dónde sale tanta gente?

Se preguntó saliendo del edificio de Tiz y Matteo, encontrándose de bruces con muchísimos turistas que seguían abarrotando la Via Ricasoli, aunque ya eran las siete y media de la tarde. La Galería de la Academia de Florencia, uno de los museos más visitados de Italia, y del mundo entero, cerraba sus puertas a las dieciocho con cincuenta, pero no lograba vaciar sus salas hasta mucho más tarde y, después, encima, sus visitantes se quedaban de charleta en sus inmediaciones copándolo absolutamente todo.

Esquivó a la animada multitud, que se comunicaba preferentemente en inglés y español, y caminó hacia la esquina a su derecha, hacia la piazza delle Belle Arti, para sentarse en uno de sus banquitos a esperar que el museo se quedara tranquilo y solitario, que llegaran los vigilantes de noche con los que se llevaba muy bien, y así poder entrar a hablar serenamente con Domenico dalle Carceri, porque necesitaba decirle unas cuantas cosas, aunque él no se dignara a «despertar» y a bajar de su podio.

Se restregó la cara con las dos manos y tomó una bocanada de aire observando como un par de chicos italianos, muy guapos, intentaban ligar con unas turistas estadounidenses muy risueñas. Ellas no hacían otra cosa más que reírse y darse codazos mientras el par de florentinos les decían piropos en un inglés regular, pero con mucha gracia, y no pudo evitar preguntarse cómo era su existencia antes de llegar a ese punto exacto de su vida, es decir, antes de ir a Florencia para celebrar su cumpleaños con Tiziana y acabar conociendo al *David* de Miguel Ángel.

Miró al cielo y no pudo recordar apenas nada, salvo que había regresado de Pakistán destrozada tras la muerte de María Ángeles Urrutia, aunque ya no le dolía, y que había pasado una temporada muy mala en Roma, en casa de sus madres, mientras intentaba recuperarse y reorganizar su vida desde cero.

Era consciente de que había hecho muchas cosas interesantes a lo largo de sus treinta años, porque desde bien pequeña había andado de la Ceca a la Meca, primero, con sus padres y, luego, con Chiara y Natalia; que había vivido en diferentes países, estudiado en diferentes idiomas y trabajado en muchas cosas hasta llegar a ser médica de urgencias, pero todo aquello le parecía irrelevante al lado de sus últimos siete meses en Florencia. Los siete meses de Domenico dalle Carceri.

Él había lo había monopolizado todo desde el primer día, su vida y también la de Tiziana y Matteo, y no sabía si aquello alguna vez moderaría la intensidad o los liberaría un poco, porque empezaba a ser abrumador.

Por supuesto, era extraordinariamente maravilloso ser partícipe de sus «despertares», de esa experiencia única y valiosísima de verlo salir del *David* de Miguel Ángel para convertirse en un

arrollador y adorable hombre de carne y hueso, pero el precio que estaban pagando por semejante espectáculo era altísimo, ya que, desde que había entrado en su universo, vivían tan atrapados como él dentro de la Academia. Ya no podían hacer nada más que esperarlo. Ya no tenían libertad de movimientos ni de des conexión ni posibilidad de alejarse de él o de viajar sin sentirse culpables, y eso empezaba a preocuparla seriamente.

Una muestra de aquella inevitable dependencia había sido el drama que había surgido por culpa de su viaje a Roma para hablar con el profesor Michelangelo Cavalieri.

Reunirse con Cavalieri les había regalado un momento sublime, no solo porque les había cedido varias copias de los documentos que necesitaban de Miguel Ángel Buonarroti, sino, porque, principalmente, les había confirmado de una forma muy poética que tanto él como su familia eran conscientes de la existencia de Domenico dalle Carceri. Aquello había sido impagable y habían salido de la Pontificia Universidad Lateranense flotando, muy contentas. Sin embargo, todo había quedado empañado cuando Domenico había «despertado» unas horas más tarde en Florencia y, al no encontrarla esperándolo, había montado el mayor escándalo de la historia.

Su única noche en Roma y Matteo las había interrumpido en medio de la cena para contarles el nuevo «despertar» y anunciarles que Domenico, que estaba un poquito nervioso, quería hablar con ella por teléfono.

—¡Hola! —lo había saludado muy sorprendida de que quisiera usar un aparato que de normal rechazaba y su respuesta había sido pegarle un par de bufidos que la hicieron levantarse de la mesa donde estaba con sus madres y con Tiziana, para que no oyeran sus gritos y para intentar apaciguarlo—. Eh, eh, tranquilito, que yo a ti no te he gritado nunca. ¿Qué te ocurre, Domenico?

—¡¿Por qué no estás aquí?!

—Tiziana y yo hemos venido a Roma para reunirnos con Michelangelo Cavalieri, te lo comentamos…

—¡Ven aquí inmediatamente!, ¡ahora mismo! No sé qué diantres haces tú en Roma con ese hombre.

—Lo hemos visto esta mañana y ha sido muy interesante.

—¡Ven ahora mismo he dicho!

—¿Perdona?, pero ¿tú con quién te crees que está hablando?

—Contigo, que eres mía, estás para mí y tienes que estar aquí, esperándome, no en Roma perdiendo el tiempo.

—Discúlpame, Domenico, pero no voy a seguir hablando contigo. Yo no soy de tu propiedad, soy tu amiga y te quiero, pero a mí en ese tono no me habla ni Dios. ¿Entendido?

—Perfecto, entonces Matteo y yo nos vamos a Casa Maggiore. Seguro que Luciana está donde tiene que estar.

—¿Lo que quieres es sexo?, ¿eso es lo que me quieres decir? Pues adelante, chaval, tú haz lo que quieras, pero a mí no me vuelves a chillar y, por supuesto, a partir de ahora no me vuelves a tocar. ¡¿Entendido?! Adiós.

Le había colgado con el pulso a mil y un poco mareada por el disgusto, pero lo peor se lo había

llevado el pobre Matteo, que había tenido que soportar sus arranques de ira, que habían empezado por destrozar su teléfono móvil contra la pared y habían acabado tirándolo todo por los aires, incluidos libros, papeles, una televisión de plasma y un ordenador.

Después del berrinche, completamente desmesurado, se había echado a llorar, les había contado al día siguiente Matteo, y le había tocado consolarlo y prepararle una cena, y beber con él hasta el alba, cuando se lo había llevado a la Academia triste y desolado, jurando entre dientes que no volvería a «despertar». No, al menos, hasta que pasaran muchos años y ella hubiese desaparecido de la faz de la tierra.

Así estaban las cosas, pero no pensaba dejarlo correr.

Después de cuatro semanas esperando a que «despertara», viendo cómo Tiziana y Matteo empezaban a desesperarse y a dar por hecho que igual no volvían a verlo hasta dentro de una década o dos, había decidido entrar en la Sala de La Tribuna para cantarle las cuarenta, total, no perdía nada, y algo en su interior le decía que él podía oírlos, al menos, de una forma inconsciente. La prueba era que en tres ocasiones había «despertado» cuando se había producido una situación de estrés a su alrededor. Primero, cuando ella se había caído del andamio; segundo, cuando la vigilante nocturna había intentado agredirla; tercero, cuando el doctor Tornabuon había tratado de echarla violentamente del museo.

Contaba con eso, pero, sobre todo, contaba con la potente conexión física, mental y emocional que los unía. Aquella era su arma secreta y esperaba que funcionara y que él diera señales de vida, porque no pensaba resignarse a no verlo más y porque necesitaba hablarle de lo que habían descubierto en los papeles secretos de Miguel Ángel y, por supuesto, todo lo que les había contado Michelangelo Cavalieri en Roma.

—Chiara, ¿qué tal?, hace mucho que no te veíamos por aquí —la saludó Luca, uno de los guardias nocturnos que ya la conocía, viéndola entrar en la zona de empleados de la Academia, y ella se acercó y le entregó el túper que le había traído de regalo.

—Ya ves, he estado muy ocupada. Os he traído una tortilla de patatas.

—¡Madre mía, qué delicia! Muchísimas gracias.

—De nada. Voy a la Sala de la Tribuna, ¿no hay nadie por ahí?

—Nadie, desde que el doctor Tornabuon, que en paz descanse, falleció, ya no viene nadie por aquí. Estarás tranquila.

—Genial, gracias. Luego te veo.

Cruzó las salas a buen paso y entró en la Tribuna viendo al *David* de Miguel Ángel entre las tinieblas de la noche, tan gigantesco y magnífico como siempre, dejó su mochila en el suelo y se puso delante para mirarlo hacia arriba con las manos en las caderas.

—Domenico, estoy aquí. Estaba cabreadísima contigo, pero he vuelto, no solo por mí, también por Tiz y Matteo, que quieren volver a verte. Sé que en el fondo me culpan de tu enfado, pero ¿qué podía hacer? Estaba en Roma y, aunque hubiese querido venir corriendo a estar contigo, a esas horas de la noche hubiese sido imposible conseguir un transporte. El primer tren disponible salía a las seis de la mañana del día siguiente y tarda una hora y media en llegar a Florencia, así que… ¿Domenico?

Se apartó de la escultura y la rodeó para mirar sus ojos, esos inmensos ojos de mármol que, sin embargo, reflejaban perfectamente que eran claritos, en este caso azules, porque Domenico dalle Carceri tenía unos enormes y expresivos ojazos azules, y se fijó en su pelo ensortijado, que cuando tenía vida era suave y oloroso, y deslizó los ojos por su cuello varonil. Ese cuello donde a ella le encantaba acurrucarse cuando lo abrazaba con los ojos cerrados.

Por un momento, se estremeció de amor y de deseo, aceptando que había llegado a enamorarse un poquito de él y que lo deseaba muchísimo. Cada día más y más hasta asustarse, porque no había peor locura que anhelar y suspirar por un imposible, por un tipo único e irrepetible que jamás iba a quedarse con ella y que, encima, iba a condicionar el resto de las relaciones de su vida, porque estaba segura de que, después de él, nadie, nadie, iba a estar a su altura y la iba a hacer sentir como él la hacía sentir, ni la iba a amar o a mirar como él lo había hecho.

Un sollozo la hizo ahogarse y toser, porque no quería echarse a llorar. Nunca había llorado por un tío y no pensaba hacerlo a esas alturas del partido, y menos delante de una escultura de más de cinco metros que ni sentía, ni padecía, ni podía hacer nada por ella.

—¡Joder! —exclamó alejándose para buscar un pañuelo en la mochila, pero no lo encontró y pensó en ir a buscar un poco de papel al cuarto de baño, sin embargo, de repente, un escalofrío le cruzó la columna vertebral de arriba abajo y se quedó quieta, percibiendo la electricidad estática en el ambiente.

Se plantó nuevamente delante del *David* y buscó esa mirada feroz que tenía tratando de captar su atención.

—¡Domenico!, ¡vamos!, ven a hablar conmigo. Necesito verte, por favor…

Nada, ni una señal ni nada parecido. Se fue al cuarto de baño y cogió papel para secarse las lágrimas, regresó a la Sala de la Tribuna más calmada y se sentó a lo indio frente al pedestal, rebuscó en su mochila y sacó unos apuntes.

—Te quería contar que las anotaciones de Miguel Ángel Buonarroti tituladas *Sobre alquimia y artes ocultas para conseguir propósitos extraordinarios*, son prácticamente ilegibles, aunque Matteo y Tiziana están trabajando a fondo con ellas, incluso han contratado a un grafólogo experto en Miguel Ángel. Hasta ahora hemos encontrado que detalla una docena de pasos para hacer conjuros, algo imposible de realizar en este siglo, pero más importante que todo eso es que describe cómo consiguió secuestrarte, drogarte y mantenerle aislado en un sótano del barrio de la Santa Cruz durante muchísimo tiempo. No dice tu nombre, pero es obvio que se trata de ti y que su intención era castigarte por romperle el corazón. A grandes rasgos, reseña sus intenciones hacia ti, pero aún queda mucho por descifrar de esas notas y de sus diarios. Cuando esté todo completo, seguro que nos hacemos una idea más clara y precisa de lo que ocurrió, aunque tú no ibas desencaminado.

Respiró hondo, notando que alguien la estaba observando, se giró hacia el pasillo y vio que Luca andaba por ahí haciendo su ronda. Lo saludó con una mano y él se marchó.

—En Roma también descubrimos que la familia Cavalieri siempre ha sabido lo que hizo Miguel Ángel contigo. Michelangelo Cavalieri nos lo contó como si fuera una leyenda y nos aseguró que Buonarroti se había arrepentido de su venganza y que había intentado liberarte, pero

que no pudo porque no existe antídoto ni conjuro que pueda revertir la maldición. Sin embargo, me aconsejó muy directamente cómo ayudarte a salir del *David*… ¿Domenico?

Se levantó al sentir un leve crujido en el suelo y se movió para rodear la escultura y tratar de oírlo mejor, pero no lo consiguió, y se le puso delante otra vez con las manos en las caderas.

—¿Necesitas que te pida más disculpas? De acuerdo. Mis más sinceras disculpas por no estar presente la última vez y también por sugerirte lo del análisis de sangre y la revisión médica. Matteo me contó que le habías hablado de los pinchazos, las pruebas y las exploraciones a las que te habían sometido algunos custodios de finales del XIX y principios del siglo XX, y creo que tienes toda la razón en rechazar mi propuesta. No volveré a mencionar nada parecido, te doy mi palabra de honor.

Nada, ni una mosca volando. Miró la hora y comprobó que ya eran las diez de la noche, giró oteando el horizonte, porque aquello estaba demasiado silencioso, y empezó a considerar que estaba perdiendo su tiempo y que a lo mejor había llegado el momento de hacer algo que nunca hacía: rendirse.

—¿No vas a «despertar» ni aunque te pida perdón y te diga que me muero por verte porque te echo mucho de menos? ¿No? Perfecto.

Cogió su mochila jurando en arameo, sintiéndose idiota por pretender poner en marcha un prodigio que no había controlado ni siquiera Miguel Ángel Buonarroti, y caminó hacia la salida, pero, al llegar al pasillo de los Esclavos se detuvo, volvió sobre sus pasos y lo señaló con el dedo.

—¡Me tienes harta, Domenico dalle Carceri, no pienso seguir viviendo así! No es justo para nadie, ni racional, ni medianamente normal, así que adiós muy buenas, chaval. Hasta nunca.

Terminó la frase, la tierra se estremeció y el *David* refulgió. Ella sonrió más contenta que sorprendida y se quedó observan do el prodigioso «despertar» con los ojos abiertos como platos. Cruzó una mirada con el coloso, antes de que él saltara del pedestal, y permaneció quieta hasta que Domenico se hizo visible y se le acercó furioso.

—¡¿Qué haces tú aquí, doctora Laso de la Vega?!

—Creo que he conseguido «despertarte».

—Eso es absurdo, no seas ingenua y mucho menos arrogante, muchacha.

—Bueno, lo que tú digas. Yo he venido para hablar contigo y suplicarte que despertaras y aquí estás, tómatelo como quieras.

—¿Suplicarme?, no he oído ninguna súplica.

—O sea, ¿que algo oyes?

—Es una forma de hablar y no necesito de súplicas, quiero que me pidas perdón por abandonarme.

—Te lo he pedido antes, pero no pasa nada, lo hago otra vez: lo siento muchísimo, Domenico. Aunque yo no te abandoné, solo me fui un día de viaje.

—No me sirve, es obvio que no eres consciente del daño que me has infringido.

—Tampoco maté a nadie, no exageres, solo…

—Solo, nada. Yo te he dado mi amor, mi corazón, mi cuerpo, toda mi atención y tú, mujer —la

miró de arriba abajo tratando de parecer despectivo, pero ella ni se inmutó—, tú no me amas y me torturas con tu indiferencia. No quiero verte más.

—Muy bien, si es lo que quieres, me iré incluso de Florencia, pero esta noche no, porque solo estoy yo. Matteo y Tiziana han tenido que ir a Bolonia.

—¿Has llorado? —Se le acercó para escrutar su cara y ella dio un paso atrás—. ¿Por mí?

—Un poco.

—Me complace saber que al menos tienes algún sentimiento.

—¿Por qué no te vistes y nos vamos a cenar y a pasear en coche? —le dijo ignorando el comentario, porque no pensaba defenderse, y él entornó los ojos.

—No, no me voy a mover de aquí, no, hasta que reconozcas que me quieres y me deseas tanto como yo a ti, *il mio grande amore*.

Estiró la mano y la sujetó por la nuca para pegarla a su cuerpo. Chiara sintió su aliento pegado al suyo y empezó a perder el control de sus actos, percibiendo su piel desnuda y caliente, y su preciosa erección rozándole el abdomen. Bajó la guardia y se puso de puntillas para besarlo en la boca, pero él apartó la cara sin soltarla.

—Dime lo que sientes por mí.

—Te quiero, Domenico, lo sabes perfectamente.

—Te amo con todo mi ser, *il mio grande amore*. No vuelvas a abandonarme o moriré.

La levantó sin ningún esfuerzo con una mano, la apoyó contra una pared y con la mano libre le subió la falda corta del vestido de verano para arrancarle las braguitas y embestirla sin mediar palabra. La penetró mordiéndole la boca y la lengua, y no paró de besarla hasta que llegaron juntos a un clímax descomunal que los hizo gruñir de placer mirándose a los ojos.

—Quiero vivir dentro de ti, Chiara, siempre, todos los días de aquí a la eternidad.

—Ojalá eso fuera posible, cariño. —Le acarició la cara y volvió a besarlo—. Salgamos de aquí, ¿te parece?

—No, hagamos el amor en todas las salas del museo.

—Otro día, lo prometo.

Lo abrazó muy fuerte y luego lo liberó para que se vistiera y pudieran salir a la calle donde había mucha gente disfrutando de las primeras y cálidas noches del mes de junio. Se mezclaron entre los turistas y los locales besándose y acariciándose como una pareja normal, prácticamente, sin hablar, hasta que llegaron a su coche y se subieron descapotándolo de inmediato para poder deleitarse con la buena temperatura reinante.

—Hay un restaurante precioso en Oltrarno, al otro lado del río, que cierra muy tarde y tiene una comida estupenda. ¿Te apetece ir allí?

—Lo que tú prefieras, *mio amore* —contestó él observando atento como ella ponía en marcha el Austin Mini y salía a la carretera para buscar el puente de San Nicolás.

—¿Tú y yo ya estamos en paz? —le preguntó Chiara estirando la mano para acariciarle la pierna y él se la cogió y le besó la palma con la boca abierta.

—De momento, sí.

—¿De momento? —Se echó a reír y él le guiñó un ojo.

—Mientras no te vayas y me dejes solo otra vez.

—Madre mía, no te dejé solo, estaba Matteo.

—Matteo es un gran amigo, pero no lo necesito como te necesito a ti. Tú eres *il mio grande amore,* Chiara Laso de la Vega.

—Bueno, hace una noche preciosa y no vamos a malgastarla discutiendo. ¿Vale?

—De acuerdo. —Deslizó la mano por debajo de la falda de su vestido y ella se la apartó.

—No me distraigas, que estoy conduciendo.

—Adoro tus piernas, tu piel suave, tu perfume y estos vestiditos indecentes que usáis las muchachas de hoy en día.

Se detuvo en un semáforo, se giró hacia él y le dio un empujón en el hombro antes de cogerle la cara y pegarle un beso en la boca.

—Paso de ti porque vienes del Cinquecento y tengo que contarte cosas más importantes. —Aceleró otra vez y él apoyó el cuello en el respaldo de su asiento—. Tuvimos una charla muy interesante con Michelangelo Cavalieri en Roma, te lo he explicado todo antes, cuando intentaba que «despertaras», y te lo volveré a explicar con detalle más tarde, si quieres, pero…

—No me interesa nada.

—De acuerdo, pero, al menos, quiero que sepas que lo más importante que sacamos de la entrevista es que, según parece, su familia conocía perfectamente tu historia y lo que Miguel Ángel te había hecho.

—Por supuesto que lo sabían, estoy seguro de que el bastardo aquel se lo contó todo a su amiguito Tommaso dei Cavalieri. Sería para aliviar su conciencia. Siempre fue un pecador timorato y vivió en el miedo y la culpa toda su vida. Necesitaría desahogarse con Dei Cavalieri para justificarse y sentirse mejor, y él, por el mismo motivo, se lo acabaría compartiendo a su rica y piadosa familia.

—También nos dijo que Miguel Ángel se había arrepentido de sus actos y había intentado liberarte.

—Dudo mucho que se arrepintiera de algo.

—Bueno, eso nos aseguró y se trata de recabar información para…

—¿Entre los papeles y el diario encontrasteis alguna fórmula para liberarme? —la interrumpió buscando sus ojos y ella negó con la cabeza.

—Me temo que aún no, pero estamos en ello.

—No hallaréis nada, Chiara, estáis perdiendo el tiempo.

—No obstante, Cavalieri me dio un consejo muy concreto con respecto a tu liberación.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Vamos, *il mio grande amore,* dime qué te aconsejó el tal Cavalieri.

—Me sugirió que la solución es que no vuelvas a la escultura, que la forma más sencilla de liberarte de la maldición es no regresando al *David*. Según él, no solo conseguirías de ese modo tu libertad, sino que además te vengarías de Miguel Ángel haciendo desaparecer una de sus grandes obras maestras para siempre.

—Ja… —soltó una risa—. ¿Vosotros creéis que no he pensado en eso durante estos últimos ciento cincuenta años?

—Imagino que lo has pensado, lo que no sé es qué te ha impedido a hacerlo.

—¿Qué me ha impedido hacerlo? —Respiró hondo—. El arte, la cultura, el Renacimiento, los millones de seres humanos que lo han visto y se han emocionado con el *David*. Los que sueñan con venir a verlo a la Galería de la Academia de Florencia, aunque solo sea vez en su vida. Los que han encontrado inspiración y motivo de gozo contemplándolo. Los que escriben libros, música y crean más arte gracias a lo que él les ha despertado en el corazón. Los que lo aman y veneran, los que lo respetan y mitifican. Los que lo estudian y lo siguen perpetuando. Y Florencia, mi hermosa ciudad, porque el *David* representa y representará, siempre, el valor inquebrantable y el espíritu de lucha del pueblo florentino.

Chiara detuvo el coche en un paso de peatones con lágrimas en los ojos y lo miró con una sonrisa, sintiéndose tan orgullosa de él, tanto, que no pudo expresarlo con palabras. Domenico se le acercó y la besó acariciándole la cara.

—Tú eres *il mio grande amore*, mi preciosa Chiara Laso de la Vega, y ni siquiera por ti lo haría. Ni siquiera por ti privaría al mundo de la grandeza del *David* y, mucho menos, en beneficio propio o para vengarme del bastardo indigno que truncó mi destino. Yo jamás haría nada que pudiera perjudicar o hacer desaparecer la obra de Miguel Ángel, porque mi único deber es protegerla…

Antes de que acabara la frase, el sonido de un claxon los sobresaltó y Chiara miró por el espejo retrovisor sin ver nada, ningún coche, giró la cabeza hacia Domenico y entonces lo vio: unos focos enormes acercándose a toda velocidad contra ellos. Hizo amago de arrancar su Austin Mini, pero no le dio tiempo y sintió cómo el otro vehículo, que era un autobús, se empotraba contra la puerta del copiloto desplazándolos varios metros, haciéndolos saltar por encima de unos pivotes de cemento que había en la acera.

Estiró la mano para sujetar a Domenico, pero ya no lo encontró y un último golpe seco en la sien, después de varios impactos muy violentos, la cegó y la hizo perder el conocimiento.

—¡Domenico! —gritó en cuanto recuperó la conciencia, no sabía cuánto tiempo después, y lo que se encontró fue a varias personas intentando asistirlos mientras, a lo lejos, se oían las sirenas de las ambulancias acercándose.

—¡No lo mováis!, no lo mováis, por favor.

—Tranquila, tranquila, tesoro, te sacaremos de aquí.

—Domenico… Domenico…

—Cielo ¿me oyes? —La potente luz de una linterna le acribilló las pupilas y ella le dio un manotazo para que la apartaran y la dejaran ver a su amigo—. Cielo, abre los ojos y dime tu nombre.

—Chiara, me llamo Chiara, ¿dónde está Domenico?

—Chiara, mírame, cariño… ¿Chiara?

Alguien, supuso que los bomberos o el personal de emergencias, la liberó del cinturón de seguridad y del volante que se le había incrustado en las costillas, y consiguió mover la cabeza

para localizar a Domenico dalle Carceri, que permanecía tendido en el asfalto con tres sanitarios practicándole una RCP.

Estaba muy grave, era evidente, cubierto de sangre y con una brecha enorme en la cabeza, y sus compañeros de emergencias parecían desesperados. Ella hizo amago de incorporarse para ir a ayudar, pero no pudo y se tuvo que quedar quieta sin poder apenas respirar, pensando en que, a la mañana siguiente, los empleados de la Galería de la Academia de Florencia se encontrarían el pedestal vacío del *David* de Miguel Ángel si no hacía algo por remediarlo.

Hizo otro esfuerzo sobrehumano por moverse y un dolor lacerante en el hombro la paralizó. Debía tener la clavícula y el brazo roto, pensó, pero, aun así, se los sujetó con fuerza e hizo otro intento por levantarse, porque tenía que llevárselo de allí y subirlo a su podio. Una vez que dejara a Domenico en su sitio, en la Sala de la Tribuna, la magia haría el resto y se pondría bien. Solo tenía que pedir un taxi y llevárselo a la Academia. Solo eso.

—Llamad al juez. No se ha podido hacer nada —anunció, de pronto, una de las médicas levantándose y abandonando la maniobra de reanimación.

Ella se puso histérica señalándola con el dedo, ordenándole que volviera a atender a su amigo y restableciera las constantes vitales de una puñetera vez, pero la doctora pareció no oírla y sus compañeros tampoco, y tuvo que ver con horror como uno de ellos sacaba una manta térmica de emergencias, de esas doradas tan livianas, y tapaba la cara y el torso de Domenico dalle Carceri dándolo por muerto.

—¡NO! —gritó con todas sus fuerzas, con un dolor espantoso en el centro del pecho. La vida se le puso en negro y se desmayó.

17

Antes de abrir los ojos, ya supo que estaba en un hospital. Olía a hospital, sonaba a hospital y respiraba como un hospital, con ese pulso tan característico que a ella le era tan familiar y cómodo, tan suyo.

Tragó saliva comprobando que, al menos, no estaba entubada, no en ese momento, aunque sí lo había estado, lo supo sin ninguna duda y abrió los ojos despacito, separando los párpados poco a poco, hasta que la luz le acribilló las pupilas y los volvió a cerrar moviendo involuntariamente un brazo. Un brazo que tenía una vía o dos, no lo supo a ciencia cierta porque en ese preciso instante empezó a recuperar la conciencia, se acordó de Domenico, del accidente de coche que habían tenido y se le cayó el mundo encima.

—¿Chiara? —preguntó su madre acariciándole el pelo, inclinada sobre la cama, y a ella no le quedó más remedio que volver a abrir los ojos para mirarla a la cara y tranquilizarla, sin entender qué estaba haciendo allí y por qué la habían hecho ir hasta Florencia.

—Mamá… —susurró con la voz ronca, apenas audible, y su madre se echó a llorar besándole la frente.

—Ha despertado. ¡Natalia!, ha despertado, os dije que había abierto los ojos.

—*Zuccherina?*

Natalia apareció por la espalda de su madre y estiró la mano para acariciarle la cara con lágrimas en los ojos. Las dos estaban llorando, cosa que la preocupó bastante porque no solían ser muy escandalosas y menos lloronas, y empezó a ser consciente de que apenas se podía mover y de que seguramente no se encontraba en un box o en una habitación normal de hospital, sino que estaba en la UCI.

—¿Domenico? —preguntó apretando la mano de su madre y ella frunció el ceño limpiándose las lágrimas.

—¿Quién?

—Domenico. —Su voz era pastosa y le raspaba la garganta, apenas le salía, pero el cerebro sí estaba reaccionando a una velocidad vertiginosa, le recordó el accidente de coche paso a paso como una película en cámara lenta, y empezó a entrar en modo pánico total—. ¿Tiziana?

—Se ha ido, cariño, tenía que…

—Llámala, dile que venga.

—La mandamos a casa para que descansara un poco, la pobre…

—Llamadla, por favor, a ella o a Matteo.

—¿Qué Matteo?

—¡¿Qué tenemos aquí?!

De pronto la voz de dos personas las interrumpió y sus madres se alejaron de la cama dejándoles espacio para que la valoraran. Se trataba de dos enfermeras muy entusiastas y Chiara las miró haciendo el esfuerzo por incorporarse para salir de allí corriendo, pero ellas la empujaron sobre la almohada, encantadas de verla despierta, y la peinaron con los dedos como si tuviera cinco años.

—Ahora viene el neurólogo, Chiara. Qué alegría verte consciente, tienes unos ojazos preciosos.

—Ya sabíamos que eras guapa, pero no tanto —bromeó la más mayor enseñándole una especie de libreta—. ¿Puedes contestar a unas preguntas?

—¿Neurólogo?

—Sí, cariño, mírame —insistió pidiéndole que levantara el brazo derecho, y ella frunció el ceño.

—¿Me vais a hacer el test de Glasgow?, ¿en serio? ¿De qué va esto?

—Caray, sí que estás bien, es asombroso. De todas maneras, vamos a aplicar el protocolo y haremos la prueba completa, como médica sabrás que tenemos que hacerla.

—¿Qué coño ha pasado?, ¿mamá?, ¿qué me ha pasado?

—Tranquila, mi vida —Chiara se le acercó y le sonrió para tranquilizarla—, es normal que estés confusa, pero…

—¿Qué me ha pasado?, ¿cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Llegaste con un cuadro complicado y los médicos decidieron inducirte un coma, cariño. Llevas dos semanas inconsciente.

—¿Un coma inducido?, ¿dos semanas? ¿A quién coño se le ha ocurrido inducirme un coma?, ¿estáis pirados?

Consiguió incorporarse un poco y vio que tenía la pierna izquierda en alto, con fijadores externos de fractura hasta la pelvis. Un tratamiento muy aparatoso que se aplicaba cuando había fracturas abiertas o politraumatismos de riesgo, y parpadeó perpleja, percibiendo por primera vez que también tenía el hombro y el brazo izquierdo inmovilizados

—Me cago en… —masculló en español y se desplomó en la almohada impotente y dolorida porque, en cuanto su cabeza fue consciente de sus lesiones, el sistema nervioso central se espabiló y empezó a mandarle señales de dolor y malestar.

—Fractura de tibia, peroné y pelvis —le explicó una de las enfermeras con paciencia—. De radio y clavícula. Gracias a Dios, no hubo fracturas vertebrales, ni cervicales, aunque sí se diagnosticó un esguince cervical y por eso llevas collarín.

—Ni lo había notado. —Se rozó el collarín con ganas de echarse a llorar—. Necesito saber qué pasó con Domenico, por favor.

—Se te indujo el coma por precaución —continuó ella, ignorando su petición—, como se hace siempre ante un cuadro tan grave, para proteger el cerebro y dar tiempo a tu cuerpo a recuperarse. Como médico ya lo sabes, pero lo podrás hablar tranquilamente con el doctor Leonardo Motta, que es tu neurólogo.

—La gran suerte fue que teníamos de guardia al mejor cirujano de trauma del hospital cuando te trajeron y te operó a tiempo y con éxito. Seguro que te dejó como nueva, ya lo verás —

intervino la otra enfermera señalándole la carpetita que llevaba con las preguntas del test de Glasgow—. Vamos, doctora, coopera un poco conmigo y acabemos con la prueba. ¿Te parece?

—Haré lo que queráis, en serio, pero necesito hablar con mi amiga Tiziana, tengo que saber qué pasó con…

—Yo la llamo. —Natalia la interrumpió enseñándole el móvil—. Espero que esté despierta.

—Gracias. —Miró a su madre y ella le sonrió—. ¿Ha habido alguna noticia extraordinaria durante este tiempo que he estado inconsciente?

—¿A qué te refieres?

—No sé, a algo relacionado con el mundo del arte.

—¡Doctora Laso de la Vega! —exclamó un hombre entrando en la habitación con la bata blanca y las manos a la espalda.

Ella lo miró y lo reconoció en seguida porque se trataba de un médico célebre, un neurólogo de mucho prestigio al que conocía toda la profesión y que se le acercó muy satisfecho de verla despierta y hablando con normalidad.

—¿Qué tal te encuentras?

—A pesar de las circunstancias, creo que bien.

—Ya veo, te retiramos la entubación hace cuatro días y empezamos a reducir la sedación hace treinta y seis horas. Has reaccionado muy rápido y, por lo que veo, muy bien. Me alegro mucho.

—¿Solo han sido dos semanas?

—Sí, lo estrictamente necesario. —Se acercó para mirarle las pupilas—. ¿Qué tal el test de Glasgow?

—No lo hemos terminado, doctor, pero… —susurró una de las enfermeras—, la respuesta inicial a los estímulos es excelente. Esta mañana nos dijo su nombre, ahora reconoció a su madre de inmediato y responde perfectamente a lo que se le pregunta. Ya ve que está como una rosa.

—Acabad el test de todas maneras. Te tendremos muy vigilada, Chiara, tómate las cosas con calma y en nada, en casa y volviendo a la normalidad.

—¿Me vais a hacer un tac?

—Lo hicimos cuando te trajeron y, contra todo pronóstico, estaba perfectamente, pero lo repetiremos ¿Sabéis cuándo le van a retirar los fijadores externos de las fracturas? —preguntó y una de las enfermeras respondió entregándole su ficha.

—El doctor Taylor dijo que se podrían retirar al mes para que continuara con escayola normal en casa, pero no lo sabemos con seguridad, su equipo la tiene que evaluar.

—¿Dónde está Taylor?

—Ya ha empezado su excedencia.

—Ah, es cierto. Bueno, compañera, bienvenida y a recuperarse. —La miró con una sonrisa antes de dirigirse a las enfermeras—. Acabad el test de Glasgow y seguiremos con evaluaciones periódicas. Haced análisis de sangre completo y empezad con la dieta líquida, iremos poco a poco y sin forzar, aunque la veamos tan bien. Ya conocéis el protocolo. Chiara, tú tómatelo con tranquilidad y en casita dentro de nada.

—Muchas gracias, Leonardo —le dijo su madre y él se acercó para darle dos besos, como si se

conocieran de toda la vida, y salieron juntos al pasillo para seguir charlando lejos de su cama.

Ella miró a una de las enfermeras para preguntarle directamente por el David de Miguel Ángel, pero no pudo porque Natalia regresó sonriente y se le acercó para besarle la frente.

—He despertado a Tiz. Estaba dormida, pero su madre me ha asegurado que había dejado órdenes estrictas de que la despertaran si llamábamos con noticias tuyas. En seguida viene para acá.

—¿Está en casa de su madre?

—Ay, sí, la pobre. Se ha pasado dos semanas pegada a tu cama y sin dormir, muy agobiada, nerviosísima, y su madre la ha obligado a quedarse en casa con ella.

—Madre mía, madre mía… —Subió la mano sana y se tapó los ojos temiéndose lo peor, porque, si Tiz estaba agobiada y nerviosa, sería por el David, sería por el accidente de coche y querría matarla. Querría matarla por lo que había provocado.

Un sollozo le subió a la garganta y no pudo contenerse, lo intentó, pero no pudo acordándose de los ojos azules de Domenico, de su sonrisa luminosa justo antes de que un autobús enorme se les echara encima y los lanzara contra la otra acera; encima, llevando el coche descapotado. Una imprudencia que no se podría perdonar en lo que le restara de vida.

Lo único que tenía que hacer si «despertaba», si conseguía «despertarlo» como se había propuesto esa noche, era cuidar de él, llevarlo a cenar y organizar una velada divertida para los dos que iban a estar completamente solos por primera vez desde que se conocían, porque Tiz y Matteo habían tenido que ir a Bolonia por temas profesionales, sin embargo, lo había hecho todo mal. Lo había puesto en riesgo, lo había matado con sus propias manos y con esa culpa no podría seguir viviendo.

Un siglo y medio, ciento cincuenta años de «despertares», y había tenido que ser ella la que lo perdiera, precisamente ella, que se había llegado a enamorar de él y a la que él llamaba *il mio grande amore* con tanta ternura y con esa voz ronca y tan bonita que tenía.

Me quiero morir, susurró, ahogándose en un llanto desenfrenado, atragantándose con los sollozos mientras intentaban consolarla y calmarla, aunque ella no podía hacerlo, no podría calmarse jamás. No, mientras siguiera viendo su imagen tendido en el asfalto, ensangrentado, herido y, seguramente, muerto.

18

Otra vez despierta y en el hospital, pero, al menos, la habían trasladado a una habitación con ventanas, es decir, la habían llevado a planta y lo habían hecho mientras estaba dormida, porque con el ataque de llanto que le había dado pensando en Domenico le habían enchufado algún calmante, estaba claro.

Se movió un poco y, en seguida, alguien saltó para acercarse a la cama y mirarla a la cara. Se trataba de su madre que le acarició el pelo y le besó la frente con una gran sonrisa.

—Hola, *zuccherina*. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé, ¿me han dado más sedantes?

—Me temo que sí. Te dio un ataque de ansiedad y se asustaron un poco, pero ya no te pondrán más, me lo han prometido.

—¿Me puedes incorporar un poco, por favor?

—Claro.

Buscó el mando de la cama y consiguió sentarla lo suficiente para sentirse mejor y más viva. Respiró hondo mirando sus fijadores externos de fractura que parecían salidos de una película de ciencia ficción, pero que solían dar unos resultados extraordinarios, y miró hacia la ventana para admirar la luz del sol bañando Florencia, aunque parecía que no hacía nada de calor a pesar de estar bien entrado el mes de junio.

—¡Chiara! —gritó Tiz entrando en el cuarto y echándose a llorar en seguida, en cuanto la vio despierta, y ella hizo lo mismo llamándola con la mano para darle un abrazo muy fuerte.

—No lloréis tanto, que no queremos asustar a nadie —comentó Natalia cerrando la puerta.

Las dos se observaron con atención, y luego volvieron a abrazarse un buen rato hasta que se tranquilizaron y pudieron mirarse a los ojos con una sonrisa.

—Ay, Dios mío, Chía, qué miedo hemos pasado. ¿Cómo te sientes?

—He tenido días mejores —la obligó a sentarse a su lado y le susurró mirando a sus madres de reojo—: ¿Qué ha pasado con Domenico? Dime que no le ha pasado nada, dime que pudisteis ponerlo a salvo, por favor.

—¿Domenico? —le preguntó ella girándose para sonreír a Chiara y a Natalia.

—Ellas no saben nada, no he dicho nada. Mírame a mí y dime algo.

—No sé qué quieres que te diga, Chiara.

—¿Le pasó algo al *David*?

—No, no te preocupes por eso. No pasó nada, todo está en orden, afortunadamente.

—Ay, madre, gracias a Dios. —Ahogó un sollozo y le apretó la mano—. No sabes el peso que me quitas de encima. ¿Ha vuelto a «despertar»? Cuando lo haga necesito verlo.

—¿Quieres un poquito de agua, hija? —Su madre le acercó un vaso con una pajita y Tiziana aprovechó para ponerse de pie—. Te han retirado el suero y hay que empezar a hidratarse.

—Cuando venga mi madre te traerá un táper con *pappardelle sulla lepre*. Seguro que tienes ganas de comer algo contundente.

—Y si no le dejan comérselo a ella, nos lo comeremos nosotras, por eso no te preocupes, Tiz —comentó Natalia muerta de la risa y Chiara les sonrió a las tres tan contenta como ligera, porque saber que por lo menos a Domenico no le había pasado nada le hacía ver el mundo de otro color y las heridas le dolían bastante menos.

Tomó un sorbo de agua, que en realidad era suero fisiológico, y apoyó la cabeza en la almohada soñando con poder verlo y abrazarlo, y comérselo a besos hasta el final de los tiempos.

—¿Alguna novedad en el trabajo, Tiziana? —preguntó su madre y Tiz se sentó a los pies de la cama un poco apesadumbrada.

—Nada claro, pero ahora no me importa, lo primero era que Chiara se pusiera bien y lo demás vendrá solo.

—Ya sabes que mi hermano es parte del Patronato, Tiziana, cuando quieras hablo con él y arreglamos esto. —Natalia la miró muy seria—. Dame tu *O.K.* y le pido a Enzo que intervenga, lo hará encantado.

—Lo sé, gracias, si la semana pasada lo vi aquí, en la sala de espera, y estuvimos charlando un poco, pero no quiero tirar de enchufes aún. No hace falta, en serio.

—¿Qué te ha pasado en el trabajo, Tiz? —le preguntó ella y su amiga se encogió de hombros.

—Nada, no te preocupes.

—La suspendieron de empleo y sueldo por tu accidente —intervino su madre.

—¿Qué tiene que ver mi accidente?

—Caerte de casi seis metros de altura de un andamio, dentro de la Galería de la Academia de Florencia, cuando no tenías ni autorización ni preparación para estar allí junto al *David*, le ha costado a Tiziana una amonestación grave, cariño.

—No me lo puedo creer. —Entornó los ojos incrédula, porque ya había pasado mucho tiempo desde aquello, y Tiz resopló moviendo la cabeza.

—Bueno, es normal, no debí dejar que te subieras al dichoso andamio para que tocaras la escultura. Podías haberte matado y la responsable final de la desgracia habría sido la Academia.

—Sin contar con los daños que le podríais haber infligido al *David*, porque si te llegas a caer sobre él o si el andamio se hubiese desplazado sobre la obra maestra de Miguel Ángel…, mejor ni pensarlo —masculló Natalia desde su sitio—. Fue imprudente y se ha montado un pequeño escándalo, pero ya pasará. Tú no te inquietes por eso, *zuccherina*, por supuesto apoyaremos a Tiziana en todo lo que haga falta.

—Al menos, no nos habéis demandado y ya es bastante —bromeó Tiz con amargura—. Era lo único que les preocupaba a mis jefes.

—Nos han mandado flores y se han interesado a diario por la evolución de Chiara.

—¿Cuánto tiempo estarás suspendida?

—No lo sé, amiga, al menos, ahora que ya has despertado y estás bien dentro de lo razonable

—le señaló la pierna—, imagino que se calmarán las aguas. Seguro que pronto me vuelven a llamar.

—Podemos hacer un comunicado oficial —opinó Natalia poniéndose de pie.

Chiara empezó a atar cabos y a ver que la cosa no hacía más que complicarse porque: ¿qué tenía que ver su caída del andamio con su accidente de coche?, ¿por qué se habían interesado a diario por su evolución? ¿Qué relación había entre su despertar del coma inducido con que a Tiziana la volvieran a llamar? Se le hizo una pequeña melé en la cabeza y la achacó rápidamente a su reciente estado de inconsciencia y a la ingesta abusiva de tranquilizantes y calmantes. Miró a Tiz, intentando encontrar alguna pista en sus ojos, pero la vio muy interesada en la propuesta de Natalia y no la quiso interrumpir.

—Yo hablo con mi publicista y que emita un comunicado oficial de la familia anunciando la mejoría de Chiara y nuestra intención de no hacer nada en contra la Academia. Faltaría más, lo que ocurrió no fue culpa de nadie, simplemente, fue un accidente.

—Te lo agradecería mucho, Natalia, al menos, para que quede constancia de vuestra postura con respecto a mi responsabilidad. Con todo lo que se ha hablado del asunto, me vendría genial que vosotras me mostrarais un poco de apoyo público.

—No te preocupes, cielo, si no lo hemos hecho antes es porque con la presión y el susto ni lo habíamos pensado, pero lo haremos en seguida. Voy a llamar a Sofía, mi publicista, para que se ponga con eso. Chiara, tú estás de acuerdo, ¿no?

—Sí, por supuesto —contestó su madre alisándole las sábanas y acercándole otra vez el vaso con suero fisiológico. Chiara se lo agradeció y siguió con los ojos a Natalia, que cogió su teléfono para salir de la habitación.

—¿Se ha montado mucho lío con la caída del andamio? —preguntó a Tiz y ella asintió.

—Ni te lo imaginas, hasta la prensa española se hizo eco de la noticia y han pasado días y días contando que te habías caído desde seis metros de altura por intentar tocar al *David* de Miguel Ángel durante una visita privada a la Galería de la Academia de Florencia. La prensa italiana lo mismo, aquí, en Florencia, no se ha hablado de otra cosa.

—Me parece increíble.

—No es tan increíble —apuntó su madre mirando la hora—. Una chica de treinta años, médico de profesión y miembro de una familia muy conocida de Madrid, se sube a un andamio para hacer la gracia de tocar al *David* de Miguel Ángel y acaba por los suelos. No fue así de frívolo, pero es como suena y le han sacado mucha punta.

—Por eso acabaron suspendiéndome, para intentar aplacar los cotilleos y el escándalo.

—Después de tantos meses me parece absurdo —soltó indignada y las dos se callaron, se quedaron quietas y la observaron con mucha atención.

—No fue hace tantos meses, cariño, fue hace dos semanas.

—¿Cómo que hace dos semanas?, ¿de qué me estáis hablando?

—¿Por qué crees que estás así, hija? —Su madre le tocó la frente con cara de preocupación.

—Por el accidente de coche, ¿no? Deben haberme destrozado el Austin Mini, no quiero ni imaginármelo.

—El Austin Mini está en Roma, Chiara, viniste a Florencia en tren. —Tiz se le acercó y le acarició el brazo—. El mismo día que llegaste fuimos a terminar la limpieza del *David*, tuve la pésima idea de invitarte a subir al andamio, lo hiciste y, a los pocos minutos, un poco impresionada por ver la escultura desde tan cerca, retrocediste y te caíste de espaldas. Justo antes de eso te dije que estabas sufriendo el síndrome de Stendhal. ¿No te acuerdas?

—Me acuerdo de lo del síndrome de Stendhal, pero también recuerdo todo lo que pasó después. —Abrió mucho los ojos intentando conectar con ella, pero ella negó con la cabeza.

—Todo esto es normal, demasiado bien has salido del coma inducido —apuntó su madre—. Lo de las lagunas o la confusión, la mezcla de fechas y acontecimientos es una secuela muy frecuente. No pasa nada, aunque se lo comentaremos al médico y a la psicóloga.

—¿Qué psicóloga? No necesito terapia, estoy bien.

—Todo lo bien que se puede estar tras sobrevivir a una caída catastrófica y a dos semanas de coma inducido, pero hablaremos de esto más adelante, ahora no hace falta discutirlo, cariño. Venga, bebe un poquito más de agua, yo voy a ir a buscar unos cafés. Tiz, ¿quieres un café?

—Sí, gracias.

—Ahora vuelvo.

Se fue muy serena, aunque Chiara la conocía bien y sabía que no estaba nada tranquila, y esperó a que cerrara la puerta para mirar a su amiga a la cara y hablar sin más tapujos ni palabras en clave.

—Tiz, ¿cómo está Domenico?, ¿cómo lograsteis salvarlo y llevarlo de vuelta a la Academia? El accidente fue tremendo, el autobús se nos vino encima y lo último que recuerdo es verlo tendido en el asfalto mientras le practicaban la RCP. Estaba muy malherido y tenía el cráneo abierto, fue horrible, y los de emergencias lo dieron por muerto, yo… lo siento mucho, Tiz, nunca debí descapotar el mini…

—Chiara. —Se acercó y le cogió las dos manos para mirarla con una sonrisa—. No sé de qué me estás hablando, pero no te preocupes, no hay de qué preocuparse, a nadie le ha pasado nada, solo tú saliste malherida de la Academia y la que lo siente muchísimo soy yo.

—¿Qué te pasa?, estamos solas, podemos hablar en confianza.

—Tus madres vuelven en seguida y ya verás…

—¿Dónde está Matteo?

—¿Qué Matteo?, ¿Matteo Peruzzi?

—¿Quién si no?, ¿dónde está? Dile que venga, quiero hablar con él. Hablaremos los tres y aclararemos toda esta movida ahora mismo porque al parecer estás más confusa y perdida que yo.

—Tú no conoces a Matteo, Chía, no llegué a presentártelo. El accidente con el andamio fue antes de la cena de presentación.

—¿Tampoco conozco al doctor Giacomo Tornabuon?

—En persona, creo que no porque murió el año pasado. Fue mi director de tesis y tú no viniste a mi lectura de tesis porque estabas en Palestina ¿recuerdas? Sin embargo, te leí dos libros suyos

sobre el *David* y sobre Miguel Ángel Buonarroti mientras estabas en coma. Nos aconsejaron hablarte o leerte cosas y yo…

—*O.K.*, mira, entiendo que no quieras hablar de esto aquí —respiró hondo, tratando de guardar la compostura para no ponerse a chillar como una loca—, solo con que me jures por tu vida que Domenico está bien y a salvo, me quedo tranquila y no te hago ni una pregunta más.

—No sé de qué Domenico me hablas.

—¿Domenico dalle Carceri? —Ella negó con la cabeza—. ¿El *David*?

—¿David?, ¿qué David?

Se quedó un rato inmóvil, observándola con los ojos entornados, hasta que soltó un suspiro de alivio y sonrió de oreja a oreja, cosa que tranquilizó a Chiara lo suficiente como para relajarse un poco y apoyar otra vez su magullada espalda contra la almohada.

—Ya entiendo, aunque no sé cómo te acuerdas de él si se supone que te durmieron en seguida.

—¿De qué me hablas tú ahora, Tiz?

—Te refieres a David —pronunció el nombre en inglés—: David Taylor. El cirujano de trauma que te operó, un tío guapísimo, mitad inglés, mitad italiano. Se volcó contigo porque dijo que te conocía, que una vez habíais coincidido en un acto de la fundación de tus padres en Roma. Bajaba a diario a la UCI y se quedaba mucho rato contigo, te contaba historias, chistes, era majísimo. Y te aseguro que está bien y a salvo, no lo has visto porque se ha pedido una excedencia para trabajar con Médicos sin Fronteras, sin embargo, me dejó su número de teléfono para que lo mantuviera informado sobre tu evolución. Le voy a mandar un mensaje ahora mismo para avisarle que ya estás despierta.

—Me cago en la puta, con perdón, pero no sé de qué coño me estás hablando. No tengo ni idea de quién es ese tal David medio inglés, yo te hablo del puñetero *David* de Miguel Ángel.

—¿Qué quieres saber del *David* de Miguel Ángel?

—¿Cómo está?, ¿sigue en su podio?

—Por supuesto.

—Vale, con eso me vale. Ya hablaremos tú y yo en otro momento más tranquilas y me vas a explicar por qué me haces sudar tinta china sin ninguna necesidad.

—No te estoy haciendo sudar nada, tú me haces sudar a mí preguntándome cosas tan raras.

—¿En serio?

—Y, si sigues en ese plan, vas a acojonar a tus madres, así que piensa antes de hablar. Es obvio que estás sufriendo el consabido *shock* postraumático, pero relájate y concéntrate en mejorar. Todo irá bien y Chiara y Natalia necesitan un respiro, ¿vale? No les hagas estas preguntas a ellas o se asustarán más todavía.

—No puedo hablar con ellas de algo que se supone que es secreto, lo juramos sobre una Biblia.

—Madre mía, *O.K*, voy a llamar a David Taylor y si quieres lo saludas. Está en Sudamérica diagnosticando y operando gratis.

—No, gracias.

—Como quieras.

—¿Esto no será una estrategia, Tiz?, ¿una especie de protocolo de seguridad?

De pronto cayó en que a lo mejor estaban sacándola del *Team David* sin mucha delicadeza, aprovechando el accidente de coche para confundirla y dejarla al margen de los «despertares» de Domenico dalle Carceri para siempre; algo así como un castigo ejemplar por su imprudencia y por estar a punto de fastidiarlo todo. Escrutó la cara de su mejor amiga buscando alguna pista al respecto, pero no la encontró, y tampoco le importó.

Se acomodó en la almohada respirando hondo, entendiéndolo todo y dando por hecho que aquello, todas esas preguntas sin respuesta y la aparente confusión de Tiziana ante su preocupa ción por Domenico dalle Carceri, solo formaban parte de un plan superior. Es decir, que su extraño comportamiento seguramente respondía a una estrategia, a una medida ideada por los custodios para apartar a los que, como ella, cometían el terrible error de poner en peligro al *David*.

Algo totalmente plausible si tenías en cuenta su habitual *modus operandi*, y sin querer sonrió, porque con eso sí podría lidiar, eso sí lo podría desmantelar en cuanto saliera del hospital y se sintiera un poco mejor.

—¿A qué te refieres con protocolo de seguridad, Chía?

—Solo te diré una cosita más, Tiz. —Le clavó los ojos y la señaló con el dedo—: A mí no me vais a hacer luz de gas. Solo digo eso.

—¿Luz de gas?

—Ya sabes a lo que me refiero, pero dejémoslo correr.

—Vale… —Ella resopló un poco impotente—. Si no te importa, voy a avisar al doctor Taylor que has salido del coma. Siempre decía que no nos preocupáramos porque alguien tan fuerte como tú sobreviviría incluso a una caída de seis metros de altura.

—¡¿Qué caída, Tiziana?!, eso fue hace ocho meses…

—Fue hace dos semanas, Chiara. —La miró ya harta, poniéndose las manos en las caderas—. ¿En qué fecha te crees que estamos?

—Finales de junio de 2023.

—No, cariño, estamos a 25 de octubre del año 2022.

19

Seis meses después

—Chiara, si nos das tu visto bueno, aprobamos el acta y me firmas estos documentos. —Javier, su abogado, le acercó una serie de carpetas y ella parpadeó, intentando espabilar, porque llevaba mucho rato mirando las musarañas, y se sentó mejor en su butaca.

—Claro, por supuesto.

—Las seis becas Laso de la Vega para doctorandos se darán a conocer en mayo, ¿te gustaría que hiciéramos una entrega formal en Madrid, Chiara?, sería muy interesante para dar a conocer la fundación —susurró Carolina, la nueva responsable de comunicación de la Fundación Laso de la Vega, que estaba dedicada principalmente al fomento de la investigación científica, la ayuda humanitaria y la salud de las mujeres y niñas desfavorecidas de todo el mundo. En resumen: a los temas a los que sus padres se habían dedicado toda su vida.

—No hace falta, Carolina, solo se publican en la WEB y se manda un comunicado a la prensa. —Chiara la miró por encima de las gafas y negó con la cabeza.

—Como quieras.

—¿Dónde está la partida para el hospital materno infantil de Pakistán? —quiso saber revisando las carpetas—. Quedamos en que lo financiaríamos al cien por cien, y Joseph, el arquitecto, me mandó un correo electrónico hace unos días diciendo que no le ha llegado ni el veinticinco por ciento de la inversión.

—Estábamos dejándolo para junio, al acabar el año fiscal, nosotros… —habló el gerente y ella lo miró entornando los ojos—. Entendido, no te preocupes, se gestionará hoy mismo.

—Muchas gracias, y que quede claro que se llamará María Ángeles Urrutia aunque los pakistaníes prefieran un término urdú, no pienso transigir. Insistamos con eso con el abogado de allí, por favor.

—Lo haremos.

—Genial, gracias. Si no hay nada más, quería hablaros de otra cosa.

—Adelante.

—Vamos a crear un fondo para el estudio del *David* de Miguel Ángel, no sé muy bien por dónde tirar, pero he pensado en unas becas de investigación, de publicación o para doctorandos, algo parecido a lo hacemos en el área científica. También quiero crear y fomentar seminarios o congresos sobre el tema en universidades de todo el mundo. Le he pedido a mi amiga Tiziana Strozzi, que es doctora en Historia del Arte, que lidere la iniciativa y me ha dicho que sí.

—Es una grandísima idea diversificar y empezar a apoyar el mundo del arte —opinó Natalia, que era una de las consejeras de la fundación, y los demás se limitaron a asentir—. Salir de la

Medicina, la ayuda humanitaria y la investigación científica y saltar a Miguel Ángel me parece una idea maravillosa.

—Es un poco arriesgado —intervino el gerente—, porque escapa a nuestra área de trabajo y ya tenemos muchos fondos comprometidos, pero si…

—No te preocupes por los fondos, voy a asignar una partida de mi bolsillo para empezar porque esto es un empeño puramente personal y, a partir de ahí, buscaremos aportaciones privadas, donaciones, etc. Solo necesito la cobertura del departamento de desarrollo para que me ayuden a implementarlo.

—Por supuesto, todo el mundo está para lo que necesites.

—Estupendo, no esperaba menos. —Sonrió—. Nos reuniremos con Tiziana antes de finales de mes para sentar las bases y empezar a trabajar. La verdad es que me hace mucha ilusión.

—Es una gran iniciativa, Chiara, enhorabuena.

—Muchas gracias. ¿Ya hemos acabado? Natalia y yo tenemos que irnos. —Todos asintieron cerrando portátiles, recogiendo papeles y poniéndose de pie—. Muy bien, chicos, muy buen trabajo a todos y muchas gracias por venir hasta Roma.

—Venir a Roma siempre es un placer y verte otra vez cogiendo las riendas mucho más —le dijo el gerente dándole un par de besos—. Te has recuperado de maravilla.

—Bueno, aquí vamos, no me dejan bajar la guardia.

Sonrió mirando a Natalia, que apenas se separaba de ella desde hacía seis meses, desde octubre del año 2022, cuando había ido a celebrar su treinta cumpleaños a Florencia, se había subido a un andamio para tocar al hermoso *David* de Miguel Ángel y había acabado despeñándose y rompiéndose muchas cosas, empezando por varios huesos y terminando por el corazón, y ella se le acercó para abrazarla por la cintura.

—Es una campeona, han sido unos meses muy duros, pero ya está de vuelta.

—Y nosotros que nos alegramos.

—Muchas gracias a todos y gracias otra vez por desplazaros hasta aquí.

Se despidió uno por uno del núcleo duro de la fundación, que habían viajado desde Madrid solo para la reunión, y abandonó el hotel donde habían quedado en plena via Veneto acompañada por Natalia y por Javier que, además de ser su abogado de confianza en España, era hijo de su tía Pilar, una de las primas favoritas de su madre.

—Lo que no entiendo, pequeñaja —le dijo él en español, muerto de la risa y cogiéndola del brazo—, es que después de lo que te pasó en la Galería de la Academia de Florencia y por culpa del *David*, quieras invertir dinero en él.

—Él se lo merece todo, Javi.

—¿Por qué?

—Porque a pesar de los pesares, conocerlo de cerca me hizo muy feliz.

—Si tú lo dices, cariño. —La abrazó muy fuerte y luego le dio otro abrazo a Natalia—. Tu dinero, tus decisiones y nosotros te apoyaremos. ¿Dónde vais?, os pido un taxi.

—No te preocupes, Javier, nos vienen a recoger. —Natalia le acarició la mejilla—. Saluda a tu madre y a tu hermana de nuestra parte. ¿Te vas en seguida o…?

—Me gustaría quedarme en Roma, pero no puedo, el fin de semana tengo a los niños y ya sabéis.

—Habértelos traído. —Chiara movió la cabeza viendo aparecer su coche—. Aquí tienes tu casa, y seguro que Ana te deja traértelos sin problema, la próxima vez la llamo yo y lo organizamos mejor. Tenemos que irnos.

—Vale, cuidaros… Por cierto, ¿adónde vais?

—A Florencia, al cumpleaños de mi amiga Tiz. Hasta luego, guapo.

Se despidió de su primo con la mano y se subió al coche con conductor que su madre se había empeñado en contratar para que las llevara a Florencia a pasar el fin de semana, o lo que se terciara, porque no estaba muy segura si le apetecería quedarse allí más tiempo del necesario.

Cristina, su psicóloga, en la que confiaba ciegamente, había insistido muchísimo en la idea de que hiciera ese viaje porque, según ella, el trauma que había sufrido por culpa del accidente, sobre todo a nivel emocional, era profundo, pintaba con ser persistente y creía que ir a la ciudad, incluso, entrar en la Academia le iba a servir como terapia de choque, como un revulsivo para recuperar el control total de su vida, y si no, como una forma perfecta de cerrar un círculo.

Es decir, ella consideraba que salir de Roma para visitar Florencia con la excusa del cumpleaños de Tiziana, iba a constituir el primer paso, y el más importante, para empezar a pasar página para siempre.

Para siempre, para siempre, iba a ser imposible, porque lo que había «vivido» durante sus dos semanas de inconsciencia en una UCI no lo iba a olvidar jamás, y tampoco quería, porque todo aquello había sido lo mejor que le había pasado nunca, un verdadero regalo del cielo. Por lo tanto, no pretendía hacer nada para borrarlo de su memoria. Sin embargo, sí estaba de acuerdo con la idea de volver a Florencia para pasear por sus calles, para ver a Tiz y a Matteo, que la había visitado en el hospital y al que no había reconocido porque no se parecía en nada a «su» Matteo, el de sus sueños con el *David* de Miguel Ángel, y para rememorar a su Domenico dalle Carceri.

Domenico dalle Carceri.

Solo pronunciar su nombre le provocaba millones de sensaciones y todas buenas, porque se había enamorado perdidamente de él, o de lo que él representaba, que esa era otra, ya que, tal como había descubierto en sus sesiones de terapia, Domenico encarnaba en sí mismo todo lo que ella idealizaba y esperaba encontrar en un hombre: pasión, valor, principios, inteligencia, carisma, amistad, confianza, sexo y amor, además de una vida rica e interesantísima, una capaz de obnubilarla y mantenerla fascinada constantemente, no como le pasaba en el mundo real con el cien por cien de los tipos que conocía.

Ella se había creado un hombre perfecto en un mundo perfecto y vertiginoso, excitante, lleno de aventuras y sensaciones hermosas, en un escenario en principio ajeno a su realidad, pero motivado, estaba claro, por su interesante visita a la Galería de la Academia de Florencia, por todo lo que le había contado Tiziana, por todo lo que le había leído después mientras permanecía en coma. Eso era así, no le cabía la menor duda, y lo curioso es que lo había articulado muy bien, con muchos detalles, nombres, datos y curiosidades que pasado un tiempo prudencial había

podido contar a sus madres, a la propia Tiz y a su Psicóloga, con pelos y señales y con minuciosidad casi científica.

Comprender que nunca, jamás, había visto al *David* de Miguel Ángel «despertar» y convertirse en el hombre de sus sueños la había paralizado completamente y la había hecho entrar en un bucle de ensimismamiento y dolor persistente, oscuro, que había preocupado a todo su entorno, pero, gracias a Dios, con el paso de los días había empezado a aceptar la realidad, había empezado a volver a su ser, a superar lo estafada que se sentía consigo misma y, en ese momento, había tenido el impulso de contarlo, desmenuzarlo y escribirlo todo.

Expresarlo era la clave, lo había intuido muy rápido, y mientras se recuperaba en el Careggi University Hospital de Florencia, había iniciado un diario para contarlo todo paso a paso, emoción tras emoción, y de ese modo había logrado recrear cada detalle, cada sonrisa, caricia o conversación, y volver a disfrutarlo con la misma alegría, y, de paso, mientras lo relataba, sin proponérselo, había conseguido asimilar que de verdad lo había soñado todo, que lo mejor que le había pasado en toda su vida no había sido más que una fantasía, y que no se iba a despertar nunca más con Domenico dalle Carceri abrazado contra su pecho, con sus dedos enredados entre sus rizos suaves y olorosos; ni con Tiziana diciéndole que todo había sido una estrategia para proteger el secreto del *David* y que sí, que tal como había sospechado en un principio, solo le habían hecho luz de gas para castigarla, para reprenderla por poner en peligro a Domenico, pero que no se preocupara más, porque la condena ya estaba superada y ya podía volver a participar en los prodigiosos «despertares» y reencontrarse con su hermoso amante del Renacimiento.

Intelectualizar aquello había sido dolorosísimo, pero lo había logrado y, a pesar de que aún no conseguía superar del todo la sensación de pérdida, de desamor y de añoranza que la invadía, porque seguía echando muchísimo de menos a Domenico y a todo lo que él representaba, iba por el buen camino y una buena muestra era su vuelta al trabajo en el hospital, su regreso a sus responsabilidades con la fundación y ese viaje relámpago a Florencia para celebrar el cumpleaños de Tiziana.

—Chiara, *zuccherina*, ya hemos llegado.

Natalia le acarició la cara y ella despertó y se sentó mejor entrando en Florencia. Se había dormido nada más ponerse el coche en marcha en Roma y dos horas y cincuenta minutos después, estaban llegando a la via dei Vecchietti, en pleno corazón de la ciudad, donde se encontraba el hotel que habían reservado para el fin de semana.

—No hemos tardado nada, Luigi.

—Se ha venido muy bien y sin atascos.

—Si no os importa, yo me voy directamente a la Academia, aún es pronto y así aprovecho de recoger a Tiziana.

—Déjame acompañarte, cariño.

—No hace falta, Nati, necesito hacerlo sola, se lo prometí a Cristina.

—Está bien, como quieras.

Se despidió de Natalia y de Luigi en la puerta del Strozzi Palace Hotel, cogió su mochila y se encaminó hacia la concurrida via Ricasoli disfrutando de la siempre preciosa Florencia, que, por

supuesto, bullía a esas horas de turistas que lo llenaban todo. Los esquivó mirando el cielo y los edificios, los bares y las tiendas de recuerdos, se detuvo un momento para admirar la espectacular Santa María del Fiori, la superó por su izquierda, siguió andando hasta que llegó a la piazza delle Belle Arti y allí se frenó en seco.

De repente, se le agolparon un millón de emociones en el pecho, pero nada que no pudiera gestionar, sacó el teléfono móvil donde tenía la entrada que había comprado por Internet para visitar el museo y se fue tranquilamente a canjearla a la oficina de turismo de la via Ricasoli. Luego, sin mucha ceremonia, caminó con paso firme hacia la puerta principal de la Galería de la Academia de Florencia y se puso a la cola como todo el mundo. Quince minutos después, estaba traspasando el control de seguridad.

Contrariamente a lo que se había imaginado muchas veces, entrar allí ni la desarmó ni la afectó, todo lo contrario, de pronto fue consciente de que al fin iba a cerrar un círculo fundamental para seguir adelante con su vida y se alegró muchísimo, entregó su ticket a los guardias de seguridad y traspasó la última puerta de control accediendo de lleno en la imponente Sala del Coloso, contempló el inquietante *Rapto de las Sabinas* de Giambologna durante unos segundos, miró a su izquierda y caminó hacia allí directamente.

No tardó ni un minuto en adentrarse en la Sala de los Esclavos y, en ese momento, el corazón empezó a saltarle en el pecho, levantó la cabeza y se encontró de frente con el *David* de Miguel Ángel, impertérrito y hermoso, bajo su cúpula y sobre su podio siendo admirado y fotografiado por centenares de turistas.

Sin querer, se le llenaron los ojos de lágrimas y caminó hacia él sin dejar de mirarlo, hasta que se le puso delante y buscó sus enormes ojos de mármol con ternura, pensando que eran tan espectacularmente feroces y bonitos como ella los había rememorado mil veces durante sus ensoñaciones. Lo recorrió con la vista mucho rato, lo rodeó dos veces y lo siguió escrutando hasta que los asientos de madera a su espalda se vaciaron y, entonces, corrió para sentarse justo en el rincón donde se suponía que guardaban la ropa de Domenico.

Tocó la madera con disimulo, incluso se inclinó para investigarla mejor, hasta que se rindió y se rio sola por la fuerza del inconsciente, porque era increíble que, aún, después de tanto tiempo y tantas aceptaciones, una minúscula parte de su cerebro siguiera creyendo en la fantasía absurda de que todo lo que había vivido había sido verdad y no cortesía del coma inducido que le habían provocado en el hospital.

—Señorita Laso de la Vega —la saludó Tiziana sacándola de sus cavilaciones y ella la miró, se puso de pie y la abrazó—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí sentada?

—No lo sé, un buen rato. ¿Cómo has sabido que…?

—Me ha llamado Natalia, estaba un poco preocupada. ¿Qué tal estás?, ¿cómo te sientes?

—Estoy fenomenal. Feliz cumpleaños, amiga. —La abrazó otra vez—. Luego te entrego el regalo, me lo he dejado en la maleta.

—Que hayáis venido ya es un regalo. ¿Qué te parece nuestro *David*? —Se lo señaló con la mano.

—Magnífico, como siempre.

—¿No vas a sufrir otro síndrome de Stendhal?, porque no estoy preparada.

—No fue el síndrome de Stendhal, Tiz, fue un coma inducido.

—El síndrome de Stendhal desencadenó el accidente, estoy convencida. ¿Sabes qué? —Se le sentó al lado y le cogió la mano—. Ahora, cada vez que paso por aquí, me lo imagino refulgiendo y luego «despertando», ojalá hubiese sido verdad. Ojalá se moviera de repente y nos guiñara un ojo.

—Ojalá.

—Tienes que publicar un libro con la historia y procurar que hagan una peli o una serie con él, sería una pasada. Yo quiero que mi papel lo haga Simona Tabasco.

—Es perfecta como Tiziana —bromeó, sin apartar los ojos de la escultura—. Nos tocará encontrar a algún actor que se parezca a Domenico, aunque me temo que será complicado porque era demasiado guapo.

—Seguro que existe alguien, en algún lugar del mundo, que se parece a tu Domenico, si no, de dónde te lo ibas a sacar.

—No lo sé, por más que lo pienso, sigo sin saberlo.

—¿Nos vamos, amiga? Yo ya he terminado por hoy.

—Quería ir a buscar Casa Maggiore, Tiz.

—Ya te he dicho que no existe, que Matteo se ha recorrido toda Florencia buscándola, pero, si te apetece, podemos dar un paseo por el barrio de la Santa Cruz.

—Genial, y desde allí llamamos a Natalia, os voy a invitar a cenar a la plaza de la República. He reservado mesa en ese restaurante tan guay que te gusta tanto.

—¿Puedo invitar a Matteo?

—Ya está invitado, ayer le mandé un mensaje.

—Ay, qué grande eres.

Se pusieron de pie y abandonaron al *David* de Miguel Ángel sin ninguna ceremonia, caminaron por el pasillo de la Sala de los Esclavos sin volverse ni a mirarlo, y llegaron a la calle, tranquilamente, abrazadas y observando cómo empezaban a cerrar las puertas de la Academia.

—¿Sabes qué, Tiz? —Se detuvo en la vía Ricasoli y observó el poster del *David* que había en la puerta del museo con los horarios de visita—. Creo que ha sido muy buena idea venir, Cristina tenía razón, necesitaba hacer esto.

—Me alegro mucho.

—La realidad tampoco es tan mala, sigue siendo una escultura espectacular y maravillosa.

—Y siempre será tuya —le dijo Tiziana cogiéndola del brazo para caminar hacia el palacio Medici Riccardi.

—Esta mañana he hablado con el patronato sobre nuestro proyecto y les ha encantado.

—¿En serio?

—Les he dicho que antes de fin de mes nos reuniríamos contigo para ir dando pasos concretos. ¿Crees que podrías venirte conmigo a Madrid un par de días?

—Eso no se pregunta, guapa, yo, a Madrid, nunca le digo que no.

—Entonces, está hecho.

—Joder, qué alegría verte de vuelta ¿Por qué no te quedas conmigo una semanita?

—No, eso sí que no, me alegro mucho de haber venido, pero tengo que volver a Roma. La vida tiene que continuar.

20

—Ya corona, ya lo tenemos aquí.

Levantó una mano para que el auxiliar detuviera la camilla y se acercó a la paciente, que había roto aguas en una parada de autobús, para que la mirara y siguiera sus instrucciones.

—¿Cómo te llamas?

—Estrella.

—¿De dónde eres, Estrella?

—México.

—Me encanta México —le habló en castellano y le guiñó un ojo, cosa que ella agradeció con una enorme sonrisa—. Muy bien, Estrella, yo me llamo Chiara, soy tu doctora y te cuento que el bebé ya sale, no nos da tiempo a llegar al paritorio, pero no te preocupes porque está todo controlado, ¿vale? Mírame y empuja, vamos, ¡ahora!

Estrella se dobló tal cómo le indicó, empujó con todas sus fuerzas y el bebé, una niña, nació sin ningún problema, en un santiamén. Chiara estiró la mano para que los técnicos de emergencias que la había traído en su ambulancia le pasaran las tijeras y una toalla, cortó el cordón umbilical y envolvió a la peque antes de entregársela a la madre.

—Está perfecta, pero la tiene que valorar un pediatra. A ti te llevaremos a maternidad para acaben el alumbramiento. ¿De acuerdo, Estrella? Lo has hecho muy bien. Enhorabuena.

—Muchas gracias a usted, doctora.

—De nada, cielo.

Las acompañó hasta el interior del hospital y se cruzó con varios compañeros que movieron la cabeza al ver el espectáculo que habían montado en la entrada de urgencias, pero los ignoró y dejó a su paciente con una enfermera y un auxiliar, sanas y salvas, listas para subir a maternidad.

—El segundo parto de la mañana —le dijo a la jefa de enfermería de urgencias entregándole el parte firmado, y ella la miró poniendo los ojos en blanco.

—No sé cómo esperan hasta el último momento.

—Bueno, cada una hace lo que puede y, al parecer, la última paciente iba o venía de trabajar. Eso dicen los de la ambulancia.

—Santa madre de Dios. ¿Ya te vas?

—Sí, acabé mi guardia hace una hora. ¿Tienes la receta que os encargué?, es para mi madre y quiero pasar a dejársela antes de ir a casa.

—Sí, espera un segundo, creo que aún está en farmacia, pero pediré que me la traigan.

—Voy a ducharme y a cambiarme y paso por aquí dentro de diez minutos. ¿Te parece?

—Como quieras, doctora.

Firmó su salida del servicio y se giró hacia los vestuarios para ir a darse una duchita rápida y vestirse igual de rápido, porque quería llegar pronto a casa y sería difícil si primero tenía que pasar por Pinciano para ver a sus madres, comprobar que Chiara estaba mejor de su principio de neumonía y dejarle de paso los antibióticos que le habían recetado.

Como siempre, había esperado a estar con fiebre y hecha polvo para ir al médico y, al final, le habían diagnosticado una neumonía simple, pero una neumonía al fin, y llevaba diez días en casa aburrida y protestando, haciéndole la vida muy difícil a Natalia que, gracias a Dios, tenía más paciencia que un santo.

Su madre, que era más dura que una piedra, o al menos eso decía ella, no se enfermaba nunca, pero a sus sesenta y seis años ya empezaba a tener achaques, y Chiara no pensaba dejarlo pasar, de hecho, tenía preparada una buena charla para soltarle esa tarde aunque se pusiera furibunda, porque era una vergüenza que teniendo una hija médica y muchos amigos médicos, fuera tan reacia a cuidarse como era debido.

—Chiara, *amore*, ¿cuándo te vienes a cenar conmigo?

Saliendo de los vestuarios ya vestida de calle y con el pelo mojado de la ducha, se encontró de bruces con la última atracción del hospital, un médico nuevo y muy atractivo que se creía el *latin lover* de año y que estaba esperándola apoyado contra un dispensador de agua.

—Ahórrate el *amore*, Alessandro, ¿no has ido a las charlas sobre el hostigamiento sexual en el ámbito laboral?

—¿Llamarte *amore* se puede considerar hostigamiento sexual? —La siguió por el pasillo haciéndose el gracioso.

—Eso decían en el cursillo, a mí no me lo parece, pero sí me molesta y me sobra bastante. Tú y yo somos colegas, no amigos.

—Que, además de estar tan buena, seas tan inalcanzable me la pone muy dura, doctora Laso de la Vega.

—¿En serio, tío? —Se detuvo y lo miró a los ojos frunciendo el ceño—. No te pases un pelo conmigo o tendremos un problema. Yo a ti no te he dado pie, ni confianza, así que a me dejas en paz o pondré una queja formal en recursos humanos. ¿De acuerdo? No sé en qué siglo te crees que estás viviendo, chaval, piensa un poco.

—Yo…

—Adiós.

Pasó a recoger la receta de su madre, se despidió de las enfermeras quejándose abiertamente del tal Alessandro Bilardo, porque le parecía un auténtico capullo, salió al aparcamiento y cogió el coche para ir directo a Pinciano. Ya eran las cuatro de la tarde y no había comido, pero estaba segura de que Natalia y Chiara tendrían algo en la nevera para ofrecerle y, después de arrasarlo, pensaba volar a su piso en el Trastévere, concretamente en la plaza de Santa María del Trastévere, donde vivía desde hacía dos meses.

El barrio estaba muy de moda y siempre le había encantado, así que había decidido alquilar una buhardilla muy amplia con vistas a la basílica para fundar allí su primer hogar propio. Entre pitos y flautas, viajes a trabajar al extranjero y su accidente en Florencia, había estado viviendo con

sus madres hasta los treinta años, una barbaridad para alguien tan independiente como ella, pero había puesto remedio muy rápido y, nada más recuperarse de sus heridas físicas, que la habían tenido meses atada a fisioterapeutas y terapias de recuperación, había dado el paso definitivo y se había independizado.

Justo un mes antes de volver a Florencia para el cumpleaños de Tiziana, se había mudado y, aunque aún tenía que acabar parte de la decoración y una pequeña obra en la terraza, en general el piso estaba perfecto, era muy acogedor y se sentía maravillosamente allí. Su trabajo, en el Hospital Universitario Agostino Gemelli, lo tenía a unos veinte minutos en coche, la casa de sus madres en el barrio de Pinciano más o menos a la misma distancia, y las casas de sus amigos, al lado, porque casi todo su entorno se había mudado o se estaba mudando al Trastévere.

Lo cierto es que había tenido una suerte bárbara encontrando la buhardilla de sus sueños, precisamente, donde más le apetecía vivir y con algo más de suerte, incluso, podría comprarla porque los dueños, que eran los abuelos de una excompañera del colegio, estaban dispuestos a vendérsela por una pequeña fortuna. Una fortuna muy bien invertida y que iba a suponer la primera adquisición realmente importante de su vida.

Llegó a Pinciano en media hora y encontró aparcamiento un poco lejos del piso de sus madres, pero no le importó y apagó la radio mirando el *David* de Miguel Ángel tamaño bolsillo que Tiz y Matteo le habían regalado para que llevara en el coche. Lo tocó con una sonrisa, porque, para ser tan pequeñito, estaba muy bien conseguido y se veía genial colgando del espejo retrovisor, y se apeó del Austin Mini respondiendo una llamada de teléfono de Michele Vitale, otro «pretendiente» de los pesados que la tenía frita, pero al que le daba lástima ignorar porque la había visitado en el hospital de Florencia y se había portado muy bien con Chiara y Natalia.

—Hola, Michele, ¿qué necesitas?, estoy un poco liada.

—Me acabo de enterar de que el capullo de Alessandro Bilardo te está molestando.

—¿Molestando?

—Eso me ha dicho Giovanna.

—Es un gilipollas, pero está controlado y, en todo caso, no creo que sea asunto tuyo, Miki.

—¿Cómo que no?, todo el mundo sabe que…

—¿Qué?, ¿que somos amigos?, pues claro que lo saben, somos colegas desde la residencia. En fin, hasta luego, tengo que dejarte.

—Chiara…

Le colgó contando hasta diez, porque no pensaba cabrearse con nadie esa tarde, ni siquiera con Michele que seguía sin entender que entre ellos no había nada, ni lo habría jamás, y que esos arranques protectores suyos solo la alejaban un poco más de él, y llegó al portal de sus madres justo a tiempo de saludar al portero que estaba repartiendo la correspondencia. Cogió el correo y subió las escaleras hasta la segunda planta muy rápido, compro bando que estaba cada vez mejor y que tanto la pierna izquierda como la pelvis iban de maravilla.

Sacó las llaves y abrió la puerta sin llamar, por si estaban durmiendo la siesta, entró sigilosa en el recibidor, dejó el correo en la bandeja de siempre y, de pronto, se quedó petrificada, inmóvil y con el corazón subiéndosele a la garganta porque la singular y característica voz de un hombre al

que reconoció de inmediato, le llegó alta y clara desde el salón, y tuvo que sujetarse a la pared para no caerse al suelo.

—Me encantan las vistas, la verdad es que Villa Borghese es de lo más bonito de Roma. Qué suerte tenéis de vivir aquí —estaba diciendo él con su italiano perfecto, pero salpicado por un acento muy peculiar que, desde luego, no era vernáculo florentino, cómo lo había calificado Tiziana dentro de su ensoñación en la UCI, sino que era inglés. Es decir, ese hombre hablaba con un imperceptible toque anglosajón que lo hacía insuperable.

Caminó despacito y pegada a la pared hasta que llegó a la puerta del salón, sin creerse demasiado lo que estaba oyendo, se asomó un poco y, entonces, lo vio, era él: era Domenico dalle Carceri en carne mortal o se le parecía muchísimo. Se le fue todo el aire de los pulmones y se puso a temblar como una hoja.

—¿Chiara? —preguntó Natalia por su espalda y ella saltó y tiró las llaves y la bolsita con los antibióticos al suelo, lo que provocó que su madre reaccionara y se moviera para buscarla con los ojos.

—Chiara, cariño, no sabíamos a qué hora vendrías, ¿estás bien? Mira quién ha venido a verte.

—Estaba buscando el teléfono para llamarte y decirte que vinieras en seguida.

Natalia la empujó por la cintura y la metió dentro del salón casi a rastras, como a una niña pequeña, y la puso frente a Domenico dalle Carceri, que iba con su pelo ondulado y precioso peinado hacia atrás, y vestido con unos vaqueros y una camisa celeste que le sentaban de maravilla.

—Este es David Taylor, el cirujano de trauma que te operó en Florencia, *zuccherina* —susurró su madre acercándose para mirarla a la cara—. ¿Qué te pasa?, ¿te encuentras mal?

—No, no, no… —respondió con la voz temblorosa y se cruzó de brazos—. Solo estoy cansada. ¿Qué tal? Encantada de conocerte.

—Encantada de conocerte, no, al parecer ya os habías visto antes de que te atendiera en Florencia.

—Ah, ¿sí?

Levantó la cabeza, porque era muy alto y tan espigado como su Domenico dalle Carceri, y miró sus ojazos azules queriendo saltar y abrazarlo, comérselo a besos, porque era igual que él, exactamente igual.

—Sí, una vez nos vimos aquí en Roma, en una gala de la Fundación Laso de la Vega —le dijo él pronunciando su apellido de esa forma tan, tan suya y Chiara, sin querer, dio un paso atrás—. Después del besamanos de rigor y las presentaciones formales, intenté toda la noche hablar contigo, pero fue imposible.

—Un momento, por favor.

Levantó un dedo para disculparse, forzó una sonrisa, giró sobre los talones y corrió hacia su habitación tapándose la boca, aguantando las náuseas. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta, se arrodilló junto a la taza y devolvió hasta la primera papilla, y así mucho rato entre lagrimones, hasta que Natalia tocó la puerta y entró preocupada para ver qué le estaba pasando.

—*Zuccherina*, ¿qué ocurre?, ¿estás enferma, cielo?, ¿quieres que te traiga un poco de agua o

algo o…?

—Es él.

—¿Quién?

—Él. —Señaló hacia el salón—. Él es Domenico dalle Carceri.

—¿Quién?, ¿el doctor Taylor? —Natalia le pasó una toalla y se sentó en la banquetita que había junto al lavabo parpadeando muy rápido—. Tiene bastante lógica, él te hablaba todos los días, incluso, por las noches se pasaba a saludar y se quedaba mucho rato contigo. Era tan adorable que… es perfectamente plausible que le pusieras su aspecto a tu *David* de Miguel Ángel.

—Ni me acordaba de él.

—¿En serio?, porque está como un tren.

—Bueno, no sé… si lo pienso un poco…

Cerró los ojos para poner en marcha su memoria episódica y, de repente, recordó con precisión aquella gala de la fundación en el Hotel Marriott de Roma, a la que había llegado con el tiempo justo porque venía desde Palestina y no le había dado tiempo ni a pasar por la peluquería, y situó a David Taylor con claridad porque, efectivamente, se lo habían presentado durante el tedioso besamanos y lo había mirado de pasada, a pesar de lo cual, le había parecido super sexi y guapísimo, tal vez el médico más guapo que le habían presentado nunca.

—¡Joder!, ya sé quién, es el tío guaperas de la gala de diciembre del 2020 con el que estuve cruzando miraditas toda la noche. Me encantó, pero no me pude acercar a él porque no tuve tiempo ni de cenar y luego me tuve que ir antes del baile porque la tía Pilar se puso mala, ¿recuerdas? Andábamos todos paranoicos con la COVID y me la llevé a urgencias para que le hicieran una PCR. ¡¿Cómo no he caído antes?!

—¿Se lo vas a decir?

—¿El qué?, ¿qué me monté la película de mi vida a su costa?, ¿Qué tuve sueños húmedos con él durante mi coma inducido? Ni muerta.

—Pues a mí me parece una historia bellísima, ojalá alguien soñara conmigo de esa forma.

—¡Chicas!, ¿va todo bien? —preguntó su madre entrando a la habitación—. Ya he servido el café.

—Todo bien, ahora vamos. Nati —se puso de pie cogiéndola de las manos—, ve tú, yo voy a lavarme los dientes y a peinarme un poco.

—Estás preciosa, Chiara, no puedes evitarlo. —Le dio un beso en la mejilla y la dejó sola.

Ella sacó el teléfono móvil y llamó a Tiziana, pero no le contestó, así que le dejó un mensaje contándole las novedades y, después, se fue a buscar una camiseta limpia a su antiguo armario. Se cambió, se lavó los dientes, se cepilló el pelo y fue al salón como una campeona, aparentando ser la mujer más serena y desenvuelta del mundo aunque aquello distara muchísimo de ser cierto.

—Lo siento, tenía que contestar una llamada —mintió, sentándose en un sofá frente a David Taylor, que tenía la piel bronceada y unas arruguitas muy atractivas entorno a sus ojazos azules, además de un aspecto más maduro o más hecho que el de su Domenico, y le sonrió rechazando

la taza de café que le estaba ofreciendo su madre—. No, gracias, mamá. Ya llevo como ocho cafés.

—¿Sabes que David era médico militar? Estuvo con las Fuerzas Especiales del Reino Unido hasta los treinta y dos años —comentó su madre observándolo a él con auténtica admiración—. De ahí viene su gran fama como cirujano de trauma, tuvimos mucha suerte de que estuviera de guardia en Florencia cuando ingresaste en el Careggi.

—Bueno, tampoco es para tanto, el Careggi tiene un equipo de urgencias muy bueno —respondió él con modestia.

—¿Y por qué entraste en el ejército? —le preguntó ella y él resopló.

—Porque financiaron mi carísima carrera de Medicina —se echó a reír con ese sonido tan familiar y hermoso—. No, es broma. Abuelo, padre y parientes ingleses cercanos, todos militares y todos de las fuerzas aerotransportadas de infantería. Mis hermanos y yo pasamos por el servicio un par de años y, luego, yo me quedé en el cuerpo porque la medicina militar es de las más punteras del mundo.

—Pero acabaste dejándolos.

—Estoy en la reserva desde hace cuatro años, si me necesitan, solo me tienen que llamar.

—O sea, ¿que tienes treinta y seis años, David? —preguntó Natalia—. ¿Estás casado?, ¿tienes hijos?

—Natalia. —Ella la acribilló con la mirada, pero a David Taylor pareció no importarle la pregunta.

—Cumplo treinta y siete el próximo mes de noviembre y no, ni casado ni con hijos para desgracia de mi madre.

—Su madre es toscana, Chiara —le apuntó su madre—, es de…

—Fiesole —susurró ella de forma involuntaria y David Taylor le sonrió.

—Exacto.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaron Chiara y Natalia, y ella se encogió de hombros.

—No sé, de chiripa.

—De chiripa nada, te lo conté cuando estabas dormida —le comentó él con entusiasmo—. Este es el ejemplo perfecto de que los pacientes en coma pueden oír e, incluso, recordar situaciones, detalles o datos que percibieron durante su proceso de inconciencia. Tengo a dos amigos trabajando en este tema, igual te interesaría entrevistarte con ellos, Chiara, sería muy valioso para ellos.

—Bueno, yo…, quizás más adelante.

—Por supuesto, seguiremos en contacto, espero.

—No voy mucho a Florencia, pero…

—Se queda en Roma una temporada. Ha pasado ocho meses en Sudamérica trabajando con Médicos sin Fronteras, por eso no lo habíamos visto antes.

—¿En Roma?, ¿haciendo qué?

—Voy a trabajar en el Umberto I.

—Gran hospital.

—Le han invitado a dar clases de Cirugía de Emergencia en la Sapienza durante un semestre y operará en el Umberto I, por supuesto. Ya sabes que la universidad y el hospital están asociados.

Explicó su madre como si la cosa fuera con ella y Chiara miró a Domenico, es decir, a David Taylor, y movió la cabeza muy impresionada, porque el Umberto I era el hospital público más grande, antiguo y prestigioso de toda Italia y trabajar allí siempre era un honor y una gran suerte.

—Enhorabuena, es estupendo. Me alegro mucho por ti.

—Se trata de un cursillo, unas clases magistrales, no te creas que me van a admitir como catedrático. —Le guiñó un ojo y ella de la impresión se pegó al respaldo del sofá—. Igual te apetece pasarte un día a vernos.

—Eso sería una pasada, gracias.

—Tus madres me han dicho que estás trabajando en el Hospital Universitario Agostino Gemelli. —Ella asintió—. ¿No piensas volver al extranjero a trabajar?

—No pienso en otra cosa, pero quiero estar físicamente al cien por cien y también necesito buscar un destino y un programa más apacibles, porque ya bastante tuve en Pakistán y…

—Lo sé, me enteré de todo aquello, fue tremendo. Lo siento mucho.

—Muchas gracias.

—Bueno, yo debería marcharme. —Se puso de pie y le regaló a Chiara una visión completa y maravillosa de su extraordinaria estampa—. Vosotras querréis descansar y yo tengo que visitar un par de pisos para alquilar.

—¿La universidad no te ayuda con eso? —preguntó Natalia y Chiara se levantó también.

—Sí, de hecho, he quedado con un agente de *relocation assistance* para que me enseñe dos apartamentos cerca del hospital.

—¿De qué parte de Inglaterra eres? —quiso saber al oírlo pronunciar *relocation assistance* y él la miró de reojo mientras cogía su mochila.

—Mi parte inglesa es de Wycombe, en Buckinghamshire, aunque yo me siento más toscano que inglés.

—Nosotras vivimos en Cambridge cuando Chiara era pequeña. A las tres nos encanta el Reino Unido.

—Salvo por el clima, a mí me gusta muchísimo también.

—Bueno, David, aquí tienes tu casa, ven cuando quieras. —Su madre lo cogió del brazo para acompañarlo a la puerta—. Sabes que te estaremos eternamente agradecidas por lo que hiciste por nuestra niña. Si se ha recuperado tan bien y está como está, es gracias a ti.

—Y gracias a ella, que se ve que ha hecho los deberes. —Se detuvo en el recibidor para escrutarla descaradamente y Chiara se metió las manos en los bolsillos decidida a mantener las distancias y a no acercarse a él ni para darle un apretón de manos—. Has hecho un trabajo muy duro y constante con el fisioterapeuta, ¿no?

—Sí, y sigo trabajando con ella y con mi monitor de natación para recuperación de lesiones.

—Genial, no sabes cuánto me alegro. ¿Qué tal las cicatrices?

—De diez, de matrícula de honor. —Ella se echó a reír y él con ella—. Muy leves y poco invasivas, muchas gracias por eso también.

—Deberías vérselas, son muy recientes, pero acabarán siendo imperceptibles —susurró su madre abrazándola por la cintura y David Taylor fijó sus ojazos azules en su abdomen y en el talle bajo de sus vaqueros con mucha atención.

—Me encantaría verlas —soltó con la voz ronca, provocándole un escalofrío intenso por toda la columna vertebral, y luego carraspeó y las miró a las tres con su sonrisa de anuncio—. Por interés puramente médico, se entiende. En fin…

—Muchas gracias por cumplir con tu promesa de pasar a saludarnos y vuelve pronto, cielo.

Natalia le dio un abrazo, su madre otro y ella dio un paso atrás sin querer tocarlo, porque si lo tocaba, igual lo acababa empujando contra la pared para comérselo entero y de un solo bocado.

—Bueno, doctora, me encanta verte despierta y tan bien. ¿Te importa si te pido tu número de teléfono? Te doy el mío y así estamos en contacto. Ya que pasaré un semestre en Roma, igual podríamos vernos, apenas conozco gente en esta ciudad.

—Claro, por supuesto. —Ella le dictó el número observando sus dedos largos y tan bonitos, dedos de cirujano, pulsando la pantalla de su teléfono móvil y, luego, retrocedió un poco más para evitar la tentación de estirar la mano y acariciarlo.

—Ahora te hago una llamada perdida y te quedas con el mío. Debería irme, se me ha hecho un poco tarde.

—Claro, no te entretenemos más. *Arrivederci.*

—*Arrivederci*.

Esperaron con la puerta abierta a que llegara el ascensor y se subiera diciéndoles adiós con la mano y, en cuanto desapareció, Chiara se puso en cuclillas tapándose la cara con las dos manos.

—¿Qué pasa? —interrogó su madre con los ojos muy abiertos—. ¿Qué me he perdido? Estabais rarísimas las dos.

—Es que es él, mamá. —La miró y ella movió la cabeza sin entender nada—. David Taylor es mi Domenico dalle Carceri.

21

Roma no podía estar más bonita que en el mes de junio, pensó, saliendo de su edificio en el corazón del Trastévere y mirando el cielo anaranjado del atardecer, los matices rosas y celestes, y también las estrellas y la luna que se asomaban sobre la ciudad anunciando una noche preciosa y con una temperatura perfecta. Perfecta para salir a cenar con un hombre que te gustaba muchísimo y al que pretendías empezar a conocer, aunque, en el fondo de tu corazón, sentías que ya lo conocías lo suficiente como para sentirte enamorada de él.

Normalmente, jamás salía con alguien que insistiera demasiado o la llamara demasiado, pero con David Taylor iba a hacer una excepción porque, aunque no había dejado de llamarla desde hacía dos semanas, desde que se habían visto en casa de sus madres, le hacía gracia su estilo, su desparpajo, su encanto y porque, ¿para qué lo iba a negar?, sentía mucha curiosidad y mucho interés por saber qué tenía él de verdad en común con su añorado Domenico dalle Carceri.

Esa circunstancia tan extraña, la de haberlo convertido en el protagonista de sus mejores sueños, la había atormentado durante unos días, y por eso se había mostrado reticente al principio y le había dado muchas largas, pero, tras discutido largamente con Chiara, con Natalia, con Tiziana y, por supuesto, con Cristina, su psicóloga, había concluido que lo más honesto y maduro no era darle la espalda o esconderse de él, sino todo lo contario; lo más sensato era enfrentarse de una vez por todas a la realidad, mirarlo de frente y dejarse llevar. Total, ya no tenía nada que perder y él, fuese o no como su Domenico, al final era un tío guapísimo, sexi e increíblemente interesante.

Llegó al restaurante donde lo había citado, en la famosa colina del Gianicolo, y no lo encontró, así que se acercó al bar para pedir una copa de vino blanco fresquito, y el camarero se la trajo guiñándole un ojo y diciéndole que invitaba la casa. Un detalle muy italiano, muy galante, pero que ella rechazó de plano sacando el monedero y dejando diez euros sobre la barra.

—Chiara…

Oyó la voz de David Taylor e, inconscientemente, saltó, como le pasaba cada vez que la llamaba por teléfono y la saludaba con ese timbre de voz tan varonil y tan parecido al de su amigo del Renacimiento.

Se volvió hacia él y lo vio allí, quieto, con su pelo ondulado y un poco largo peinado hacia atrás, su camisa blanca, su americana negra y unos vaqueros clásicos que le sentaban como un guante. Sin poder evitarlo, espió su cuello, rotundo y varonil, y se entretuvo unos segundos en su vena yugular que era tan perfecta y deseable como la del mismísimo *David* de Miguel Ángel.

—Vaya, Chiara, estás espectacular —murmuró recorriéndola con la mirada, y ella se alisó su vestido de verano antes de mirarlo a los ojos—. Espero que no te moleste que te lo diga.

—No me molesta, muchas gracias y lo mismo digo. ¿Qué tal?, ¿te ha costado mucho llegar?

—No, me ha traído un taxista muy agradable.

Dio un paso al frente, se le pegó al cuerpo, le rozó el brazo con su mano grande y calentita, y, luego, se inclinó para darle un beso en la mejilla, solo uno, pero suficiente para arrasarla con una descarga eléctrica descomunal. Se mareó un poco y se le doblaron las rodillas.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida.

—Estoy bien, es el calor. —Cogió la copa de vino y se la bebió casi de un trago—. No me gusta el calor, me baja bastante la tensión. ¿Quieres beber algo aquí o pasamos directamente a la mesa?

—Si la mesa está preparada, mejor ya pido algo allí.

—Estupendo.

Él le cedió el paso muy caballerosamente y ella se adelantó para acercarse al maître y decir su nombre, percibiendo su presencia contundente pegada a su espalda; esperó dos minutos mirando al suelo hasta que los llevaron a su mesa, una de las mejores del local en la segunda planta, en una terraza con vistas al centro de Roma y al monumento Vittorio Emanuele II.

—¡Madre mía!, ¡qué vistas más increíbles! —exclamó él apartando su silla para que se sentara con holgura, un gesto muy cortés que a ella le encantó, y luego ocupó la suya quitándose la chaqueta.

—Es lo que tiene la colina del Gianicolo. Muy poca gente que viene al Trastévere sube hasta aquí, porque está a ochenta metros de altura, pero vale la pena aunque sea con tacones —bromeó y él le sonrió moviendo la cabeza.

—Desde luego, ha valido la pena esperar dos años para llegar hasta aquí.

—¿Disculpa?

—Desde diciembre del año 2020 no he hecho otra cosa que intentar hablar contigo.

—¿En serio?, no será para tanto.

—Cuando te conocí en la gala de tu fundación, en el Marriott, hice el primer intento, pero alguien me aseguró que no atendías a nadie y que era mejor no molestarte y…

—No puede ser, ¿quién te dijo eso? —lo interrumpió cogiendo la carta—, porque es una vil mentira. A mí me encanta hablar con todo el mundo, sobre todo, cuando se trata de la fundación, que no es mía, por cierto, es de mis padres.

—He leído que la creaste tú.

—Sí, pero en su honor y con su dinero, yo solo puse en marcha uno de sus grandes sueños.

—Chiara y Natalia en el hospital, en Florencia, me contaron lo de tus padres, sé que fueron dos personas excepcionales. Lamento muchísimo tu pérdida.

—Muchas gracias, fallecieron hace casi veintiséis años y aún hay personas que me siguen hablando maravillas de los dos.

—Y Chiara y Natalia también son estupendas.

—Son las mejores, tuve mucha suerte de que mis padres nombraran a Chiara como mi tutora legal en su testamento.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ella asintió—. Cuando hablas de ellas dices mis madres, pero cuando te diriges a ellas, a Chiara la llamas mamá y a Natalia no. ¿Por qué?

—Cuando murieron mis padres, yo me quedé con Chiara, de hecho, estaba con ella aquí en Roma cuando Carmen y Álvaro murieron en África, y ella vivía sola, llevaba muy poco tiempo con Natalia, así que éramos solo las dos, lo fuimos durante más de un año hasta que Natalia se vino a vivir con nosotras. Cuando se mudó a casa, yo ya llamaba mamá a Chiara y a ella le decía Nati, aunque ella sabe, perfectamente, que para mí también es mi madre, que las dos son iguales para mí.

—Entiendo.

—Gracias por preguntarlo, mucha gente sé que tiene esa duda, pero nunca tienen el valor de preguntarlo. ¿Qué te apetece comer?, podemos pedir un menú degustación. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. —Se inclinó un poco hacia delante y ella involuntariamente se apartó de la mesa—. Hoy se ha incorporado Michele Vitale a mi cursillo en la Sapienza.

—¿Michele?, no sabía nada —apartó los ojos de la carta y frunció el ceño—. ¿Te dijo que era amigo mío?

—¿No es tu novio?

—¡No!, ¿no te habrá dicho que salimos juntos?

—No abiertamente, pero parecía obvio. En Florencia…

—¿Lo conoces desde Florencia?

—Te visitó en el hospital y hablamos una noche, pero ya lo conocía de antes. Ya nos habían presentado en Roma, precisamente, en aquella gala del Marriott.

—¿Qué van a pedir los señores? —interrumpió el camarero y Chiara lo miró.

—Vamos a tomar el menú degustación, por favor.

—Y una botella de vino blanco —intervino David señalando su copa—. Es lo que estás bebiendo, ¿no?

—Sí, gracias.

—Un Bolgheri Sassicaia blanco. Vamos a empezar con algo de la Toscana. Gracias.

—¿Michele Vitale te dijo en el Marriott hace dos años que yo no hablaba con nadie y que mejor no me molestaras? —preguntó y él enarcó las cejas—. No me sorprendería nada, puedes decirme la verdad.

—Sí, fue él y tengo testigos. Estaba con tres colegas de Médicos sin Fronteras y solo queríamos agradecerte el fondo que habíais destinado a nuestro proyecto en Bolivia.

—Joder… —masculló en castellano queriendo matar a Michele, con el que iba a tener una charla muy seria y definiti va sobre su relación de amistad, y resopló—. Lo siento, no sabía nada. Me consta que él juega a eso siempre, a que crean que es mi pareja, pero nunca imaginé que llegaría tan lejos como a interferir en mi trabajo con la fundación. Y que quede claro: no es mi novio, ni mantengo ninguna relación personal con él más allá de ser compañeros de residencia.

—No voy a negar que me alegra oír eso, aunque ya tenía clarísimo que pintara lo que pintara en tu vida, no volvería a alejarme de ti. El vino, qué bien, muchas gracias —hizo el comentario con total naturalidad y Chiara observó embelesada como probaba el Bolgheri Sassicaia y lo daba por bueno antes de volver a prestarle atención con sus maravillosos y enormes ojos azules.

—¿Tú tienes novia, novio o cualquier tipo de relación de compromiso con alguien? —preguntó

directamente, y él apoyó los codos en la mesa antes de contestar.

—No, mi forma de vida suele espantar a las mujeres. Nadie quiere compartir su tiempo con alguien que solo vive para su profesión y que no sabe dónde estará dentro de seis meses.

—Lo sé… —Le sonrió y él le guiñó un ojo bebiendo un sorbo de su copa de vino—. Háblame de tu trabajo en el ejército. ¿Has estado en zonas de combate?

—Por desgracia sí. Kosovo, Sierra Leona y Afganistán, desplegado como apoyo a las fuerzas de paz.

—Habrás visto de todo.

—Sí, pero no puedo dar detalles, solo te puedo decir que trabajé muchísimo y aprendí muchísimo, pero vi demasiadas cosas y a los treinta y dos supe que ya era más que suficiente y me pasé a la vida civil.

—¿Y entonces?

—Entonces, me fui a Londres y trabajé en el Hospital Saint Thomas un par de años, hasta que me hicieron una oferta muy buena en el Careggi University de Florencia y me vine corriendo a Italia.

—¿Y con Médicos sin Fronteras?

—Con ellos he trabajado siempre en Sudamérica, primero durante mis vacaciones, pero el año pasado pedí una excedencia y me fui ocho meses a diagnosticar y a operar en cuatro países diferentes: Perú, Bolivia, Brasil y Ecuador.

—Guau, qué pasada, me encantaría trabajar en Hispanoamérica.

—Vente conmigo, nos vendría muy bien una gran médica de Urgencias que además habla castellano.

—No te digo que no, ¿cuándo vuelves?

—Tras mi semestre en Roma, me lo pensaré, de momento, estamos aquí y estoy cenando contigo, que ya es bastante.

Sonrió otra vez, comiéndosela con los ojos, y ella le sostuvo la mirada pensando que antes de acabar el primer plato ya se la había metido en el bolsillo, algo muy novedoso para una persona poco impresionable como Chiara Laso de la Vega; aquello no tenía precio.

Por supuesto, no se trataba de su Domenico dalle Carceri, no obstante, era muchísimo mejor y no solo porque fuera de verdad y de carne y hueso, sino porque se trataba de un hombre maduro de treinta y seis años, con una vida y un bagaje muy interesantes, una charla muy amena y unos proyectos de futuro claros y ambiciosos que la mantuvieron atenta y entretenida las casi tres horas que duró la cena.

—Te acompaño a casa —le dijo tras pagar la cuenta, porque no la dejó ni sacar el monedero, y ella accedió indicándole el camino con la mano.

—Estamos a unos doce minutos en esa dirección. Me lo he pasado genial, David, me alegro mucho de haber quedado al fin contigo.

—Lo mismo digo.

Le ofreció el brazo y ella aceptó sin oponer ninguna resistencia, como si fuera lo más habitual del mundo, y se pegó a su cuerpo para caminar despacio por los adoquines y entre la gente que

llenaba las calles.

—Me gusta mucho Roma, pero, sinceramente, y no se lo digas a nadie, Chiara, prefiero Florencia. ¿Tú no?

—Me encanta Florencia, pero Roma es única, no hay dos como ella.

—Tendrás que convencerme llevándome de turismo por ahí.

—Eso está hecho, también te puedo llevar a Madrid o a cualquier otra ciudad española. ¿Conoces Madrid?

—Aún no.

—Tienes que conocerlo, es una ciudad con tanta vida y tan bonita, tiene el mejor cielo del mundo. Yo muero por Madrid, allí aún tengo familia y muchos amigos.

—La próxima vez que vayas, te acompaño. También podemos escaparnos a Londres, a mi pueblo o a donde te apetezca en el Reino Unido.

—¿Qué tal si empezamos por ir juntos a Florencia y así me enseñas Fiesole?

—Cuando quieras, ¿te viene bien el próximo fin de semana? —bromeó guiándole un ojo y ella se echó a reír.

—Tendré que mirar mis guardias, pero no lo descarto. ¿Tienes mucha familia en Fiesole?

—Sí, los Dalle Carceri son ciento y la madre, somos una familia muy prolífera y… ¿qué?

Chiara detuvo el paso en seco y con el corazón acelerado entrando en la plaza de Santa María del Trastévere y le soltó el brazo para ponerse delante de él y mirarlo a los ojos.

—¿Cómo Dalle Carceri?

—Es el apellido de soltera de mi madre.

—¿No te sonará Domenico dalle Carceri?

—No me lo puedo creer —comentó él dando un paso atrás con la boca abierta—. ¿Te acuerdas de Domenico dalle Carceri? Es un antepasado de mi madre que vivió en la Florencia del siglo XIX, trabajó muchos años para el gobierno de la ciudad y participó en el arduo traslado del *David* de Miguel Ángel a la Academia en el año 1873. Fue el responsable de los cuarenta hombres que lograron llevar la enorme escultura desde la Plaza de la Señoría hasta la Vía Ricasoli. Te conté su historia la primera noche que bajé a acompañarte a la UCI.

—¿En serio?

—Teniendo en cuenta cómo y dónde se había producido tu accidente yo, no sé, creí que te interesaría… ¿Chiara?, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. —Se paseó un rato con las manos en las caderas, aspirando y espirando para tranquilizarse, viendo en su cabeza cómo encajaban a la perfección las últimas piezas del puzle, y en cuanto lo tuvo completo sintió un alivio inmenso por todo el cuerpo.

—¿Chiara?

—No te preocupes, estoy bien. —Lo miró y le sonrió—. Acabas de resolver un misterio y me siento bastante mejor entendiéndolo, aunque igual, médicamente hablando no tenga ningún sentido, para mí sí lo tiene.

Se le acercó y se le abrazó muy fuerte con los ojos cerrados, aspirando su aroma delicioso, el perfume de su camisa y de su pecho, sin importarte nada, ni siquiera que estaba invadiendo su

espacio vital sin su permiso o que apenas se conocían, solo disfrutando de ese momento mágico de descubrimiento y comprensión, que mejoró, incluso más, cuando él le acarició la espalda dando por bueno su incomprensible arranque de intimidad.

—Lo siento, David, no me he podido contener, es que no te imaginas… —se disculpó, cuando, al fin, fue capaz de soltarlo y él la miró con los ojos entornados, estiró la mano y le limpió una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Puedes abrazarme todo lo que quieras, Chiara, pero ¿puedo saber qué está pasando?

—Nunca subiría a nadie a mi casa en la primera cita, o como quieras llamar a esto, pero me gustaría seguir hablando y que te quedaras conmigo esta noche. ¿Qué opinas?

—¿Dónde está tu casa? —bromeó mirando a su alrededor y ella se echó a reír—. Estoy loco por ti desde el primer día que te vi hace dos años en el hotel Marriott, doctora Laso de la Vega, me quedaría contigo esta noche y las del resto de mi vida.

—Madre mía, no sabes lo feliz que me hace haberte conocido.

Se le acercó y le acarició la cara con las dos manos, y también su pelo suave y ondulado que, a esas horas de la noche, el viento había revuelto un poco, pensando que él era su verdadero regalo del cielo y que lo había sido desde el principio. Desde que había entrado en ese hospital de Florencia y Dios la había puesto en sus manos.

—Tengo que contarte una historia que tiene que ver contigo, David. Contigo, con Domenico dalle Carceri y con el *David* de Miguel Ángel, y, si después de oírla entera, aún quieres quedarte conmigo, te juro por mis padres que nunca más te dejaré escapar.

Epílogo

—Doctor Taylor… ¿doctor Taylor?

Oyó a lo lejos y su cerebro reaccionó despacio, pero reaccionó y, como le solía pasar en esos casos, se sentó bruscamente en la cama y activó sus cinco sentidos de inmediato, preparado para ponerse en marcha.

—*Yeah.*…

—Accidente de moto. Hombre de cuarenta y pocos. Abrasiones, fractura abierta de fémur y diversas contusiones en pecho y espalda. Inconsciente desde que entró en la ambulancia.

—*Go!*

Siguió respondiendo en inglés, que era la lengua en la que se despertaba estuviera donde estuviera, y salió al pasillo de prisa, colgándose el estetoscopio y mirando la hora: las tres de la mañana.

—¿Qué más sabemos, Livia?

—Le están haciendo radiografías y un test toxicológico, pero no sabemos mucho más. Al menos, llevaba la documentación encima, intentaremos localizar a familiares y amigos.

—Muy bien.

Entró en Urgencias, abrió la cortina del box principal y se encontró a Chiara rodeada por dos enfermeros y una interna que estaban observando en silencio como ella entubaba al paciente. Un hombre de mediana edad que tenía una fractura de la diáfisis femoral bastante grave.

—¿Qué ha pasado, doctora?

—Ha entrado en parada, le hemos puesto un miligramo de epinefrina y ha respondido a la RCP. Posible neumotórax. Yo diría que tiene un par de costillas rotas.

—*O.K.*, necesito el informe completo, radiografías y pide un tac. Livia, nos lo subimos a quirófano. Llamad a alguien de cardiología, por favor.

Se acercó a la camilla para ayudar a moverla hacia los ascensores, le rozó a ella el brazo y le guiñó un ojo antes de apretarle disimuladamente la mano, como si fueran amantes secretos, aunque todo el mundo por allí sabía que estaban casados desde hacía seis meses.

—Nos lo llevamos, doctora. Buen trabajo.

Le dio la espalda para concentrarse en el paciente y, sin querer, rememoró su preciosa y alegre boda en Bela, en la provincia de Baluchistán, al sur de Pakistán, donde habían acudido durante sus primeras vacaciones juntos para trabajar y conocer el flamante Hospital Materno Infantil María Ángeles Urrutia, promocionado por la Fundación Laso de la Vega, y donde habían acabado casándose sin previo aviso y sin ninguna pompa, solo impulsados por el amor y la felicidad que los embargaba desde hacía diez meses. Desde aquella primera cena en el Trastévere, cuando ambos habían descubierto que se habían estado esperando toda la vida.

El matrimonio, desde su punto de vista, había sido el paso más natural del mundo, porque desde que había conocido a Chiara Laso de la Vega en Roma, en el año 2020, durante un acto benéfico de la fundación que presidía, había decidido que tarde o temprano se casaría con ella.

Nada más verla en aquel evento, lo había tenido claro, porque le había parecido espectacular y luminosa, dueña de los ojos oscuros más enormes e inteligentes que había visto jamás, y de una belleza deslumbrante que lo había dejado fuera de juego al primer cruce de miradas. Una impresión tan fuerte que había hecho malabares para intentar acercarse a ella esa noche. Lamentablemente, por circunstancias ajenas a él, no lo había conseguido. No obstante, no se había desanimado y había continuado pensando en ella hasta que, el lunes 10 de octubre del año 2022, había aparecido en su guardia, en el Careggi University Hospital, tras sufrir una aparatosa caída dentro de la Galería de la Academia de Florencia.

En cuanto los compañeros de la ambulancia habían bajado la camilla con ella mal herida e inmóvil gracias a un collarín cervical, la había reconocido y se le había caído el alma a los pies porque el cuadro que traía era grave, pero el desconcierto no le había durado ni veinte segundos y, en seguida, se había puesto manos a la obra para atenderla, operarla y sacarla adelante sin dejar de pensar en que quería verla despierta, en que necesitaba verla bien para ser su amigo y conocerla mejor.

Aquella premisa lo había empujado a volcarse en su recuperación, algo que no solía hacer con sus pacientes más allá de lo estrictamente clínico, y había cruzado la línea médico-paciente para dedicarle todo su tiempo, incluso sus días libres.

Sin dudarlo y con la excusa del coma inducido, había pasado de los controles rutinarios a quedarse en la cabecera de su cama para hablarle y susurrarle palabras cariñosas, para contarle historias e, incluso, había estado a punto de cambiar sus planes con Médicos Sin Fronteras para quedarse con ella. Afortunadamente, no lo había hecho, porque con la perspectiva del tiempo y sabiendo todo lo que había sabido después sobre Domenico dalle Carceri y el *David* de Miguel Ángel, encontrarlo al lado de su cama en el momento de recuperar la conciencia podría haber resultado desastroso o contraproducente o, al menos, confuso y nada beneficioso para su restablecimiento.

—Dos costillas rotas y neumotórax, tal como advirtió Chiara —susurró a su equipo entrando en el quirófano con los guantes puestos y mirando el resultado del tac que le estaba enseñando una de las enfermeras en la Tablet.

«Empecemos por ahí y me vais preparando la pierna. Tiene las constantes estables y está en muy buena forma. Se pondrá bien. Vamos, chicos» —animó al grupo y dejó que le pusieran las gafas de cirugía antes de centrarse en su paciente, que se llamaba Tomasso Ricci, según le acababa de decir Livia en la zona de lavado quirúrgico.

Respiró hondo y volvió a pensar en aquellos días en los que él aún no significaba nada para la chica de sus sueños.

Por aquel entonces, los primeros meses de Chiara tras su coma inducido, había mantenido vivo el contacto con sus madres, con las que había fraguado una amistad durante sus largas horas de espera en el hospital de Florencia y tanto ellas como su amiga Tiziana, lo habían mantenido

informado todo el tiempo sobre su evolución, sobre sus primeros días de confusión y desasosiego debido al baile fechas y acontecimientos que la superaban y frustraban. Sobre su incipiente depresión, porque parecía estar sufriendo por algo que nadie comprendía muy bien y que él había achacado a un cuadro de melancolía bastante habitual en pacientes que acababan de superar un coma.

Qué equivocado estaba, pero él qué sabía en ese momento de lo que había vivido Chiara durante sus días de inconsciencia.

Desgraciadamente, había estado demasiado lejos para ayudar en algo concreto, pero, aun así, había seguido pendiente de su mejoría recomendado tratamientos, fisioterapeutas o psicólogos hasta que, al fin, había terminado su voluntariado al otro lado del mundo y había podido regresar a Italia. En realidad, nunca se había alegrado tanto de volver y, antes incluso de deshacer la maleta, se había presentado en casa de Chiara y Natalia en Roma para intentar verla, y la había visto.

Un primer encuentro un poco frío y extraño para él, porque ella era exactamente la misma chica preciosa e inteligente que no se podía quitar de la cabeza desde hacía más de dos años, salvo por el hecho de que era bastante más distante de lo que a él le hubiese gustado, a pesar de lo cual, se había tirado a la piscina y le había pedido el número de teléfono. Milagrosamente, ella se lo había dado.

Nunca había dado tanto la vara a una mujer, pero sabía que con Chiara Laso de la Vega valía la pena, y aun a riesgo de parecer pesado, desde el minuto uno la había empezado a llamar a diario para charlar y acercar posiciones, y tratar de salir juntos, hasta que, al fin, había conseguido un sí y habían quedado en un estupendo restaurante elegido por ella en la colina del Gianicolo, en el Trastévere.

La mejor cita de toda su vida.

Una preciosa noche de junio en Roma que se había convertido en mágica cuando, después de hablar y reírse y disfrutar durante tres horas como si se conocieran de toda la vida, él se había ofrecido a acompañarla a casa, habían llegado charlando a la plaza de Santa María del Trastévere, imaginando los viajes que pretendían hacer juntos, y, de pronto, ella había oído el apellido Dalle Carceri. En ese momento exacto, el mundo de ambos se había detenido para siempre.

Aquella había sido la primera noche que habían pasado juntos en su buhardilla, no haciendo el amor, no, al menos, al principio; no hasta que ella le había contado detalladamente su experiencia durante su coma inducido, su fantástica historia con el *David* de Miguel Ángel y, sobre todo, con Domenico dalle Carceri. Ese insólito hombre del Renacimiento que, curiosamente, tenía su aspecto, o eso le había asegurado ella entre lágrimas.

Oír aquello lo había desconcertado lo justo, porque ya había oído historias similares «vividas» por otros pacientes en su circunstancia. Tenía amigos neurocientíficos en Inglaterra que estaban estudiando el fenómeno, pero escuchar de su boca que él había participado de alguna manera en su aventura y que había estado presente junto a ella en ese universo mágico de esculturas que

refulgían y cobraban vida, y de amores fantásticos y arrasadores que aún añoraba en secreto, lo había desarmado lo suficiente para acabar llorando como un crío.

Desde aquella noche larga y tan especial, no habían vuelto a separarse.

Su amor, que había empezado de una forma extraordinaria dentro de ella, dentro de su cabeza y gracias al *David* de Miguel Ángel, había pasado rápidamente de tímido y romántico a algo mucho más potente y concreto. En cuestión de días, habían superado la barrera de la timidez o la prevención, se habían reconocido —habían sido conscientes de que ambos llevaban toda la vida esperándose— y habían dado rienda suelta a todo lo que sentían: un amor desatado, una pasión inmensa y un sexo increíblemente potente y, a veces, salvaje que él jamás, en sus treinta y ocho años de vida, había compartido con nadie.

Una semana después de aquella noche catártica para Chiara y tan reveladora para él, se había mudado a vivir con ella al Trastévere y habían iniciado una convivencia estupenda y sencilla, muy fácil, que, según todo el mundo, era fruto de la luna de miel que estaban viviendo, pero que, curiosamente, dieciocho meses después, seguía siendo tan tranquila y feliz como al principio.

Durante esos dieciocho meses, habían viajado a Inglaterra un par de veces para estar con su familia y amigos, a Florencia varias veces, incluso, habían visitado juntos al *David* de Miguel Ángel y habían pasado mucho rato sentados junto a él; a Madrid y, por supuesto, a Pakistán, donde habían llegado solteros para conocer el hospital que Chiara había construido con su fundación y en honor de su amiga María Ángeles Urrutia, y de donde habían regresado casados y luciendo alianza.

Un tiempo muy agitado y pleno, muy feliz, que se había coronado con la oferta que le habían hecho para hacerse cargo del departamento de trauma del Hospital Universitario Agostino Gemelli y que había aceptado de inmediato, ilusionado con la idea de quedarse en Roma permanentemente y trabajando codo con codo con su mujer.

—Cierra, doctor —le pidió a su compañero y abandonó el quirófano bastante satisfecho porque habían dejado al paciente casi como nuevo. Le iba a tocar un largo periodo de recuperación y rehabilitación por delante, pero, al menos, estaba vivo y con su pierna intacta.

Salió a la sala de espera para hablar con los familiares del señor Ricci, luego bajó a los vestuarios, pasó por su taquilla y sacó ropa de calle mirando la hora en el reloj analógico que había sobre la puerta. Ya eran las ocho y diez de la mañana y había terminado su guardia, o eso esperaba, porque con el turno de noche en Urgencias nunca se sabía.

Se metió debajo de la ducha caliente, se cambió y salió al pasillo decidido a ir a buscar Chiara para llevársela a casa, pero antes se detuvo en la sala de descanso para pillar un par de vasos de café, entró y se la encontró allí haciendo lo mismo.

—Me has leído el pensamiento, amor. ¿Has terminado a tu hora? —Se le acercó para darle un beso, ella se lo devolvió y luego se le abrazó al pecho muy fuerte.

—Hemos terminado hace media hora, estaba todo tranquilo y el doctor Durante nos mandó a casa.

—Me alegro. Venga, vamos.

—¿Qué tal el paciente de la moto? Quería ver la operación, pero no me dio tiempo.

—Todo bien, según lo previsto. Tendrá una recuperación larga, pero le irá bien —respondió caminando hacia la puerta, pero, al ver que no se movía, se giró y la buscó con los ojos—. ¿Qué pasa, amor?

—Es que eres tan guapo. Si alguna vez sufro de verdad el síndrome de Stendhal será mirándote.

Saltó para inmovilizarlo contra la pared y se puso de puntillas para besarlo sin dejar de sonreír. Él bajó la mano por su espalda, aspirando su aliento dulce y su delicioso perfume, le acarició la cintura y luego el trasero con las dos manos.

—Lo mismo digo, doctora.

—Te amo, mi amor —susurró en español, pegándose más a su cuerpo, y él la levantó para llevársela al cuarto de baño, buscando con la mano libre los botones de sus vaqueros, pero alguien entró sin llamar y los interrumpió, provocando que se separaran de un salto.

—¿Qué es esto?, ¡¿*Anatomía de Grey*?! —exclamó Beatrice Rossi, una de las radiólogas del turno de mañana, y los dos se miraron encogiéndose los hombros—. Id a un hotel, por Dios, o mejor a vuestra casa que para eso estáis casados. ¿No sabéis que a este hospital traen al Papa?

—Madre mía con el Papa, Betty, ni que lo fueran a invitar a nuestra sala de descanso. Hasta el lunes —se despidió Chiara con una gran sonrisa y luego lo cogió de la mano para salir al pasillo.

—Como si ella no lo hubiese hecho nunca. No conozco a ningún sanitario que no haya echado al menos un polvo en el hospital —comentó él caminando hacia la entrada principal para ir a buscar el coche y Chiara bufó.

—Me conoces a mí. Nunca me he liado en el hospital, ni siquiera durante la residencia.

—Conmigo, sí.

—Bueno, tú no cuentas, digo antes de tener novio serio. —Se echó a reír—. Doy por sentado que tú lo habrás hecho en todos tus destinos, pero prefiero no saberlo. En serio, prefiero no saber nada.

—¿Doctora Laso de la Vega?

La llamó alguien por la espalda y los dos se giraron a tiempo de ver a un chico joven con alzacuellos corriendo entre los coches para alcanzarlos.

—Sí, soy yo.

—Disculpe, doctora, en la recepción me dijeron que acababa de salir y… solo le traía esto. —Le enseñó un sobre de papel de estraza y ella frunció el ceño.

—¿De qué se trata? —preguntó David y el chaval, que era sacerdote, aunque parecía no tener más de veinte años, movió la cabeza.

—No lo sé, señor, yo solo soy el mensajero.

—Está bien, muchas gracias. —Chiara cogió el sobre y le sonrió.

—De nada. Buenos días.

—Buenos días.

Ambos lo siguieron con los ojos, viendo cómo desaparecía entre la gente y él hizo amago de seguir andando, pero Chiara lo detuvo y le señaló el remitente con cara de asombro.

—Es de la Pontificia Universidad Lateranense.

—¿Les has pedido algo?, ¿has atendido a alguien de…?

—No he atendido a nadie de allí, ni he pedido nada, pero igual Tiziana… —Abrió el sobre y sacó el contenido con mucho cuidado—. ¡Madre mía!, es Domenico dalle Carceri.

—¿Cómo Domenico dalle Carceri?

—Me lo envía Michelangelo Cavalieri, el profesor de la Universidad Lateranense que es descendiente directo de Tommaso dei Cavalieri, el último amigo íntimo de Miguel Ángel Buonarroti.

—Pero ¿este tío existe?

—Claro que existe, como el doctor Tornabuon, y también fue profe de Tiziana. Ella me habló de sus papeles de Miguel Ángel durante el coma. ¿No te lo había contado?

—No.

—Vaya, trae una nota —le sonrió y leyó en voz alta—: «Mi querida doctora Laso de la Vega: me consta, gracias a nuestra apreciada amiga en común, la doctora Tiziana Strozzi, su gran interés por el joven Domenico dalle Carceri y yo le mando su imagen. Apareció hace poco en uno de los cuadernos de Miguel Ángel que pertenecen a mi familia desde el siglo XVI. Como verá, su nombre está junto a la firma del genio y pedí que le hicieran una copia. Espero que le alegre conocerlo».

Abrió mucho los ojos y David entornó los suyos empezando a preocuparse, porque no estaba muy seguro si le convenía seguir inmersa en ese tema que llevaban meses intentando relegar o aparcar lejos de su vida normal.

—Chiara…

—Es igual que tú —comentó muy seria sin poder apartar la vista del papel que le había enviado el tal Cavalieri, y él se acercó y se lo quitó para observarlo con atención.

Se trataba de un retrato a lápiz o a carboncillo de un tipo del Cinquecento. Un hombre joven con barba y sombrero, bastante poco agraciado y con una nariz inmensa que le daba un aspecto rarísimo. Parpadeó desconcertado, levantó los ojos y ella se echó a reír a carcajadas.

—Muy graciosa.

—Ay, mi amor, tenías que verte la cara. —Lo siguió por el aparcamiento y se le abrazó a la espalda sin poder dejar de reírse—. Al menos, ahora sabemos que es imposible que Miguel Ángel se inspirara en este Domenico dalle Carceri para crear a su *David*.

—A lo mejor para su época era un tío guaperas.

—¿Tú crees?

—No creo nada, solo quiero irme a casa.

—David…

Lo hizo detenerse a un metro del coche, se le colocó delante y le acarició la cara intentando ponerse seria, aunque estaba llorando de la risa. Él resopló frunciendo el ceño y se puso las manos en las caderas.

—¿Qué?

—¿No te habrás enfadado?, solo era una broma.

—Te estás riendo de un antepasado de mi madre.

—Oh… pues… es verdad… lo siento… yo… —Tragó saliva mirando al cielo, procurando recuperar la compostura y él movió la cabeza y se echó a reír.

—Venga, al coche.

—Serás…

—Chiara.

—¿Qué?

—*Andiamo!*

Claudia Velasco
Madrid, abril 2023

¿Te ha gustado este libro?

Entonces no te puedes perder estos otros títulos de

COLECCIÓN milamores



NO LE DES MÁS VUELTAS, CORAZÓN

Tania Hidalgo Rodríguez

«Un viaje de Milán a Madrid, el prometido (casi) perfecto y una misteriosa carta en la obra que te hará explotar el corazón a cada frase, a cada párrafo, a cada página».

Leer ahora



Y QUE LE GUSTEN LOS GATOS

Kate Bristol

«Dicen que del odio al amor solo hay un paso, pero... ¿qué pasa si no le gustan los gatos?».
«Una irresistible comedia romántica de enredos, un éxito de taquilla en forma de libro y una delicia que redefine el humor... y el amor».

Leer ahora

Índice

1 19
2 27
3 37
4 45
5 53
6 61
7 71
8 83
9 91
10 101
11 115
12 123
13 137
14 145
15 153
16 163
17 179
18 187
19 197
20 209
21 223
Epílogo 233